



Francisco Cândido Xavier

Por el Espíritu ANDRÉ LUIZ

Y LA VIDA CONTINÚA...

LA VIDA EN EL MUNDO ESPIRITUAL



Datos de Copyright

Sobre la obra:

La presente obra es puesta a disposición por el equipo de *ebook espírita* con el objetivo de ofrecer contenido para uso parcial en investigaciones y estudios, así como una simple prueba de la calidad del trabajo, con el propósito exclusivo de compra futura.

Queda expresamente prohibida y totalmente reprobable la venta, alquiler o cualquier uso comercial de este contenido.

Sobre nosotros:

El *ebook espírita* pone a disposición contenidos de dominio público y propiedad intelectual de forma totalmente gratuita, ya que considera que el conocimiento y la educación espírita deben ser accesibles y gratuitos para todos y cada uno. Puede encontrar más obras en nuestro sitio web www.ebookespírita.org



www.ebookespírita.org

FRANCISCO CÂNDIDO XAVIER - ANDRÉ LUIZ

Y LA VIDA CONTINÚA...

INDICE

Y la Vida Continúa..., <i>Emmanuel</i>	3
Homenaje, André Luiz.....	5
1 - Encuentro inesperado	6
2 - En la puerta de la intimidad.....	9
3- Acuerdo amistoso	13
4 - Renovación	16
5 - Reencuentro.....	21
6 - Entendimiento fraternal	25
7 - Informes de Alzira.....	30
8 - Encuentro de cultura.....	34
9 - Hermano Claudio.....	38
10 - Evelina Serpa.....	43
11 - Ernesto Fantini.....	47
12 - Enjuiciamiento y amor	51
13 - Tareas nuevas	56
14 - Nuevos rumbos	61
15 - Momentos de análisis	67
16 - Trabajo renovador	72
17 - Asuntos del corazón	76
18 - El regreso	80
19 - Revisiones de la vida.....	86
20 - Trama desvendada.....	92
21 - Retorno al pasado	97
22 - Bases de un nuevo porvenir.....	103
23 - Ernesto en servicio	109
24 - Evelina en acción.....	116
25 - Nueva directriz	122
26 - Y la Vida Continúa.....	128

Y LA VIDA CONTINÚA...

Lector amigo:

Nada te escribimos, aquí, con la intención de presentar o de recomendar a André Luiz, el amigo que se hizo acreedor de nuestra simpatía y reconocimiento por las páginas consoladoras y constructivas que viene formulando desde el Mundo Espiritual al Mundo Físico.

Sin embargo, es razonable se te diga que en este libro, en temas de vida “post-mortem”, él expone noticias diferentes de aquellas que el mismo recogió en “Nosso Lar”¹ morada a la que llegó después de su desencarnación.

No obstante, los personajes del relato aquí mencionados –todos ellos figuras auténticas, cuyos nombres fueron naturalmente modificados para no herir corazones amigos en la Tierra– hayan tenido, como ya dijimos, experiencias muy distintas de aquellas que caracterizan el sendero del mismo André Luiz, en sus primeros momentos en la Espiritualidad. Es justo considerar que los grados de conocimiento y responsabilidad varían al infinito.

Así es que los planos de vivencia para los habitantes del Más Allá se personalizan de múltiples maneras, y la vida para cada uno se especifica invariablemente, según la condición mental en la que se sitúe.

Comprensible el que así sea.

Cuanto mayor sea la cultura de un Espíritu encarnado más doloroso le parecerán los resultados de la pérdida de tiempo. Cuanto más rebelde la criatura ante la Verdad, más aflictivas se le revelarán las consecuencias de su propia testarudez.

Además de eso, hacemos notar que la sociedad, más allá de la muerte, lleva consigo los reflejos de los hábitos a los que se aficionaba en el mundo.

¹ “Nosso Lar”, André Luiz. –Nota de Emmanuel

Traducido al castellano con el título de “La Vida en el Mundo Espiritual” narra la estancia de André Luiz en la residencia llamada “Nuestro Hogar” después de su desencarnación (Nota del traductor).

Los desencarnados de una ciudad asiática no encuentran, de inmediato, las costumbres y edificaciones de una ciudad occidental y viceversa.

Ninguna construcción digna se efectúa sin la cooperación del servicio y del tiempo, una vez que la precipitación o la violencia no constan en los Planos Divinos que supervisan el Universo.

Para no extendemos en apuntes dispensables, reafirmamos tan solo que, aun aquí, encontraremos, después de la gran renovación, el retrato espiritual de nosotros mismos con las situaciones que forjamos, premiándonos por el bien que produzcan o exigiéndonos correctivos por el mal que establezcan.

Leamos, pues, el nuevo libro de André Luiz, en la certeza que sorprenderemos en sus páginas muchos fragmentos de nuestra propia historia, en el tiempo y en el espacio, requiriéndonos meditación y auto examen, aprendiendo que la vida continúa plena de esperanza y trabajo, progreso y realización, en todos los distritos de la Vida Cósmica, ajustada a las leyes de Dios.

EMMANUEL

Uberaba, 18 de abril de 1968.

HOMENAJE

*Reverenciamos el Primer Centenario de
“La Génesis”, de Allan Kardec.*

ANDRÉ LUIZ

Uberaba, 18 de abril de 1968.

ENCUENTRO INESPERADO

El viento jugaba con las hojas secas de los árboles, cuando Evelina Serpa, la señora Serpa, decidió sentarse en el banco que, allí mismo, parecía convidarla al descanso.

En la plaza ornada de jardines, fluía el silencio de la tarde templada.

Raros turistas en la localidad minera, en aquella segunda quincena de octubre. Y, entre esos pocos, allí se hallaba ella, en compañía de la gobernanta que se quedara en el hotel.

Se apartara del bullicio hogareño, sintiendo ansias de soledad. Quería pensar. Y, por eso, se escondía bajo el toldo verdosos, contemplando las pequeñas filas de azaleas en flor, que se ufanaban en anunciar el tiempo de la primavera.

Acomodada, al lado de las espesas ramas, dio alas sueltas a sus propias reflexiones...

El médico amigo, le aconsejara rehacimiento y descanso, ante la operación que la esperaba. Y sopesando las ventajas y los riesgos de la operación en perspectiva, dejaba que los recuerdos de su corta existencia le traspasasen el cerebro.

Se casara, seis años antes.

Al principio, todo fuera excursión en dorada carabela sobre corrientes azules. El esposo y la felicidad. En el segundo año, después del enlace, llegó el embarazo, cariñosamente esperado; sin embargo, con el embarazo, apareció la enfermedad. Se le descubrió el cuerpo deficitario. Se revelaron los riñones incapaces de cualquier sobrecarga y el corazón asemejaba un motor amenazando fallar. Ginecólogos consultados, opinaron por el aborto terapéutico y, no obstante la inmensa tristeza de la pareja, el hijito en formación fue arrancado del claustro materno, como tierna avecilla, rechazada del nido.

Desde el inicio de, el viaje por la vida se le transformara en vereda de lágrimas. Caio, el esposo, como que se metamorfoseara en un simple amigo cortés, sin mayor interés afectivo. Pasara fácilmente al dominio de otra mujer, una joven soltera, cuya inteligencia y vivacidad podía aquilatar por las notas que el marido olvidaba en los bolsillos, portadoras de frases ardientes y besos pintados en el papel con sus labios húmedos de carmín.

El retiro y el desencanto que padecía en casa tal vez fuesen los factores desencadenantes de las terribles crisis de opresión que sufría, periódicamente, en la zona cardíaca. En esas ocasiones, padecía de náuseas, dolores lacerantes de cabeza con sensación de frío general, que se hacían acompañar de impresiones de quemaduras en las extremidades y aumento sensible de la presión arterial. En la cumbre de su angustia, se sentía pronta a morir. En seguida, la mejoría, para caer, días más tarde, en la misma situación de crisis, bastando, para ello, que los contratiempos con el esposo se repitiesen.

Se le arruinara la resistencia, se le desvanecían las fuerzas... Por más de dos años, deambulaba de consultorio en consultorio, sondeando a especialistas.

Finalmente, la sentencia unánime. Solamente una delicada operación podría recuperarla.

En su íntimo, algo le decía al campo intuitivo que el problema orgánico era grave, quizás le impusiese la muerte.

¿Quién podría saber? –se preguntaba.

Oía a los gorriones trinar, sus voces le servían de música de fondo a la meditación, y pasó, de repente, a calcular sobre el provecho de su existencia, enumerando aspiraciones y fracasos.

¿Valdría la pena eludir los peligros de la operación, que sabía difícil, para continuar enferma, al lado de un hombre que pasara a desconsiderarla en el tálamo doméstico? ¿Y no sería razonable aceptar el socorro que la ciencia médica le ofrecía, a fin de recobrar la salud y luchar por una nueva vida, en caso que el esposo la abandonase del todo? Tenía solamente veintiséis años; ¿no sería justo esperar nuevos caminos para la felicidad, en los campos del tiempo? A pesar de sentir profundos recuerdos de su padre, que desencarnara cuando ella no era más que una frágil criatura, había crecido, en su condición de hija única, bajo la dedicación de cariñosa madre, que, a su vez, le diera un padrastro atento y amigo; ambos, con el esposo constituían su familia, el hogar de retaguardía.

En aquel momento, sumergida en los cambios del atardecer, mentalizaba a los seres queridos, el esposo, la madrecita y el padrastro distantes...

De pronto, recordó al padre muerto y al hijito muerto al nacer. Era religiosa, católica practicante y mantenía, en relación a la vida más allá de la muerte, las ideas que le eran infundidas por la fe que abrazaba.

“¿Dónde estarían su padre y su hijo?”–se preguntaba. ¿Si llegase a morir por la molestia a la que se encontraba acometida, conseguiría, acaso, reencontrarlos? ¿Dónde? ¿No le era lícito pensar en eso, ya que la idea de la muerte le visitaba insistentemente la cabeza?

Se lanzara, ávidamente, al monólogo íntimo, cuando alguien se le apareció delante; un caballero maduro, cuya sonrisa bonachona le infundió, enseguida, simpatía y curiosidad.

–¿La señora Serpa? –preguntó él, en tono respetuoso. Y a una señal confirmativa de la interpelada, que no escondía la sorpresa, añadió:

–Perdóneme la osadía, pero supe que usted reside en São Paulo, donde vivo yo también y, por circunstancias inesperadas para mí, fui informado, por una persona amiga, que ambos tenemos un problema en común.

–Estimo oírle –dijo la joven señora, percibiendo su constreñimiento.

Ante el acento bondadoso de aquella voz, el hombre se presentó:

–Nada recele, señora Serpa. Soy Ernesto Fantini, servidor de usted.

–Encantada de conocerle –dijo Evelina y, mirando a aquella fisonomía arrugada, que la enfermedad abatía, añadió– siéntese y descanse. Estamos en una plaza enorme y, por lo que parece, somos en estos momentos los únicos interesados en el solaz que ella ofrece.

Animado por la gentileza, se acomodó Fantini en un asiento cercano y volvió a expresarse, avivando el diálogo que la mutua atracción pasó a presidir.

– La propietaria del hotel, en que nos encontramos, se hizo amiga de la gobernanta que la acompaña en el viaje y vine a saber, por ella, que usted sufrirá también una operación de carácter difícil...

-¿También?

-Sí, porque estoy en las mismas condiciones.

-¿?

-Tengo la presión arterial desordenada, el cuerpo a lo loco.

Hace casi tres años, consulto a especialistas. Últimamente, las radiografías me acusan. Tengo un tumor suprarrenal. Presiento que sea algo grave.

-Comprendo... -murmuró Evelina, pálida- conozco todo eso... No necesita contármelo. De cuando en cuando, debe atravesar la crisis. El sofoco en el pecho, el corazón descompasado, dolores en el estómago y en la cabeza, las venas hinchadas en el cuello, las sensaciones de hielo y fuego al mismo tiempo y el pensamiento de la muerte cercana...

Eso mismo...

A continuación, la mejoría por algún tiempo para después comenzar todo nuevamente, hasta el aborrecimiento.

-Usted lo conoce.

-Infelizmente.

-El médico me repitió alguna vez el nombre de la molestia que padezco. Me gustaría saber si usted obtuvo la misma información para su caso.

Fantini sacó del bolsillo un pequeño cuaderno y leyó, en voz alta, la palabra exacta que definía su problema orgánico.

La señora Serpa disimuló, con dificultad, el desagrado que la pronunciación de aquel término científico le causaba, pero, dominándose, confirmó:

-Sí, mi marido, en nombre de nuestro médico, me dio a conocer este mismo diagnóstico, refiriéndose a mi caso.

El recién llegado notó el desagrado de su interlocutora y apuntó con buen humor:

-Tranquila, señora Serpa, que tenemos una enfermedad de nombre raro y bonito...

-Lo que no impide que tengamos crisis frecuentes y feas -replicó ella, con gracia.

Fantini contempló el cielo muy azul de la tarde, como si se propusiera elevar la charla, rumbo a planos más altos, y Evelina le siguió la pausa, en conmovido silencio, demostrando igualmente el propósito de alzar la conversación, por encima del sufrimiento, sedienta de reflexionar y filosofar.

EN LA PUERTA DE LA INTIMIDAD

No lejos apareció un pequeño coche de paseo. Venía despacio, muy despacio.

Viendo el animal que se aproximaba, a paso lento, el caballero dijo a la dama:

–Comprendo su necesidad de reposo, pero si acepta una excursión por las termas...

–Se lo agradezco –respondió–, sin embargo, no puedo. El restablecimiento es en estos momentos mi mejor terapéutica.

–Efectivamente, nuestro caso no soporta sacudidas. El pequeño vehículo pasó cercano al tranquilo retiro.

Los dos percibieron la razón de la lenta marcha. El coche sufriera en verdad un accidente y tenía una rueda partida, avanzando con dificultad; mientras tanto, el joven cochero, a pie, conducía al animal con extremado cariño, dejándolo casi libre.

La señora Serpa y el improvisado amigo los siguieron con la mirada, hasta que desaparecieron en la esquina siguiente.

En seguida, Fantini esbozó una gran sonrisa y pronunció muy tranquilo:

–Señora Serpa...

Ella, sin embargo, le cortó la frase con otra sonrisa franca y corrigió, jovial:

–Llámeme Evelina. Creo que, siendo nosotros hermanos en una rara enfermedad, tenemos derecho a la estima espontánea.

–¡Muy bien!... –acentuó su interlocutor y añadió:– de ahora en adelante, soy también apenas Ernesto, para usted.

El dejó caer la mano suavemente sobre el respaldo del asiento y prosiguió:

–Evelina, ¿usted leyó algo ya sobre espiritualismo?

–No.

–Pues quiero decirle que la carroza, hace poco bajo nuestra observación, me hizo recordar ciertos razonamientos que encontré, en mis estudios ayer. El interesante escritor que vengo consultando, en una definición que el mismo considera superficial, ve a la criatura humana como a una terna, semejante al carro, al caballo, y al cochero, los tres juntos de servicio...

–¿Cómo puede ser eso? –interrogó Evelina, subrayando las palabras de sorpresa y bromeando con la mirada.

–El carro equivale al cuerpo físico, el animal puede ser comparado al cuerpo espiritual, moldeador y sustentador de los fenómenos que nos garantizan la existencia física, y el cochero simboliza, en suma, nuestro propio espíritu, esto es, a nosotros mismos, en el gobierno mental de la vida que nos es propia. El carro averiado, como el que aquí vimos, recuerda un cuerpo enfermo, y, cuando un vehículo en ese estado se hace del todo inservible, el conductor lo abandona a los designios de la naturaleza y

prosigue en servicio, montado consecuentemente en el animal para continuar ambos, el curso de su viaje siempre adelante... Eso ocurriría, de forma natural, en la muerte o en la desencarnación. El cuerpo de carne, inutilizado, es restituido a la tierra, mientras que nuestro espíritu, enarbolando el envoltorio de materia sutil, que, además, le condiciona la existencia terrestre, pasa a vivir en otro plano, en el cual la vestimenta de materia más densa para nada más le sirve...

Evelina rió, pero sin perder, con todo, el respeto que debía a su interlocutor, alegó:

–¡Ingeniosa teoría!... Usted me habla de la muerte, ¿y qué me dice de ese trío durante el sueño?

–Muy razonablemente, en el sueño físico, hay descanso para los tres elementos, descanso éste que varía de conductor a conductor, o mejor dicho, de espíritu a espíritu. Cuando dormimos, el vehículo pesado o cuerpo carnal reposa siempre, pero el comportamiento del espíritu difiere infinitamente. Por ejemplo, después de copioso manjar para el conductor y el caballo, es justo que se inmovilicen ambos en la inercia, tanto como el carro que llevan; sin embargo, si el cochero se caracteriza por hábitos de estudio y servicio, cuando el carro se detiene en el taller para reparaciones o reabastecimiento, vemos que utiliza al animal para excursiones educativas o para tareas ennoblecedoras. Otras veces, si el conductor es todavía profundamente inhábil o inexperto, demostrando recelo del viaje, siempre que el vehículo exija restauración, tenemos que se oculta en las inmediateces del puesto de socorro, esperando que el carro se recupere, con el fin de retomarlo, a modo de armadura para su propia defensa.

Evelina esbozó un gesto de incredulidad y ponderó:

– Nada conozco del espiritualismo...

–¿Es practicante de alguna religión en particular?

–Sí, soy católica, sin fanatismo, pero francamente determinada a vivir según los preceptos de mi fe. Practico las instrucciones de los sacerdotes, creyendo en ellos.

–Usted debe ser loada por eso. Toda convicción pura es respetable. Envidio su confianza perfecta.

–Usted, ¿no es religioso?

–Quisiera serlo. Soy un buscador de la verdad, franco tirador en el campo de las ideas...

–¿Y lee espiritualismo por diversión?

–¿Por diversión? ¡Oh! ¡no! Leo por necesidad ¿Evelina, usted olvidó? Estamos a las puertas de una operación que nos puede ser fatal... Nuestras maletas quizás estén ya preparadas para una *¡larga excursión!*...

–De la que nadie regresa.

–¿Quién puede saberlo?

–Entiendo –agregó la dama, sonriendo–, estudia espiritualismo, como el viajante que aspira a conocer el dinero, el idioma, las costumbres y las modas del país que intenta visitar. Informaciones resumidas, cursillos rápidos...

–No lo niego. Tengo más tiempo a mi disposición y en ese tiempo hago hoy las investigaciones que puedo, en los dominios de todo lo que se relacione con las ciencias del alma, principalmente con aquello que se refiera a la sobre vivencia y a la comunicación con los Espíritus, supuestos habitantes de otras esferas.

¿Y usted encontró ya la prueba de semejante intercambio? ¿Consiguió mensajes directos de alguno de sus muertos queridos?

–Aún no.

–Eso, acaso, ¿no le desalienta en la búsqueda?

–De ningún modo.

–Prefiero mis creencias tranquilas. La confianza sin dudas, la oración sin tortura mental...

–Será una bendición su estado íntimo y respeto, con todo mi corazón, su felicidad religiosa; sin embargo, ¿y si hubiera otra vida a nuestra espera y si la indagación apareciera en su alma?

–¿Cómo puede hablar de ese modo si todavía no consiguió la suspirada demostración de la sobre vivencia?

–No me es posible dudar del criterio de los sabios y de las personas de elevado carácter, que la consiguieron.

–Bien –se explicó Evelina de buen humor– usted estará con sus investigadores, yo me quedaré con mis santos...

–No tengo ninguna objeción, en cuanto a la excelencia de sus abogados –rebató Fantini en el mismo tono–, pero no consigo escaparme a la sed de estudio. Antes de las molestias, me sentía seguro de la vida. Gobernaba los acontecimientos, ni sabía, al menos, de la existencia de ese o de aquel órgano en mi cuerpo. Sin embargo, un tumor en la suprarrenal no es una piedra en el zapato. Tiene algo de fantasmal, anunciando contratiempos y obligándome a pensar, raciocinar, discernir...

–¿Tiene miedo a la muerte? –se burló la muchacha.

–No tanto, ¿y usted?

–Bien, yo no deseo morir. Tengo a mis padres, mi esposo, mis amigos. Adoro la vida, pero...

–¿Pero?...

–Si Dios determinara la extinción de mis días, estaré resignada.

–¿Por ventura, no tiene problemas? ¿Nunca sufrió la influencia de los males que nos atormentan el cotidiano?

–No me diga que me va a examinar la conciencia; ya tengo que dar cuenta de mí misma a los confesores.

Y riéndose, desembarazadamente, reforzó:

–Admito los males que los otros nos hagan como parcelas del rescate de nuestros pecados ante Dios; sin embargo, los males que hacemos son golpes que lanzamos contra nosotros mismos. Suponiendo eso, procuro preservarme, esto es, reconozco que no debo herir a nadie. Por esa razón, busco en la confesión un contraveneno que, de tiempo en tiempo, me inmunice, evitando la explosión de mis propias tendencias inferiores.

–Admirable que una inteligencia, como la suya, se acomode con tanto gusto y sinceridad a la confesión.

–Ciertamente necesito saber con que sacerdote me confieso.

No quiero comprar el Cielo con actitudes calculadas y sin actuar en oposición a los defectos que arrastro y, por eso, no sería correcto abrir el corazón ante alguien que no me pueda entender ni ayudar.

–Entiendo...

Volviendo al tratamiento íntimo, en base a una respetuosa confianza, la señora Serpa consideró:

–Créame, también yo, ante la enfermedad, he vivido más cuidadosa. Hasta la misma víspera de mi venida para aquí, me armonicé con los deberes religiosos. Me confesé. Y de las inquietudes que confié a mi anciano director, puedo decirle la mayor.

–¡No, no!... No me conceda tanto... –tartamudeó Fantini, espantado con la devoción cariñosa con que Evelina se expresaba.

–¡Oh! ¿Por qué no? Estamos aquí en la idea de que somos amigos de hace mucho tiempo. ¿Usted me habla de sus preparaciones ante la posibilidad de la muerte y no me deja tocar las mías?

Soltaron ambos una risa clara y, cuando la pausa más larga se introdujo en el diálogo, se miraron, de forma significativa. Uno y otro manifestaron en el rostro inequívoca nota de susto.

La mirada recíproca les hacía observar que habían caminado, a largos pasos, a una intimidad profunda.

¿Dónde viera antes a aquella joven señora a la que la belleza y el razonamiento tanto favorecían? –pensaba Ernesto, aturdido.

¿En qué lugar habría encontrado alguna vez a aquel caballero maduro e inteligente que tan bien conjugaba simpatía y comprensión? –reflexionaba la señora Serpa, incapaz de ocultar el agradable asombro que la dominaba.

El intervalo consumió segundos inquietantes para los dos, mientras el crepúsculo, a su alrededor, acumulaba colores y sombras, anunciando la noche cercana.

ACUERDO AMISTOSO

Fantini percibió que su interlocutora había sido tocada mentalmente por la mirada que le dirigiera y se dispuso a tranquilizarla:

–Continuemos Evelina. Mi presencia no le causará ningún mal. Obsérveme, no diré con su gentileza, pero sí con su discernimiento. Soy un viejo enfermo que puede ser su padre y créame, la miro como a una hija...

Su voz desfalleció, de cierto modo, sin embargo cobró ánimos y terminó:

–La hija que desearía tener, en lugar de la que poseo.

Evelina adivinó el sufrimiento moral que sus palabras destilaban y reajustó su posición emotiva, sentenciando:

–Usted no se alegraría con una hija enferma como yo. Pero... volvamos a mi caso, el caso de la confesión.

–No me cuente tristezas...

–Cierto. Ya no disponemos de mucho tiempo.

Y continuó con una sonrisa burlona:

–Conversando con tanta franqueza, en un lugar que quizás sea la antecámara de la muerte para uno de nosotros, deseo decirle que solo un hecho me perturba. Tengo las desilusiones comunes a cualquier persona. Mi padre murió, cuando yo apenas cumpliera los dos años; mi madre, viuda, me dio un padrastro, algún tiempo más tarde; aún en la infancia, fui internada en un colegio de religiosas amigas y, después de todo eso, me casé para tener un marido distinto del que yo soñaba... En el centro del romance, una tragedia... Un hombre, un muchacho digno, se aniquiló por mi causa, seis meses antes de mi boda. Antes del acto que le llevó a la muerte, intentó el suicidio al verse puesto de lado. Me compadecí. Traté de reaproximarme, al menos para consolarle, y, cuando mi sentimiento dudaba entre el pobre muchacho y el hombre al que desposé, sucede que se despide de la vida con un tiro en el corazón... Desde entonces, cualquier felicidad para mí, es una luz mezclada de sombras. A pesar del gran amor que consagro a mi marido, ni siquiera la condición de madre conseguí. Vivo enferma, frustrada, abatida...

–¡Vamos, vamos! –aventuró Ernesto, tratando de encontrar una salida optimista– no se juzgue culpable. Si no fuese, supuestamente por usted, el muchacho actuaría del mismo modo por otro móvil. El impulso suicida, así como el impulso criminal...

Su voz languideció nuevamente, como si en su íntimo rechazase ciertas reminiscencias que las palabras pronunciadas le traían a la memoria; sin embargo, dando la impresión de quien actuaba fuertemente contra sí mismo, continuó:

–Son incógnitas del alma. Quizás sean ápices de enfermedades psíquicas, demo-

radamente mantenidas en el espíritu. El suicidio y el crimen son de temer en cualquiera de nosotros, porque son actos de delirio, que profundos procesos de corrosión mental determinan en cualquiera.

–Usted procura apaciguarme con su nobleza de corazón –exclamó Evelina, dudosa–, seguramente no conoció, hasta hoy, un problema así de agudo, a perturbarle la conciencia.

–¿Yo? ¿Yo?, –tartamudeó Fantini, desconcertado–, ¡no me haga volver al pasado, por el amor de Dios!... Ya cometí muchos errores, sufrí muchos engaños...

Y, con el objetivo de eludir la cuestión sin eliminarla, Ernesto sonrió a la fuerza, con la maleabilidad de las personas maduras, que saben usar varias máscaras fisonómicas, para determinados efectos psicológicos, y añadió:

–¿No consiguió, por ventura, olvidar al muchacho suicida, con el apoyo del confesionario? ¿Su director espiritual no le sosegó el corazón sensible y afectuoso?

–Le repito que siempre encontré en la confesión de mis errores menores una especie de vacuna moral contra errores mayores; sin embargo, en el caso en cuestión, no conseguí la paz que deseaba. Admito que si no hubiese dudado, tanto tiempo, entre los dos hombres, habría evitado el desastre. Basta que me acuerde de Túlio, el infeliz, para que el cuadro de la muerte de él se reavive en mi memoria y, con el recuerdo, surja, de inmediato, el complejo de culpa...

–No se apesadumbre. Usted es muy joven. Como sucede a la mano que, poco a poco, encallece en los trabajos del campo, la sensibilidad también se endurece con los sufrimientos de la vida. Seguramente, si escapamos, con éxito, del salto que pretendemos dar a la salud, todavía veremos muchos suicidios, muchas decepciones, muchas calamidades...

La señora Serpa reflexionó por algún momento y, dando la impresión de alguien que se proponía ganar la oportunidad para aplacar heridas íntimas, indagó con intención:

–Usted, que está estudiando las ciencias del alma, ¿cree verdaderamente que reencontraremos las personas queridas, después de la muerte?

Fantini expresó un gesto de complacencia y divagó:

–No sé porque, pero ante su pregunta, me vino a la cabeza aquel pensamiento del viejo Shakespeare: “Los infelices no poseen otro medicamento que no sea la esperanza”. Tengo buenas razones para creer que veremos otra vez unos y otros, cuando ya no estemos en este mundo; sin embargo, comprendo que la precariedad de mi estado orgánico es el agente fijador de semejante idea. Usted ya habrá notado que las ideas y las palabras son hijas de las circunstancias. Imagine si nos encontrásemos hoy en la plenitud de la fuerza física, robustos y bien parecidos, en un encuentro social, en un baile por ejemplo... Cualquier concepto, sobre los asuntos que ahora nos aproximan el uno al otro, sería inmediatamente eliminado de nuestra conversación.

–Es verdad.

–Las molestias aflictivas nos dan derecho a entretejer nuevos recursos y nuevas interpretaciones, en torno a la vida y a la muerte, y, en la esfera de las nuevas conclusiones que tenemos por delante, admito que la existencia no acaba en la tumba. Estamos obligados a recordar aquel antiguo dicho de las novelas de amor, el romance termina, pero la vida continúa. El envoltorio de carne caerá consumido; entretanto, el Espíritu seguirá adelante, siempre adelante...

–¿Usted suele pensar en alguien que estimaría encontrar en la *otra vida*?

Él dibujó una enigmática sonrisa y bromeó:

–Pienso en alguien que estimaría no encontrar.

–No llego a entender el juego de palabras. A pesar de ello, me reconforta notar la seguridad con que me habla, sobre el futuro.

–Usted no puede y no debe perder la confianza en el porvenir. Recuerde que es, ante todo, cristiana, discípula de un Maestro que regresó del sepulcro, al tercer día, después de su muerte.

La señora Serpa no sonrió. Su mirada vagó, distante, en las nubes rosáceas que reflejaban el Sol ya lejano, sintiéndose, quizás sacudida en las fuerzas profundas de su fe por aquella inesperada observación.

Terminada la larga pausa, volvió a mirar a su interlocutor y preparó la despedida:

–Bien, señor Fantini, si hubiera *otra vida*, más allá de ésta, y si fuera voluntad de Dios que sufriéramos, en breve, el *gran cambio*, creo que nos veremos nuevamente y seremos *allá* buenos amigos...

–¿Cómo no? si consigo adivinar el fin de mi cuerpo, conservaré firmemente el pensamiento positivo de nuestro reencuentro.

–Yo también.

–¿Cuándo vuelve a São Paulo?

–Mañana por la mañana.

–¿Tiene fijada fecha para la operación?

–Mi marido decidirá eso con el médico; sin embargo creo que será la semana que viene cuando me enfrente al problema. ¿Y usted?

–No estoy seguro. Cosa de unos pocos días más. No deseo retrasar la intervención. ¿Puedo, acaso, conocer el nombre de su hospital?

Evelina meditó, meditó... Y concluyó:

–Señor Fantini, somos ambos portadores de la misma enfermedad, insidiosa y extraña. ¿No será eso lo bastante para aproximarnos uno del otro? Esperemos el futuro sin aflicción. Si escapásemos del atolladero, estoy convencida de que Dios nos favorecerá con un nuevo encuentro aquí mismo en la Tierra... Si la muerte llegase, nuestra amistad, en *otro mundo*, quedará también subordinada a los designios de la Providencia.

Ernesto lo encontró justo y ambos regresaron al hotel, paso a paso, en conmovido silencio.

RENOVACIÓN

Evelina solamente volvió a pensar en la presencia confortadora de Ernesto, el amigo desconocido, cuando Caio Serpa, su esposo, la dejó en aquella espaciosa habitación del hospital, en la víspera de la operación, en la que se hallaba, ahora, haciendo extrañas reflexiones.

Era muy joven y estaba convencida, casi totalmente, en cuanto a su recuperación, para prolongarse en cualquier vaticinio menos feliz. Sin embargo, allí, a solas, aguardando a la enfermera, los alegatos de Fantini le traspasaban el cerebro, calentándole la imaginación.

Sí, meditaba torturada, afrontaría un gran riesgo. Quizás no regresase a la convivencia con los suyos... Si muriese, ¿adónde iría? Cuando niña, creía, de buena fe, en la existencia de los lugares predeterminados de felicidad o de sufrimiento, sobre los cuales la antigua teología católica regulaba la posición de los hombres, más allá de la muerte. Ahora, sin embargo, con la ciencia explorando las enormidades cósmicas, era lo bastante inteligente para percibir el tacto con que el maduro confesor le hablaba de las indispensables renovaciones que se imponían a la esfera religiosa. Aprendiera con él, generoso y culto amigo, a conservar, inalterable, la confianza en Dios, en el divino apostolado de Jesucristo y en el ministerio inefable de los santos; a pesar de todo ello, decidiera colocar aparte, para necesaria revisión, todas las afirmaciones de la autoridad humana sobre las cosas y las causas de la Providencia Divina. La idea de la muerte le asomó a la cabeza con más fuerza, pero la rechazó. Quería la salud, la euforia orgánica. Ansiaba recuperarse, vivir. Se detuvo, de pronto, a analizar los problemas domésticos. Evidentemente pasaba por escabrosa fase en sus relaciones conyugales; sin embargo, tenía motivos para contar con un reajuste feliz. Se admitía en plena floración de los ideales femeninos. Carecía, solamente, del reequilibrio físico. Recuperándose, se ocuparía de desplazar a *la otra*. Transfiguraría el área afectiva y de tal modo se proponía hacerla hermosa, que el esposo, ciertamente, le devolvería el cariño, sin que fuese obligada a usar la acritud o la discusión. Además de eso, se reconocía útil. Debía querer la vida, disputarla a cualquier precio, sentirse auxiliadora, no sólo para sus familiares, también para las criaturas menos felices. Podría, sin duda, disminuir la penuria donde la penuria existiese...

El recuerdo, sobre los necesitados la sensibilizó... ¿Cuántos respirarían, allí mismo, cerca de ella, aislados, unos de los otros, por las fronteras de la albañilería? ¿Cómo no pensara en ello antes?

Gastara su existencia en condición de satélite de tres personas, el marido, la madre, el padrastro... ¿Por qué no recuperar sus propias fuerzas, renovarse, vivir? Sí, rechazaría todo pensamiento, sobre los fenómenos de la muerte, y se concentraría, con todas las fuerzas de que se sentía capaz, en el propósito de rehacerse orgánicamente.

Leyera a muchos psicólogos y conociera con ellos la importancia de los impulsos mentales. Aspiraba sanar. Repetiría eso, tantas veces como le fuese posible, con todos sus potenciales de fuerza emotiva, escogiendo las palabras cargadas de energía que le pudiesen definir con más claridad los estados del alma.

¡Ah! –dijo, pensando, de sí para sí– en ese sentido, ¡también rezaría!...

Formulada esa idea, tropezó, de cara, con la imagen de Jesús Crucificado, suspendida en pared cercana, y se acercó a ella. Contempló el rostro sublime que el artista modelara con sentimiento profundo y cruzando sus manos sobre el pecho, habló más con la voz del corazón que con los labios:

–¡Señor, compadécete de mí!...

Sin embargo, en eso, al contemplar aquella cabeza coronada de espinos y aquellos brazos clavados al poste del sacrificio, le pareció que el Cristo estimaba surgir en la memoria de las criaturas en aquella figura de dolor para recordarles la fatalidad de la muerte.

Profundo abatimiento moral le convulsionó los nervios, ya no sabía si le era lícito optar entre vivir o morir y, escondiendo el rostro entre las manos, se arrodilló, humilde, frente de la delicada escultura, junto a la que lloró copiosamente.

Alguien la despertó, suavemente: –¿Llorando, por qué, señora?

Diligente enfermera venía a requerirla para el servicio preoperatorio.

Evelina se irguió, secó sus lágrimas, sonrió.

–Disculpeme.

–Soy yo quien la molesto, señora Serpa –rogó la joven perdóneme si le perturbo las oraciones; sin embargo, urge el prepararse. Además, su esposo espera la ocasión de entrar.

La enferma obedeció, ausentándose de la habitación, por algún momento, y regresando, poco después.

El marido esperaba, hojeando los periódicos del día.

–Vaya –dijo él, fingiéndose de buen humor–, ahora, el *salón de belleza*, mañana, el retorno a la salud.

La voz del Dr. Serpa evidenciaba energía y blandura simultáneas. Abogado joven, pero experimentado en relaciones públicas, exhibía modales estudiados, aunque simpáticos. Auténtico representante del tope social, no se le notaba el menor desaliño. Justo es, sin embargo, decir que el joven abogado se encerraba en lo íntimo de su ser, esforzándose en mantener oculta la parte del enigma de su propia alma. No estaba allí, en la estampa física, tal como se mostraba por dentro. No era tan sólo un hombre natural, simplemente un hombre natural, en cuyo carácter en barniz académico no conseguía eliminar, del todo, los residuos de la animalidad, comprensibles en todas las criaturas de la Tierra, todavía puramente naturales y humanas. Además de eso, a nuestros ojos espirituales, patentizaba sombrías inquietudes.

Después de las primeras palabras, calientes de ternura, se acercó a la esposa y le besó el cabello.

Ella no disimuló su propia alegría y conversaron en suave expansión afectiva.

Evelina reafirmó con los labios, la certeza de la recuperación cercana, mientras él le daba noticias. Los suegros, en su finca en el sur, esperaban buenas noticias sobre la

operación y oportunamente vendrían a su encuentro. Con certeza, no llegarían, de inmediato, evitando alarma. Querían dar a la hija querida la convicción de que estaban tranquilos, en cuanto al tratamiento en curso.

Y Caio le proporcionaba otros informes.

Escuchara a amigos médicos. Realizara interesantes estudios en torno a la intervención en la suprarrenal. En cuanto al caso de Evelina, el cirujano era optimista. ¿Qué les faltaba ahora, sino el éxito, con la bendición de Dios?

Se regocijó la enferma, al registrar su expresión “bendición de Dios”. ¿Algo nuevo estaría surgiendo en aquel estimado ateo de treinta años? –monologaba en su interior–. Caio se le figuraba, allí, más atento, diferente. Simple de corazón, no percibía que él disimulaba. Serpa emitía comunicaciones imaginarias. El médico de la familia, así como el cirujano, nada garantizaban más allá de una operación exploratoria, con reducidas esperanzas de éxito. El mismo cardiólogo, debidamente consultado, casi que desaconsejaba el intento, y solo no lo hacía porque la muchacha avanzaba, a grandes pasos, para la muerte. ¿De qué valdría obstaculizar una providencia que quizás la salvase? El marido conocía las preocupaciones en juego; sin embargo, fantaseaba argumentos confortantes, mentía piadosamente, comentando las pruebas, complementadas de avisos francos, sobre la gravedad de la situación.

El abogado pernoctó en el hospital, en condición de acompañante de la enferma. Auxilió a la enfermera de noche, en la administración de tranquilizantes precursores de la anestesia. Dispensó a la enferma cariños y cuidados, como si ella fuese una niña y él un padre celoso.

Al día siguiente, sin embargo, terminada la operación, fue invitado a conversar con el médico operador y, pálido, recogió la sentencia. Evelina, según los recursos de la ciencia humana, disponía solamente de algunos días más. Que él, el marido, tomase las medidas que juzgase convenientes, a fin de que no le faltase la comodidad posible.

El médico resumió todas sus impresiones en una sola frase:

–Ella parece una rosa totalmente carcomida por agentes malignos.

Caio, a pesar de quererlo, nada más escuchó de las doctas observaciones expresadas sobre neoplasia, focos secundarios, metástasis y tumores que reincidían después de su extirpación. Se sentía petrificado. Grandes lágrimas bañaran su rostro.

Concluido el testimonio de solidaridad y ternura humana con que fue amparado por el cirujano amigo, corrió junto a la compañera postrada. Y durante días y noches de paciencia y ansiedad, fue para ella, el hermano y el padre, el tutor y el amigo.

Satisfaciendo sus ruegos, los suegros vinieron a consolar a la hija en los últimos días. Doña Brígida, la madre, y el Sr. Amancio Terra, el padrastro, propietarios de próspera finca, en el sur paulista ², comparecieron desolados, buscando, sin embargo, seleccionar palabras de optimismo, evitando el llanto.

Envuelta en la red de la devoción familiar, Evelina, aparentemente recuperada, regresó al mundo doméstico, recibiendo mimos que, desde hacía mucho tiempo, no recibía, simultáneamente con las crisis periódicas de asfixia que la dejaban inerte.

A pesar de su posición melindrosa, creía en las opiniones aduladoras de familiares y amigos.

² Se refiere al estado de São Paulo, situado en el centro-sur de Brasil.

Aquello pasaría. Nadie escapa a las secuelas de una operación, como la que sufriría. Que ella confiase, orase con fe.

Después de dos semanas de tranquilidad y recaídas, pasaron seis días de continuo bienestar.

No obstante, extremadamente delgada y abatida, pasó del lecho a un sillón, se alimentaba casi normalmente, charlaba tranquila, obtenía el confort de la religión por la cortesía de un sacerdote abnegado y, por la noche, pedía al padraastro algunos minutos de lectura alegre y amena.

Al atardecer del quinto día de esperanza, formuló una solicitud inesperada.

—¿No podría Serpa llevarla al paseo predilecto de sus tiempos de noviazgo?

—¿Morumbi ³ de noche? —indagó la madre, intrigada. Evelina se justificó. Quería ver la gran ciudad centelleante de luces en la distancia, sus ojos sentían nostalgia del cielo estrellado.

Caio telefoneó al médico y el médico accedió.

Poco después, afligido por satisfacerla, el marido sacó el coche del garaje, para, a continuación, tomarla de encuentro al pecho, como si transportase a liviana niña. La acomodó a su lado, prescindió de la compañía de los suegros, y partieron.

La enferma seguía, encantada. Volvió a ver las calles repletas y, después, el paisaje del Morumbi y alrededores, en lo que poseía de más naturaleza.

Al verla hablar, entusiasmada, el esposo se enterneció. Como si la reencontrase en la moldura de novia querida, la novia a la que amara desvariadamente, años antes. Experimentó remordimiento, recordando la infidelidad conyugal en que se mantenía. quiso suplicarle perdón, confesarse, pero reconoció que aquel no era el momento adecuado.

Detuvo el coche, la contempló. Evelina parecía sutilizarse, los ojos brillaban al reflejo de la luna, su cabeza se movía como aureolada de luz...

Caio la tomó en los brazos robustos, con la ansiedad de quien se proponía apoderarse de un tesoro y defenderlo... En un transporte irresistible de cariño, la besó y besó, hasta que le sintió el rostro frío bañado por lágrimas ardientes...

Evelina lloraba de ventura.

Al sentirse liberada de aquellos brazos que adoraba, echó la cabeza ligeramente para fuera y se detuvo en la contemplación del firmamento que se le figuraba ahora un campo gigantesco, ostentando flores de fuego y de plata...

Buscó la diestra del compañero, la apretó demoradamente e indagó:

—¿Caio, tú crees que nos encontraremos, después de la muerte?

Él cortó la conversación, puso en marcha el motor, le exhortó a cambiar de tema, le prohibió, en tono afectuoso, el referirse a lo que nombró como siendo *cosas tristes*, y regresaron.

Por el camino, la enferma se acordó del entendimiento fácil con Ernesto Fantini, el improvisado amigo del balneario. Inexplicablemente para ella misma, sentía recuerdo de aquella presencia que le resultara suave y grata. Sentía sed de permuta espiritual. Ansiaba hablar de los secretos de la vida eterna y escuchar a alguien en el mismo tema

³ Barrio residencial en las afueras de São Paulo.

y en el mismo tono. En aquel momento, sin embargo, el esposo se le destacaba en la imaginación, como extraño violín que no se le adaptaba ahora a las fibras del arco. Las emociones sublimes le desfallecían en el pecho, a falta de crecimiento y repercusión, prefirió, de ese modo, escuchar al marido, bendecirle, aprobarle.

Otro día más de serenidad y, a continuación, Evelina amaneció en crisis. De angustia en angustia, con anestésicos de por medio, la joven señora Serpa alcanzó su última noche en el mundo.

Ante la profunda tristeza del esposo y de los padres, que todo hicieron por retenerla, Evelina, fatigada, cerró los ojos del cuerpo físico, en la suprema liberación, justamente cuando las estrellas desmayaban en el amanecer, rondando una nueva alborada.

REENCUENTRO

Evelina despertó en una amplia habitación, con dos ventanas que dejaban ver el cielo.

Emergía de un sueño profundo, pensó.

Intentó recordar, haciendo cuentas de su situación.

¿Cómo habría entrado en la amnesia de la que estaba regresando ahora a la toma de conciencia?

Liberó con esfuerzo los mecanismos de la memoria y pasó a recordar, reposadamente... Al principio, indescriptible pesadilla perturbaba su reposo principiante. Sufriera, seguramente, un síncope inexplicable. Notárase en medio en un mundo exótico de imágenes que la hacían retroceder en la senda de sus propias reminiscencias. Recapitulara, no sabía como, todas las fases de su corta vida. Regresara en el tiempo. Reconstituyera todos los días ya vividos, al punto de volver a ver al padre llegando muerto al hogar, cuando tenía solo dos años de edad. En esa película que las energías ocultas de su propia mente hablan exhibido para ella, en los cuadros más íntimos del ser, escuchara, nuevamente, los gritos maternos y vela, al frente, los vecinos espantados, sin comprender la tragedia que se abatía sobre la casa...

Después, sintiera la impresión de un tremendo choque.

Algo como que se le desabrochara en el cerebro y viérase flotar sobre su propio cuerpo adormecido...

Luego después, el sueño invencible.

De nada más se apercibiera.

¿Cuántas horas pasara en el sopor imprevisto? ¿Estaría volviendo en sí, vencido el colapso, por efecto de algún tratamiento excepcional? ¿Por qué no veía, allí, junto al lecho, algún familiar que le proporcionase las necesarias explicaciones?

Intentó sentarse y lo consiguió, sin la menor dificultad.

Inspeccionó el ambiente, concluyendo que había cambiado de lecho. Dedujo de sus primeras observaciones que, caída en desmayo, fuera reconducida al hospital y ocupaba, ahora, una vasta dependencia, que el verde claro volvía reposante.

En mesa cercana, vio rosas que le llamaban la atención por su perfume.

Cortinas tenues bailaban, mansamente, al ritmo del viento, que penetraba por las persianas distintas, talladas en materia parecida al cristal revestido de esencia esmeraldina.

En todo, sencillez y previsión, comodidad y delicadeza.

Evelina bostezó, extendió los brazos y no se sorprendió con ningún dolor.

Estaba recuperada al fin, pensó alegre.

Conocía la presencia de la salud y la atestiguada en sí misma. Ningún sufrimiento, ninguna traba.

Si algo experimentaba de menos agradable, era precisamente una señal de robustez orgánica: sentía hambre.

¿Dónde estaría el marido? ¿Dónde estarían los padres?

Deseaba gritar de felicidad, comunicándoles que sanara. Ansiaba decirles que los sacrificios efectuados por ella no habían sido inútiles. En su interior, agradecía a Dios la dádiva de su recuperación y ansiaba extender la jubilosa gratitud a los seres queridos.

Ya no lograba sofocar el corazón embriagado de regocijo y, por eso, buscó el timbre, a su lado. Pulsó el botón de llamada y una señora de semblante dulce y atrayente apareció, saludándola con palabras de irradiante cariño.

Evelina aceptó con naturalidad la colaboración de la desconocida.

–Enfermera –dijo a la recién llegada–, ¿puedo pedirle el favor de llamar a mi marido?

–Tengo instrucciones para, antes de nada, informar al médico de su mejoría.

La señora Serpa concordó, afirmando, sin embargo, que sentía necesidad de reencontrar a sus familiares, para compartir con ellos su propio júbilo.

–Comprendo... –respondió la enfermera, con inflexión de ternura.

–Tengo ganas de entenderme con alguien –añadió la convaleciente, animada–, ¿cómo se llama usted?

–Llámeme Hermana Isa.

–Seguramente usted me conoce. Soy Evelina Serpa y debo tener aquí mi ficha...

–Sí.

–Hermana Isa, ¿qué me sucedió? Estoy bien, pero en un estado extraño que no sé definir...

–Usted pasó por una *larga operación*, necesita descansar, restablecerse...

Para Evelina, en verdad, nada había de sorprendente en aquellas palabras articuladas en tono significativo. Se sabía operada. Pasara por la dolorosa extirpación de un tumor. Estuviera en casa, mejorara tanto que obtuviera un paseo con el marido por las calles del Morumbi. A pesar de todo, se veía nuevamente hospitalizada, sin poder enjuiciar sobre los motivos.

Mientras ordenaba indagaciones mudas, no vio que la enfermera oprimía un punto gris, en determinado rincón, comunicándose con el médico de guardia.

En dos minutos, un hombre de blanco entró, tranquilo. Saludó a la enferma, la examinó, sonrió satisfecho.

–Doctor... empezó diciendo, ansiosa por justificarse, y le pidió informes. Deseaba saber cómo y cuándo podría ver al esposo y a los padres.

¿No sería justo dar a los suyos la noticia del éxito con que el hospital le brindaba?

El médico escuchó, paciente, y le rogó conformidad. Retornaría a sus parientes, pero necesitaba reajustarse.

Gesticulando cariñosamente, como si tranquilizase a una hija, aclaró:

–Usted está mejor, mucho mejor; sin embargo, aún bajo rigurosa asistencia de tipo mental. Ligándose a cualquier agente susceptible de inducir le a recuerdos muy activos de la molestia que sufrió, es probable que todos los síntomas reaparezcan. Piense en eso. No le conviene, por ahora, regresar entre los suyos.

Y con una mirada aún más comprensiva, añadió:

–Colabore...

Evelina escuchó la observación, con ojos lacrimosos, pero se resignó.

Al fin, aceptó interiormente, debía estar reconocida a los que le habían granjeado la bendición de la nueva situación. No le cabía interferir en providencias, cuyo significado era incapaz de entender. Adivinando que el médico se disponía a salir, solicitó con humildad si le sería permitido leer y, si esa concesión le fuese hecha, rogaría que la casa le prestase algún libro en el que pudiese recibir enseñanzas de Cristo. Sensibilizado, el médico recordó el Nuevo Testamento y, en breves instantes, la enfermera trajo el libro mencionado.

Volviendo a la soledad, Evelina empezó a leer el Sermón de la Montaña, sin embargo, la advertencia clínica se le entrometía en la imaginación, insistentemente. Si estaba restablecida, tal como se veía, ¿por qué simples recuerdos le impondrían el retorno a los padecimientos de los que se sentía liberada? ¿Por qué? Se sentía en posesión de inenarrable euforia. Deliciosa sensación de ligereza la mantenía dispuesta para la alegría, como nunca sintiera en toda su existencia.

¿Tales recursos de equilibrio orgánico serían así tan fáciles de perder?

Retiró la atención del libro y se entregó a nuevos pensamientos... ¿y si reconstituyese en espíritu la presencia de Caío y de los padres, con vehemencia? ¿Y si concentrase sus propios pensamientos en los dolores que había dejado en retaguardia?

Infelizmente para ella, se confió a semejantes ejercicios y, pasados algunos minutos, la crisis apareció, agigantándose en su pecho con rapidez. Se le helaban las extremidades, mientras tenía la impresión de que un brasero la quemaba por dentro, y la respiración se hacía difícil. Desencadenados los síntomas, quiso reaccionar, contraponer pensamientos de salud a los de enfermedad; sin embargo, era tarde. El sufrimiento venció sus fuerzas y empezó a retorcerse en el suplicio del que se creyera definitivamente distanciada...

Atónita, presionó el botón del timbre y la atenta enfermera se desbordó en la tarea asistencial

El médico reapareció y le administró sedantes.

Ninguno, ni el médico ni la enfermera, le dirigieron el más mínimo reproche, aun así la enferma leyó en sus miradas la certeza de que todo habían comprendido. En silencio, le hacían saber que no ignoraban su tozudez y que, con toda certeza, no adaptándose a los avisos recibidos, quisiera experimentar por sí misma lo que venía a ser un tipo de mentalización inconveniente.

A pesar de la bondad de que daba muestras, el médico actuó con energía.

Dio instrucciones severas a la compañera de servicio, después de la inyección calmante que él mismo aplicó a la señora Serpa, en determinado lugar de la cabeza, y recomendó medidas especiales para que ella durmiese. Era aconsejable obligarla a reposar más tiempo, controlada por anestésicos. La enferma no podía y no debía entregarse a ideas fijas, bajo riesgo de volver a sufrir sin necesidad.

Evelina registró sus observaciones, en franco amodorramiento. Después, cayó en pesado sueño, del que despertó muchas horas más tarde, consciente de que le competía cuidarse, evitando nuevo pánico. Expresó el deseo de alimentarse y fue inmediatamente servida de un caldo caliente y reconfortante, que le cayó sabrosamente al paladar, a manera de néctar.

Se rehizo, vigilante. Se reconocía bajo un tipo de asistencia, cuya eficacia y poder no le cabía ahora subestimar.

Pasado una semana de descanso absoluto, entretenida con la lectura escogida por las autoridades que la rodeaban, empezó a pasear por la habitación.

Al recuperar la verticalidad, notaba en sí misma inequívocas diferencias. Los pies se le antojaban ligeros, como si el cuerpo hubiese disminuido de peso, intensivamente, y, sobre todo en el cerebro, las ideas le nacían en torrentes, vigorosas y bellas, casi materializándose ante sus ojos.

Una tarde en la que se veía más estimulada para recuperar los movimientos normales, se acercó a la ventana que daba a un patio enorme y, de lo alto del tercer piso en que se hospedaba, contempló a decenas de personas que charlaban alegremente, muchas de ellas sentadas en torno de colorida fuente que se erguía en el centro de florido y extenso jardín.

Aquella sociedad serena la atrajo.

Tenía sed de convivencia, sujeta como se hallaba a austera disciplina. A la vista de ellos, consultó a la enfermera si le era concedido bajar, entablar conocimiento con alguien. Al fin sugirió con optimismo, una casa de salud no deja de parecerse a un barco, en cuyo casco las criaturas se interesan unas por las otras, extendiéndose las manos.

La enfermera lo encontró divertido y la amparó en sus brazos, para el descenso.

Sí, podría divertirse allí. El ambiente le sentaría bien, al mismo tiempo que le sería lícito ganarse una que otra amistad.

Dejada a solas, contempló ansiosamente los rostros que la rodeaban. Le pareció estar en el seno de una vasta familia de personas afines por el corazón, pero casi todas desconocidas entre sí, como sucede en un balneario.

Todos los presentes mostraban su posición de convalecientes, adivinándose, sin dificultad, los vestigios de las enfermedades de que habían logrado evadirse.

Evelina se interrogaba, sobre el mejor procedimiento para establecer contacto con alguien, cuando vio a un hombre, no lejos, que la miraba, evidentemente asombrado. ¡Oh! ¿No era aquel caballero, el mismísimo Ernesto Fantini, el improvisado amigo de los baños termales? El corazón le latió agitado y extendió, en su dirección, los dos brazos, dándole la certeza de que lo esperaba, con el alma abierta.

Fantini, pues de él mismo se trataba, se levantó de la butaca en que reposaba y avanzó en su dirección, con pasos rápidos.

—¡Evelina!... ¡Doña Evelina!... ¿Estaré realmente viéndola a usted?

—¡Yo misma! —contestó la muchacha, llorando de alegría.

El recién llegado no resultó extraño a la emotividad de aquel minuto inolvidable. Lágrimas le rodaron por el rostro simpático y sensato, lágrimas que él trataba de secar, embarazado, procurando sonreír.

ENTENDIMIENTO FRATERNAL

¿Cuántos días lleva aquí?

–Positivamente, no lo sé –adelantó Ernesto, demostrando sed de conversación.

Y completó:

–He meditado bastante en nuestro entendimiento en Pocos de Caldas ⁴, alentando siempre la esperanza de volver a verla.

–Muy gentil de su parte.

Evelina confesó la perplejidad en que vivía. Despertara en aquella institución de salud que desconocía totalmente, obviamente llevada desde su casa por decisión de su familia, dado que el único hecho que recordaba con claridad era justamente el desvanecimiento al que llegara al final de una crisis de las peores que había atravesado.

Y resaltó, sonriendo, que tuviera la sensación de morir... ¿Cuánto tiempo desvanecida? Lo ignoraba.

Recuperárase solamente cuando volviera en sí del sueño profundo y sin pesadillas, allí mismo, en la habitación del tercer piso.

Desde entonces, estaba intrigada con el misterio que la administración hacía, en torno a ella misma, toda vez que no obtuviera permiso para telefonar a su marido.

Fantini escuchaba, atentamente, sin pronunciar una palabra.

Alrededor, algunas personas se mantenían sentadas o caminaban con naturalidad, leyendo o charlando, aquí y allá.

Rosas, miosotas, claveles, begonias y otras flores, bajo árboles que recordaban a almendros, *ficus benjamín* y magnolios, embalsamaban el aire, extremadamente diáfano, con delicioso aroma.

Expresando los comentarios que recibía, curioso, Fantini mostró un extraño brillo en la mirada y concordó con Evelina.

Declaró encontrarse sobre ascuas. Reveló que también sufriera extraña fuga de sí mismo, con la diferencia que eso le ocurriera, poco después de la operación, cuando volvía al lecho, según creía. Y pasara por aquel mismo fenómeno de retrospección, al que se refería la señora Serpa en sus palabras confidenciales, durante el cual se viera repentinamente devuelto al pretérito, desde los primeros momentos de espanto hasta los primeros días de su infancia...

⁴ Aclaración sobre Pocos de Caldas. Pocos de Caldas –ciudad balnearia del interior del Estado de Minas Gerais.

Después, durmiera pesadamente.

Incapaz de explicarse, en cuanto al tiempo exacto en que se hallara inconsciente, tomara conciencia de sí mismo en aquel hospital, diez días antes.

Sentía, igualmente, la misma estupefacción, frente a las normas de servicio allí reglamentadas, porque no consiguiera el mínimo contacto con la esposa o la hija, de las que se despidiera en el cuarto del hospital, horas antes de la operación a que se sometiera.

Se hallaba, por eso, inquieto.

Ella, Evelina, sufriera el enigmático desvanecimiento, en el círculo doméstico, al lado de los seres queridos. Él, sin embargo, dejara a su familia en medio de agónica expectativa, sin que le fuese autorizado ningún recurso de comunicación con los familiares. Reconocía que el establecimiento de salud en que se encontraba ahora no era el mismo donde se internara para el tratamiento. Llegaba a dudar de que estuviese realmente en Silo Paulo. El firmamento le parecía un tanto diferente por la noche y la piscina de que se sirviera contenía agua tenuísima, a pesar de que fuese comprensible tuviese aquella casa filtros y dispositivos especiales para la medicación del agua común.

Y Ernesto acabó su relato, indagando:

–¿Usted estuvo ya en las termas?

–Todavía no.

–Comprobará mi sorpresa cuando vaya hasta allá.

–¿Y admite que iré? –respondió Evelina con el tono pícaro de quien se veía un tanto más consolada.

–Perfectamente. He oído decir que la hidroterapia aquí es obligatoria.

Fantini sonrió significativamente y pronunció, cargando cada palabra de recóndita inquietud:

–¿Sabe la hipótesis más razonable? Desconfío de que nos hallemos, con la autorización de nuestros familiares, en una organización psiquiátrica. Nada sé de medicina; sin embargo, estoy suponiendo que los problemas en la suprarrenal nos trastornaron la cabeza. Habremos quizás enloquecido, entrando por la senda de la absoluta alienación mental y, con certeza, la segregación habrá sido la providencia aconsejable...

–¿Por qué piensa así? –volvió la señora Serpa, muy pálida.

–Doña Evelina...

–No me llame “doña”... Insisto en que somos amigos y ahora más hermanos...

–Sea –accedió Fantini.

Y continuó:

–Evelina, tú verás los aparatos curiosos con los que nos aplican rayos en la cabeza, antes del baño medicinal. Y créeme que todos los enfermos acusan mejoras graduales. Desde antes de ayer, cuando fui a los baños por primera vez, me siento más lúcido y ligero, siempre más ligero...

–¿Acaso no te ves en buena posición mental, desde que despertaste?

–No mucho. Preocupado por noticias de los míos, volví a sentir agudas crisis. Bas-

taba recordar a mi mujer o a mi hija, al mismo tiempo que a la operación, y me veía, casi de inmediato, bajo terrible asfixia, a punto de desfallecer de sufrimiento.

Evelina rememoró su propia experiencia, pero calló. Se sentía cada vez más inquieta.

—A través del cuidado con que las autoridades responden a mis preguntas —explicó Fantini—, entiendo que se esfuerzan en mantenernos en armonía y tranquilidad. Admito que habremos pasado por algún trauma psíquico y que nos encontramos en el presente en la reconquista del equilibrio, lo que vamos consiguiendo, poco a poco. Según creo, fuimos colocados bajo terapéutica puramente mental. Ayer mismo, renové mi reclamación de siempre, solicitando comunicación con mi gente ¿y sabes lo que la enfermera de guardia me contestó, totalmente señora de sí?

—¿?

—“Hermano Fantini, esté tranquilo. Sus familiares están informados de su ausencia.” ¿Pero no quieren hablar conmigo? ¿Ni me llaman por teléfono? —indagué. Y la asistente contestó: “Su señora y su hija saben que no pueden esperar tan pronto su presencia en casa.” Como yo insistiese, exigiendo providencias, la muchacha declaró: “por el momento eso es todo lo que le puedo decir”.

—¿Qué deduce de sus propias observaciones?

—Concluyo, salvo mejor juicio, que estuvimos claramente, sin saber lo, en la situación de alienados mentales —sugirió Fantini, casi nuevamente de buen humor— y seguramente emergimos, ahora, con lentitud de las tinieblas psíquicas al estado normal de conciencia. Los médicos y enfermeras que nos rodean están plenamente justificados, en cuanto al propósito de resguardarnos de cualquier tipo de preocupación con la vida exterior. El menor vínculo de aflicción en la tela mental de nuestras impresiones del momento, así pienso, nos traería quizás gran perjuicio a las emociones e ideas, como ocurre a la pequeña distorsión que desfigura la simetría de las ondas eléctricas.

—Es posible.

Expresiva pausa cayó entre los dos.

Después de profunda inmersión en el mundo de sí mismo, Ernesto rompió el silencio:

—¿Evelina, cuándo tu entraste en la crisis terrible de la que me hablas, te habías confesado antes? ¿Qué te dijo el sacerdote? ¿Recibiste de él algún consejo?

La interlocutora se asustó, ante la angustia con que semejantes preguntas eran formuladas y a su vez indagó:

—¡Oh! ¿Por qué, amigo mío? me confesé antes del desmayo, siempre que pude... pero, ¿por qué buscas saber? ¿Para bromear?

Fantini, sin embargo, no bromeaba. Sus ojos dejaban ver un indisfrazable malestar.

—No te aflijas. Pregunto por preguntar —respondió él, tamborileando los dedos de la mano izquierda sobre un trípode que se erguía al frente—; en una situación peligrosa, como la que atravesamos, toda la asistencia es poca... Me acordé de que tu tienes una religión y que yo soy todavía un hombre sin fe...

Ernesto, aún no rematará del todo su última frase, cuando una joven, de un grupo de tres que caminaban a corta distancia, se arrojó al suelo, como si fuera súbitamente acometida de un violento ataque de histerismo, gritando en medio de clara agonía mental:

–¡No!... ¡No puedo más!... ¡quiero mi casa, quiero los míos!... ¡Mi madre! ¿Dónde está mi madre? ¡Abran las puertas!... ¡Bandoleros! ¿Quién es lo bastante valiente aquí para derribar conmigo estos muros? ¡La policía!... ¡Llamen a la policía!...

Se trataba, indudablemente de un caso de locura, pero había tanto sufrimiento en aquella voz que los presentes más cercanos se levantaron, asustados.

Una señora, irradiando paciencia y bondad, portando en su blusa las insignias de enfermera de la casa, apareció de súbito, se abrió camino entre el grupo de curiosos que empezaba a agruparse y se inclinó, abrazando, maternalmente, a la muchacha rebelde. Sin el más mínimo impulso a la censura, la levantó, manifestando con indecible ternura:

–¿Hija, quién te dijo que no volverás a tu casa? ¿Que no verás nuevamente a tu madre? Nuestras puertas están abiertas... ¡Ven conmigo!...

–¡Ah! hermana –suspiró la joven repentinamente tranquilizada por aquellas manos fuertes y buenas que la enlazaban–, ¡Perdóneme!... ¡Perdóneme! ¡No tengo motivos de quejas, pero siento nostalgia de mi madre, siento falta de mi casa! ¿Hace cuánto tiempo estoy aquí, sin ninguno de los míos? Sé que estoy enferma, recibiendo el beneficio de la cura, ¿pero por qué no tengo noticias?...

La asistente escuchaba tranquila y apenas prometió: –Tú las tendrás...

Pasándole, a continuación, el brazo cariñoso por encima de los hombros, terminó:

–Por ahora, ¡vamos a descansar!...

La muchacha, como si descubriera en la bienhechora algún recuerdo del calor materno del que sentía carencia, apoyó su rubia cabeza sobre el pecho que le era ofrecido y se retiró, sollozando...

Evelina y Ernesto, que hablan acudido para la posible ayuda, contemplaron el cuadro, entre preocupados y molestos.

Ambos, tenían sed de esclarecimiento.

¿Qué conclusión sacar de la súplica llorosa de la enferma atribuida a la ausencia del nido doméstico? ¿Qué hospital era aquel? ¿Un centro de urgencia para alienados mentales? ¿Un hospital destinado a la recuperación de desmemoriados?

En un impulso de curiosidad que no pudo más evitar, se acercó Evelina a una simpática señora que asistiera a la escena, denotando aguda atención, y cuyos cabellos grisáceos le recordaban a su madre, y preguntó discretamente:

–Discúlpeme, señora. No nos conocemos, pero la aflicción en común nos vuelve familiares a unos y otros. ¿Usted puede darnos alguna información, sobre la pobre niña perturbada?

–¿Yo? ¿yo? –respondió la interpelada.

Y advirtió:

–Hija mía, yo aquí, prácticamente, no conozco la vida de nadie.

–Pero escuche, por favor. ¿Sabe dónde estamos? ¿En qué institución?

La matrona se acercó más a Evelina que, a su vez, retrocedió junto a Fantini, y susurró:

–¿Usted no lo sabe?

Ante el asombro inocultable de la señora Serpa, dirigió la mirada penetrante a Ernesto y añadió:

–¿Y usted?

–Nada sabemos –respondió Fantini, cortés.

–Pues, alguien me ha dicho que estamos todos muertos, que ya no somos habitantes de la Tierra...

Fantini sacó el pañuelo de su bolsillo para secar el sudor que empezó a escurrirle abundantemente por la frente, mientras Evelina se tambaleó, a punto de desfallecer.

La desconocida extendió los brazos a la compañera y recomendó, preocupada:

–Hija mía, conténgase. Tenemos aquí una dura disciplina. Si mostrara cualquier señal de flaqueza o rebeldía, no sé cuando volvería a este patio...

–Descansemos –intervino Ernesto.

Y dando el brazo a Evelina, al tiempo que la dama servicial ayudaba a sostenerla, pusieron rumbo los tres a un largo banco cercano, bajo un gran *ficus benjamín*, donde pasaron a descansar.

INFORMES DE ALZIRA

–Conversemos –invitó la nueva amiga.

Recelosa de los servicios de vigilancia, manifestaba sus intenciones de disimular. Se disponía a toda costa demostrar naturalidad, temiendo que alguien pudiese haber notado el choque de la compañera.

Fantini comprendió y se esmeró en ayudarla.

Pretendiendo ignorar la lividez con que la señora Serpa les escuchaba, hizo las presentaciones con aparente serenidad.

–Soy Alzira Campos –se identificó la matrona, recién llegada al grupo– y vivo en São Paulo.

Dio la dirección, se refirió a la familia, describió el barrio en que residía y adelantó:

–Desde que caí en casa, me trajeron adormecida a este hospital y, según mis cuentas, hace casi dos meses que espero el alta.

Se estableció el diálogo entre ella y Ernesto, mientras Evelina se tranquilizaba, lentamente.

–¿Usted se siente restablecida?

–Completamente.

–¿Entabló ya relación con alguna autoridad que le pueda orientar con indicaciones precisas, en cuanto al futuro?

–Sí. La hermana Leticia, que me atendió, al principio, en los baños medicinales, me avisó antes de ayer que no está lejano el día en que me será posible decidir, en cuanto a permanecer aquí o no...

–¿Qué habrá deseado decir con ese “*permanecer aquí o no*”.

–Realmente, sabiéndose mi ansiedad por volver a casa, mucho me disgusté al recibir ese razonamiento.

–¿No indagó nada más?

–Sí. Rogué instrucciones más claras, pedí detalles. Ella, entretanto, sólo me dijo, gentilmente: “tu lo comprenderás mejor, más tarde”.

–Doña Alzira –susurró Ernesto, con firmeza– ¿usted no cree que estamos en una organización de salud mental, en un asilo de locos?

La matrona paseó la mirada a su alrededor, como si fuese una enferma asustada por la vigilancia de guardias severos, y opinó:

–Si vamos a examinar un asunto grave, no nos conviene aislar a nuestra compañera. Nuestra amiga Evelina puede acelerar su recuperación. Pidamos para ella un tónico adecuado.

Uniendo acción y palabra, pulsó un diminuto botón incrustado en la mesa y apareció un muchacho del servicio, diligenciando saber en que les podría ser útil.

Alzira encargó refrescos para los tres.

–¿De qué sabor?

–Manzana.

En unos instantes, el muchacho les traía tres tazas con rosado líquido aromatizado en zafirina bandeja.

–Este, a mi parecer, es el mejor refresco que encontré aquí, hasta ahora, porque tiene pretensiones de sedante –avisó la dama cuando se vieron, nuevamente, a solas.

Evelina tomó un poco, ávidamente, con la impresión de haber bebido un néctar, más vaporoso que líquido.

El inesperado reconstituyente le revigorizaba las fuerzas, al mismo tiempo que le reacomodaba los pensamientos.

–Estoy mejor –dijo de pronto– ¡gracias a Dios!...

Alzira sonrió y confirmó su disposición de conversar, dando a los amigos todas las aclaraciones que le fuese posible.

Fantini preguntó:

–Volviendo al asunto, ¿no considera usted que nos encontramos bajo asistencia especializada, desde el punto de vista de la mente?

–Al principio –aclaró Alzira–, también pensé así, noté que nos sentimos aquí de pensamiento más ligero y cabeza siempre más clara por dentro. Las ideas fluyen con tanta facilidad y espontaneidad que parecen tomar cuerpo, junto a nosotros. Estoy de acuerdo en que nos encontramos en un tipo de vida espiritual diferente, muy diferente de aquella en que vivíamos, hasta nuestra venida aquí. A pesar de eso, sin embargo, no creo que estemos en un manicomio. Seguramente ya saben que estamos rodeados de vida ciudadana muy intensa. Viviendas, escuelas, instituciones, templos, industrias, vehículos, entretenimientos públicos.

–¿Qué?...–dijeron Evelina y Ernesto al unísono.

–Es como les digo. Esto es una ciudad relativamente grande. No menos de cien mil habitantes, por lo que dicen, con una administración de las mejores.

–¿Usted ya tuvo alguna experiencia allá afuera? ¿Se alejó alguna vez de estos muros? –interrogó Ernesto, deshecho de curiosidad.

–Sí, la semana pasada, obtuve permiso para visitar a una familia que no conocía, acompañando a dos amigas. Hasta ahora, esa fue la única vez que salí del hospital. Y puedo afirmar que el paseo fue realmente delicioso, a pesar del pasmo que sentí al final del paseo...

–¿Qué vio y a quién vio? –se interesó Ernesto.

–No se aflijan. Conocerán todo en su momento. La ciudad es linda. Una especie de valle de edificios, como tallados en jade, cristal y lapizlázuli. Arquitectura original, plazas encantadoras cubiertas de jardines. Crean ustedes que caminé fascinada, de calle en calle. El hermano Nicomedes, pues así se llama el dueño de la casa, nos recibió con mucha gentileza. Me presentó a la hija Corina, una bella joven, con la que enseguida simpatiqué. Íntima de una de las amigas que yo seguía y con la que entraría en conversación sobre asuntos de trabajo, resaltó la alegría festiva del hogar, hablán-

donos de esperados júbilos domésticos. Nos mostró las lámparas nuevas, los cuadros, los jarrones soberbios... Todo seguía en un crescendo de dulces sorpresas para mí, cuando surgió la bomba... Nos encontrábamos en la terraza, admirando una maceta de jazmines, cuando escuchamos el “Sueño de Amor” de Liszt, tocado al piano. Corina nos informó de que el padre tocaba el instrumento con gran maestría. Me enternecí de tal modo que manifesté el deseo de oírlo, de más cerca. Nuestra anfitriona nos condujo, de inmediato, a la sala de música. Y fue un deslumbramiento. El hermano Nicomedes, absorto, parecía estar en un mundo de alegrías profundas, que le irradiaban de la vida interior, en forma de melodías, de las notables melodías que se sucedían unas a otras. En cierto momento, señalé: “parece estar en un largo éxtasis, toca como quien ora”, a lo que hija respondió: “estamos efectivamente muy felices; mi madre, por lo que sabemos deberá llegar en esta semana”. “¿Está de viaje?” pregunté. Con la mayor naturalidad, la muchacha aclaró: “mi madre vendrá de la Tierra”. Cuando oí eso, experimenté horrible choque, como si acabase de recibir una puñalada en el pecho. Me faltó el aire, entré, desprevenida, en una terrible crisis de angustia... La simple idea de que nos encontrábamos en un lugar fuera del mundo que siempre conocí, me hacía volver a los dolores anginosos que, desde hacía mucho tiempo, no sentía. Corina me entendió sin palabras y trajo un calmante. Mi estado de perturbación, por lo que noté, se comunicó a todo el ambiente, porque el dueño de la casa se interrumpió, de improviso, cuando ejecutaba un bello nocturno... Me veía a punto de desmayar. El pequeño grupo congregó atenciones junto a mí y fui llevada al aire libre. Me sentaron en un banco de piedra, parecida al mármol. Toqué con fuerza el respaldo del curioso banco y, al verificar la dureza del material bajo mis manos, empecé a tranquilizarme... A continuación, miré al cielo y vi la luna llena, brillando con tanta belleza que me serené del todo. Percibí la falta de razón de mi susto. Y reflexioné, para mi misma: “¿por qué no existirá una ciudad, una villa, un poblado cualquiera de nombre Tierra?” El cuadro que me rodeaba era posiblemente un rincón del mundo... Indiscutiblemente, la esposa de Nicomedes estaría siendo esperada de alguna aldea anónima... Meditaba en mis conclusiones, cuando el jefe del hogar indagó, compadecido: “¿Hace cuanto tiempo que nuestra hermana Alzira está con nosotros?” Poco más de dos meses”, explicó una de mis guardianes. Nada más se comentó sobre mí. La visita se dio por terminada. De regreso al hospital, las hermanas a quienes siguiera, por cierto dos excelentes enfermeras, no hicieron la más mínima referencia a mi sobresalto...

–¿No ha cambiado impresiones con nadie más? –preguntó Fantini, interesado.

–Sólo durante los baños, oigo a alguna que otra compañera. En cada una, encuentro la duda, rondando... La mayoría supone que nos vemos enfrentados a otra vida...

¿Ninguna de ellas tiene la certeza absoluta? Intervino la señora Serpa.

Únicamente la señora Tamburini se muestra plenamente convencida de que ya no nos encontramos en el domicilio terrestre. Me contó que viene frecuentando un gabinete de estudios magnéticos, aquí mismo, en nuestra organización hospitalaria, y se sometió a pruebas que le dieron la confirmación de que no está en posesión del cuerpo físico. La escuché con atención y ella acabó invitándome a algunas experiencias, pero agradecí su gentileza, sin aceptarla. *Esas historias de clarividencias y reencarnaciones* no son afines a mi fe católica.

–¡Ah! ¿Usted es católica? –interrumpió Evelina.

–¡Oh! sí...

–Y ya que respiramos en un clima de gran ciudad, ¿no tenemos aquí sacerdotes?

–Sí, tenemos.

–¿Ya habló con alguno de ellos?

–Estoy invitada a visitar una iglesia y lo haré, tan pronto como obtenga permiso. Debo, sin embargo, decirles que, según informaciones de buena fuente, los padres son muy diferentes en estos lugares...

–¿En que sentido?

–Dicen que son sacerdotes, médicos, profesores, científicos y obreros y que no se limitan a los servicios de la fe. Prestan socorro espiritual, eficiente y positivo, en nombre de Jesús.

Fantini observó que el patio se vaciaba.

Todos los enfermos se retiraban.

Alzira, la nueva amiga, concertó un nuevo encuentro para después, mientras efectuaba la despedida. Después, Ernesto y Evelina regresaron a sus aposentos, en la expectativa de volver a verse al día siguiente.

ENCUENTRO DE CULTURA

Ernesto Fantini y la señora Serpa disfrutaban horas y horas de confortante intimidad en el patio, manteniendo interesantes conversaciones.

Más de quince días habían transcurrido desde su reencuentro. Evelina, así como el amigo, ya se familiarizaron con los baños terapéuticos y ambos habían entrado ya en contacto con la señora Tamburini, que Alzira señalara como la persona más culta entre sus relaciones. Esa servicial criatura les prometiera conducirles, tan pronto fuera posible, al Instituto de Ciencias del Espíritu, que funcionaba allí mismo, en uno de los rincones del gran jardín.

Sin duda alguna, para los dos, las consideraciones de la señora Tamburini eran, hasta entonces, las más esclarecedoras que habían escuchado. En el *tête-à-tête* casi diario, les solicitaba mayor reflexión en torno a la materia, escalonada en diversos grados de condensación, y más amplio examen de las percepciones de la mente, a alterarse, según los principios de la relatividad; en otros momentos de las repetidas conversaciones, les rogaba estudiaran en ellos mismos la extrema ligereza de que se veían poseídos, la agilidad del cuerpo sutil que poseían ahora y la manera singular en que expresaba el pensamiento, como si las ideas les brotasen del cerebro, en forma de imágenes, por encima de sus posibilidades normales de contener las que se detuviesen también a investigar en aquel nuevo clima de vida los sucesos telepáticos, transformados, allí, en fenómeno cotidiano, a pesar de que no prescindieran de la palabra articulada. Bastaba un mayor grado de afinidad, entre las personas, para que se entendiesen armoniosamente, sobre los asuntos más complejos, con un mínimo de palabras.

Acogían satisfechos las juiciosas apreciaciones de la señora Tamburini, que aceptaba plenamente la idea de ser, criaturas desencarnadas en algún departamento del Mundo Espiritual; sin embargo, y no obstante, el respeto, que les merecían, no conseguían admitirlas por verdad incontestable.

Evelina, sentada en el suelo de césped, al pie de Fantini que se acomodaba en un pequeño taburete, inició el diálogo, evaluando, pensativa:

–De hecho, cada día me siento más ligera, siempre más ligera. Y, con eso, voy perdiendo el control de mi misma. Noto que mis sentimientos suben del corazón al cerebro, como las aguas de un manantial profundo al chorro de la fuente... En la cabeza, observo que las emociones se transforman en pensamientos que me escurren inmediatamente a los labios en forma de palabras, saliendo de mí, como las corrientes líquidas que se extienden, más allá de su nacimiento, tierra adelante...

–Bien recordado. Definiste con precisión mi propio estado del espíritu.

–Pero, escucha Ernesto –dijo la muchacha, tocando la base de un robusto árbol–, ¿qué ves aquí?

–Un tronco.

–¿Y allí, en la jardinera más cercana?

–Claveles.

–¿Sería este el Mundo Espiritual si la materia y la naturaleza están presentes en todo, tal como las conocemos?

–Conuerdo en que para nosotros, que no tenemos estudios claros, referente a nuestras actuales condiciones, todo aquí es absurdo, alucinante, pero...

–¿Pero?!...

–Sí, nada podemos afianzar, con precipitación.

–¿Tú estás influenciado por las ideas de la Tamburini?

–No tanto. Hago mis propias observaciones.

–Escucha, Ernesto. Si estamos muertos para los seres que amamos, ¿por qué aún no vinieron a buscarnos los seres queridos de nuestras familias, aquellos que nos precedieron en la vida nueva? Nuestros abuelos, por ejemplo, y los amigos íntimos que todos hemos visto morir...

–¿Y quién te dijo que no hayan venido ya?

–¿Cómo justificar esa alegación?

–Recuerda, Evelina, las lecciones elementales de casa. Un televisor capta imágenes que no vemos y nos las transmite con absoluta lealtad. Un transistor recibe mensajes que no escuchamos y nos los entrega con la mayor claridad. Es muy probable que estemos siendo vistos y oídos, sin que hayamos, hasta ahora, desarrollado la facultad necesaria para escuchar y ver en este plano.

–¿Ernesto, y las oraciones? Si somos Espíritus liberados del llamado cuerpo carnal, alguien en el mundo se habrá acordado de nosotros en oración... Tu esposa, tu hija, mis padres, mi esposo...

–No conocemos el mecanismo de las relaciones espirituales, ni tenemos ningún estudio de ciencias del alma. Quién afirmará que no estaremos siendo sostenidos por la fuerza de las oraciones de aquellos que amamos o de aquellos otros... que todavía nos amen...

–¿Qué quieres decir?

–¿Qué cuentas nos han sido presentadas en este hospital? ¿A qué y a quién debemos los cuidados y gentilezas que nos son dispensados, diariamente? no compramos las ropas nuevas y ni siquiera los utensilios que usamos... Tú, así como yo, ya hicimos a alguna enfermera la conocida pregunta. “¿quién paga?”

–Ya la hice...

–¿Cuál fue la respuesta?

–“Aquellos que os aman.”

–¿Quiénes son esos, a tu punto de vista?

–En mi caso, mi esposo y mis padres...

–Tengo mis dudas. Al principio, supuse estuviésemos en recuperación en una institución de salud mental; sin embargo, cada día que pasa nos sorprende en un nivel más alto de consciencia, en lo que se refiere a nuestro raciocinio. Si nos encontrásemos en un hospicio, después de un colapso nervioso, nuestra recuperación no sería así, tan rápida...

Se rompió, sin embargo, el hilo de la interesante conversación.

La señora Tamburini se les acercó, con prisas, con el fin de avisar que el encuentro de cultura espiritual estaba fijado para la noche que se aproximaba y urgía se preparasen.

Provistos del necesario permiso, vemos que se dirigen a la organización, a las siete de la tarde, junto a la amiga, que les recomienda a la estima del mentor de servicio, el Hermano Claudio.

Recibidos con simpatía en el recinto, en el que se hallaban veintitrés personas, notaron la presencia de enorme globo que, seguramente, se prestaría como punto de partida para valioso aprendizaje.

El orientador inició la reunión, notificando que el grupo estaría en aula dialogada y que no era, allí, más que un compañero de los demás, con errores, hipótesis, aproximaciones y aciertos, en todo aquello que viniera a decir.

–¿Cuál es el tema, profesor? –preguntó una distinguida señora.

–“De la existencia en la Tierra”.

A continuación del esclarecimiento, el director del grupo hizo preciosos comentarios, sobre las funciones del orbe terrestre en la economía cósmica, y prosiguió:

–Reflexionen, amigos míos. ¿Quién de nosotros, en la actualidad de nuestros conocimientos incompletos, conseguirá sentar sabiduría, en el terreno de la inteligencia, tan sólo por el testimonio de las impresiones personales? No ignoramos que la Tierra es un gigantesco aparato en el espacio, transportando consigo a casi tres mil millones de personas físicas, conduciéndolas por las rutas del Universo, sin que sepamos, aún, con seguridad, en que base de fuerza se sustenta, conociendo únicamente que semejante coloso realiza, alrededor del Sol, una órbita elíptica con la velocidad media de 108.000 kilómetros por hora; mientras ciertas regiones del planeta se encuentran de lleno bajo el zenit, en otras, las criaturas se encuentran cabeza abajo, en el punto opuesto, sin que nadie piense en ello; hasta ayer, cualquier persona aseguraba que la materia densa de un paisaje se constituía de elementos sólidos en reposo; hoy, sin embargo, cualquier joven sabe que esas impresiones son imaginarias, toda vez que la materia, en todas partes, se disuelve en una mezcla de electrones, protones, neutrones y deuterón, encerrándose en energía y luz; cualquier hombre reside en el cuerpo del que se hace inquilino, respira y atiende a los impositivos de la nutrición, sin mayor esfuerzo de su parte. ¿De qué manera dogmatizar afirmaciones sobre causas, procesos, acrisolamiento y finalidad de nuestra existencia terrestre con los tímidos recursos del sentido común?

Estableciéndose larga pausa, aventuró un caballero:

–Profesor, con esas deducciones, usted quiere decir...

–Que la vida en la Tierra debe ser interpretada como un trabajo especial para el espíritu. Cada cual nace para determinada tarea, con la posibilidad de evolucionar para otras, siempre más importantes, y que, por eso mismo, no será posible arrebatar a las criaturas los principios religiosos de que disponen, sin perjuicios calamitosos para ellas mismas. La ciencia avanzará, desvelando secretos del Universo, resolviendo problemas y suscitando desafíos nuevos a su capacidad de investigación; sin embargo, la fe sostendrá al hombre en las realizaciones y pruebas que está llamado a atravesar. El Espíritu renace en el mundo físico, tantas veces como sean necesarias para utilizarse, perfeccionarse iluminarse; y, a medida que se primorea, va notando que la

existencia carnal es un oficio o misión a desempeñar, del que dará él la justa cuenta al término de la empresa.

El orador revelaba tamaño altura cultural, por medio de la exposición en curso, que raras partes se hicieron oír.

Sin desviar, por eso, la espina dorsal de la lección que pretendía, indudablemente, preparar a los oyentes para la aceptación pacífica del nuevo estado espiritual a que se habían transferido, comentó:

—¿Si las leyes del Señor se manifiestan claras y magnánimas, en todos los departamentos de la experiencia física, estaríamos, acaso, despreciados por Dios, cuando ultrapasamos las fronteras de la muerte? Nos referimos, aterrados, al aniquilamiento de las vidas humanas, cuando las guerras asolan la faz del Planeta; sin embargo, ¿qué concluir en relación a esas mismas vidas humanas, a extinguirse, metódicamente, en épocas de paz? ¿Se conservaría el Señor indiferente a nuestros destinos, en algún lugar del Universo? Él, que inspira la graduación del alimento para el niño y para el adulto, relegaría al abandono a la criatura desencarnada, cuando la criatura vestida de agentes físicos vive y actúa en una esfera de acción, en la que los factores de previsión y protección ofrecen, todos los días, los más bellos espectáculos de grandeza?

Nadie, allí, penetraba, a fondo, en el carácter sibilino de aquellos alegatos. Los presentes, por lo menos en mayoría, no se apercebían que estaban siendo adiestrados, delicadamente, a fin de que admitiesen la realidad espiritual, sin tumultos.

Surgiendo una más amplia cuota de silencio, en virtud de hallarse el profesor interesado en averiguar posiciones geográficas, en el globo a la vista, Evelina cobró ánimos y preguntó:

—¿Hermano Claudio; todas las personas registraran sensaciones iguales entre sí, después de la muerte?

—No. Cada uno de nosotros es un mundo de por sí y, en razón de eso, cada individualidad, después de soltar el vehículo físico, encontrará emociones, lugares, personas, afinidades y oportunidades, según haya desempeñado la misión, o mejor, los deberes que le competían durante la existencia, en la Tierra. Nadie puede conocer lo que no estudia, ni retener cualidades que no adquirió.

Claudio expresó, aún, apuntes ricos en belleza y en lógica y, al término de la brillante tertulia, Ernesto y Evelina estaban reconfortados y felices, como viajeros, sedientos de valores del alma, después de saciarse en una fuente de luz.

HERMANO CLAUDIO

Terminada la clase y, recomendados por la señora Tamburini, que no pudiera acompañarles a la reunión, Fantini y la señora Serpa se entretuvieron en compañía del Hermano Claudio, que les recibió cariñosamente en la intimidad.

No residía allí, explicó.

El Instituto mantenía servicios en todo el edificio, ocupando todas las dependencias. Aun así, que los amigos se sintiesen convidados para algunos momentos de charla, en su casa, donde, junto con su esposa, tendría el gusto de recibirles. Ya que la señora Tamburini le indicara, como siendo, un explicador capaz de prestarles informes, sobre problemas que consideraban importantes, se ponía a su disposición para atenderles en lo que le fuese posible, a pesar de sentirse inhabilitado para satisfacerles tal como desearía.

Todo eso era dicho, cortésmente, en recinto bañado por la luna, en el jardín de la institución, en el que pequeños grupos de estudiantes se repartían, aquí y allá.

Al lado de una mesa fija, charlaba el trío, animadamente. Tan grande y tan manifiesta era la familiaridad en curso, que nada haría suponer que estuviese integrando un cuadro que no fuese esencialmente terrestre. En razón de eso, y no obstante, la fisonomía cismática de Ernesto, expresando incertidumbre y ansiedad, se veía a Evelina dueña de sí misma, totalmente convencida de que se encontraba en un rincón auténtico del mundo que siempre le fuera conocido.

—Comprendo que se propongan conocer algo de la nueva residencia —expuso el Hermano Claudio, imperturbable—, dado que la hermana Celusa Tamburini me notificó que están ambos despiertos en el hospital, desde hace algunos días.

—Sí, es cierto eso —confirmó Ernesto—, y estamos muy agradecidos por la atención que nos dispensa.

—Profesor —intervino la señora Serpa, confiante—, son tantos los comentarios absurdos que oímos, en nuestros pocos días de contacto con el nuevo medio, que, por mi parte, estimaría ser informada de si disponemos de libertad para preguntarle todo, todo lo que nos causa curiosidad...

—¡Oh! ciertamente. Pregunten todo, aunque no me sienta capaz de contestar todo.

Invitado, a expresarse, por la mirada penetrante del amigo, tomó Ernesto la palabra:

—Evelina, tanto como yo, tiene el espíritu dominado por una cuestión capital. Eso le parecerá, quizás, una niñería de enfermos mentales que, a veces, tenemos ambos la impresión de ser, pero hemos escuchado, en circunstancias diversas, la afirmación de que somos muertos en recuperación en un ambiente que ya no pertenece a los hombres de carne y hueso... Al principio, reíamos francamente, catalogándolo como una gran idiotez; sin embargo, las opiniones aumentan. La misma señora Tamburini está segura

que ya cruzamos las fronteras de la muerte, como quien traspasa una noche de sueño...
¿Qué nos dice a eso, profesor?

El Hermano Claudio esbozó significativa expresión facial, en la que la admiración se mezclaba a la piedad y apuntó, sin ceremonias:

–¿Estarán ustedes en condiciones para creer en mi palabra, si les ratificara la noticia de que respiramos en plena Esfera Espiritual?

–Pero, profesor... –exclamó Evelina, lívida.

–Entiendo –dijo él, sonriendo–, usted, mucho más que nuestro hermano Ernesto, opone firme recusa mental a la verdad, a la vista de sus creencias religiosas, loables, pero provisionales, creencias que están solidamente estructuradas en su espíritu... A pesar de ello, sin embargo, tengo la obligación de asegurarles que ya no pisamos la Tierra que nos era común y sí un departamento de la Vida Espiritual.

Y ella:

–Dios mío, ¿cómo puede ser eso?

–Hermana Evelina, trabaje con su propia mente. ¿Si no abordásemos la Costra Planetaria por el regazo materno, con el período de la infancia, a continuación, sometiéndonos a largos servicios de readaptación, no sería lo mismo?

–Pero, la Tierra... la conozco.

–Puro engaño. Clasificamos el paisaje terrestre y las pertenencias que le son afines, sometidos a los conceptos de cuantos estuvieron en ella antes que nosotros, ocurriendo análogas circunstancias en el ambiente en que nos hallamos ahora, y donde contamos con geólogos y geógrafos de mérito... Pero, en realidad, tanto allá como acá, conocemos, en esencia, muy poco sobre el medio en el que vivimos. En suma, analizamos y analizamos cosas y principios que ya encontramos hechos...

–Sin embargo, en el mundo, tal como entendemos el mundo, guardamos la certeza de permanecer sobre bases de materia sólida...

–Hermana Evelina, ¿quién le dijo que no vivimos allá, en la arena terrestre, detenidos igualmente en un cierto grado de impresión de nuestro Espíritu eterno? Cualquier aprendiz de ciencia elemental, en el Planeta, no desconoce que la llamada materia densa no es más que la energía radiante condensada. En último análisis, llegaremos a saber que la materia es *luz coagulada*, substancia divina, que nos sugiere la omnipresencia de Dios.

–¿Usted quiere afirmar exactamente que no estamos ahora situados en el plano físico? –volvió Fantini a manifestarse.

–Llamemos a este mundo en que estamos, en este momento, “otra vida”, “otro lado”, “región extra-física” o “esfera del Espíritu”, estamos en un centro de actividad tan material como aquel en el que se mueven los hombres, nuestros hermanos aún encarnados, condicionados al tipo de impresiones que todavía les gobiernan, casi que del todo, los recursos sensoriales. El mundo terrestre es aquello que el pensamiento del hombre hace de él. Aquí, es lo mismo. La materia se resume en energía. Aquí y allí, lo que se ve es la proyección temporal de nuestras creaciones mentales...

–¿Entonces, morir?!... ¿cuál es la novedad sobre eso? ¿Cuál es el mayor interés en reconocernos revividos?

–Las incógnitas de la vida exterior, con los desafíos de ellas resultantes, son las mismas; sin embargo, si la criatura desea efectivamente realizar una toma de concien-

cia encuentra en este nuevo mundo muchas sorpresas, fascinantes, en el estudio y redescubrimiento de sí misma. Somos, cada uno de nosotros, un astro de inteligencia a investigar... y a perfeccionar por nosotros mismos.

Ernesto sostuvo el interrogatorio:

–¿Todos los muertos estarán en todos los lugares de la Tierra, en condiciones idénticas a las nuestras?

–Imposible. Repasemos, superficialmente, a la Humanidad encarnada en sí y veremos algo sobre el tema. Tenemos en la Tierra, de la que venimos, a millones de personas sensatas y espiritualmente desequilibradas, sanas y enfermas, instruidas e ignorantes, relativamente sublimadas y otras tantas aún excesivamente animalizadas, confiantes y descreyentes, maduras en la evolución o principiantes en ella. Impracticable el catalogarlas, después de la muerte, según un criterio exclusivo. Cada uno estará en su grupo, en su comunidad o franja de afinidades. Nada fácil el empadronar las situaciones de los Espíritus desencarnados. Basta recordar que 150.000 personas, aproximadamente, por día, salen de la circulación del ambiente físico, en una media flotante de 100 por minuto, dejando afectos, realizaciones, compromisos, problemas... Ahora bien, todos son hijos de Dios y reciben de Dios atenciones y providencias, análogas desde el punto de vista del amor con que somos envueltos en la Creación, a pesar de diversas en los modos múltiples en que se manifiestan. Es razonable reconocer que por mucho que se adornen, externamente, con los honores que les son prestados por los seres queridos, cuando se despiden del mundo, los hombres, cualquiera que sean, llegan aquí como son... Porque haya desencarnado, el loco no adquiere el juicio, de un día al otro, y, ni, el ignorante obtiene la sabiduría por ósmosis. Después de la muerte, somos lo que hicimos de nosotros, en la realidad interna, y nos colocamos en lugar compatible con las posibilidades de recuperación o con las oportunidades de servicio que vengamos a demostrar.

–Estamos ante un trabajo inmenso... –señaló Fantini, espantado.

–Sí, en el mundo de los hombres, una criatura no se modifica, de pronto, por haber cruzado el océano, de un continente a otro... Sucede lo mismo, en los dominios del espíritu.

–Hace tiempo –señaló Ernesto– leí mensajes de entidades desencarnadas, merecedoras de crédito, relatando los sufrimientos y conflictos que experimentaron en regiones inferiores, individualidades, por cierto, que me parecieron dueñas de gran patrimonio de recursos intelectuales.

–Nada de admirar. Por imposiciones de nuestras necesidades, nosotros mismos estamos residiendo en una de esas zonas, en la vecindad de las criaturas encarnadas.

–Me refiero a las regiones tenebrosas o infelices, en relación a las que escuché, tantas disertaciones y en las que se debaten tantos hermanos nuestros...

–Fantini, necesitamos cerciorarnos –aclaró el mentor– de que esos lugares no son infelices, dado que infortunados son los hermanos que los pueblan... Los jardines y frutales que enriquecen un manicomio dejarán de ser jardines y frutales porque existen enfermos para disfrutar de sus emanaciones nutritivas?

–¿?...

–Pues sí, querido mío, las zonas del espacio, a veces enormes, ocupadas por regiones de criaturas sufrientes o desequilibradas, están delimitadas y vigiladas, por grandes que sean, funcionando como las fincas terrestres, utilizadas por grandes instituciones

para la recuperación de los enfermos de la mente. Tú no ignoras que existen enfermos del alma, consumiendo gran parte de la existencia en los acogedores hospicios de la Tierra. Eso sucede aquí también. Al lado de nuestra población, tenemos un gran territorio, empleado en el asilo a hermanos desajustados, a millares, mantenidos y vigilados por muchas organizaciones de beneficencia, que trabajan en el auxilio fraternal.

Evelina, que no creía en lo que oía, razonó, insatisfecha:

–¿Pero... si nos hallamos en un plano espiritual, que decir de las construcciones sólidas, vinculadas a la arquitectura terrestre, con que nos enfrentamos?

–Ningún asombro, si consideramos que los edificios en el mundo de los hombres nacen del pensamiento que los esculpe y de la materia que obedece a los proyectos elaborados. Aquí se verifica el mismo proceso, difiriendo solamente las condiciones de la materia que se hace más intensivamente maleable a la influencia de la idea dominante. Reflexionemos en el progreso de la industria de los plásticos, en la actualidad del plano físico de donde venimos y percibiremos, con más seguridad, las posibilidades inmensas para las edificaciones delicadas y complejas en nuestro domicilio actual. Naturalmente, también aquí estamos subordinados todavía a las técnicas, a las vocaciones, a las competencias personales y a las creaciones estilistas, en el círculo de las conquistas espirituales de cada uno. El arquitecto que planea una casa y el obrero que cumple sus órdenes, no servirán, de inmediato, en lugar del director de una fábrica de tejidos y del obrero que atiende sus indicaciones. Aun aquí, el escritor no hace la labor del músico, en acto improvisado. Somos criaturas en evolución, sin haber alcanzado aun la posición de los genios polimórficos, a pesar de que esos genios existen aquí igualmente.

La señora Serpa no conseguía ocultar su incredulidad.

–Todo parece inverosímil–aseguró.

–Nada se nos figura más inverosímil que la verdad –objetó el Hermano Claudio– sin embargo, porque prefiramos, por mucho tiempo, la ilusión en su lugar, la realidad no deja de ser lo que es.

El profesor discurrió, aún, por dilatados minutos, en relación a la vida y a las condiciones de la estancia en que se hallaban, pero, al fin, Evelina se sintió atontada, fatigada, provisionalmente incapacitada para más amplias meditaciones, y, muchacha de fe profunda, se valió de una pausa en la conversación, buscando saber:

–Hermano Claudio, no puedo dudar de sus afirmaciones, aun que me cueste creer que estamos en la situación de personas desencarnadas, según sus manifestaciones. Esté seguro de que no deseo perder, de ningún modo, su orientación; sin embargo, me gustaría entrar en contacto con un sacerdote, un cura católico, por ejemplo... Sería feliz si pudiese entregarme a la práctica de la confesión, cambiar ideas libremente con un director de la fe que formó mi carácter, sin ningún condicionante de la vida social...

El amigo bondadoso sonrió comprensivo y esclareció:

–La iglesia aquí está positivamente renovada, debido a que podemos encontrar representantes de todas las religiones terrestres, aferrados a dogmas, concepciones estrechas, prejuicios y tiranías diversas del fanatismo, en las zonas vecinas en que se congregan millares y millares de inteligencias rebeldes y perturbadas. Aquí, en realidad, los sacerdotes no la escucharán en confesión de naturaleza religiosa. La enviarán a uno de nuestros institutos de psiquiatría protectora, en el que la hermana puede y debe tener su ficha para recibir la asistencia necesaria...

–¿Para tratamiento? –hizo un aparte Fantini.

–Tratamiento y auxilio. Un historial de identificación para servicios de amparo y análisis, en una casa de supervisión espiritual de las que me refiero, es un valioso documento para que no estemos aquí, en los primeros momentos de adaptación, en un lugar intermedio entre planos inferiores y superiores, sin la asistencia justa. Es indispensable que nos ahorremos, tanto cuanto sea posible, sinsabores innecesarios.

–¡Oh! –exclamó Fantini, entusiasmado– ese tipo de confesión me interesa... Si estamos muertos...

–Su *sí* –observó el mentor de buen humor– demuestra que usted y Evelina me consideran un narrador de historias inverídicas... Ustedes están ambos desencarnados con raíces clavadas al suelo de la Tierra; todavía, eso es natural. Aguardemos el tiempo.

En medio de puras vibraciones de confianza y simpatía, la señora Serpa y el amigo solicitaron el apoyo del mentor, para que pudiesen realizar contactos con alguna de las instituciones psiquiátricas de la ciudad, quedando acordado que se ocuparían de eso, tan pronto la administración del hospital lo consintiese.

EVELINA SERPA

Debidamente documentados, Evelina y Ernesto, después de un corto trayecto por las calles de la ciudad que se les figuró encantadora, alcanzaron el Instituto de Protección Espiritual.

Acogidos cariñosamente por el Instructor Ribas, dedicado a la clínica psiquiátrica, en el departamento asistencial que le correspondía, sentíanse tan a gusto, desde el punto de vista de lo habitual, como si estuviesen visitando un moderno consultorio terrestre. En todo, simplicidad, confort, seguridad. Asistentes a la vista. Ficheros. Aparatos diversos para el registro del pensamiento.

Después de las presentaciones, el instructor médico entró en el tema:

–Estamos informados que se ficharán aquí en nuestro gabinete y podemos comenzar por nuestra hermana.

Acto seguido, hizo señas a un funcionario a quien nombró como Hermano Telmo, y, al ser obedecido por el auxiliar, le designó a Ernesto, anunciando:

–Permanecerán juntos, mientras escucho a la Hermana Evelina... y para Fantini, bien impresionado:

–Nada tema. Toda conversación en nuestro Instituto está subordinada al fortalecimiento y a la salud. Nada de pensamientos negativos. Tan pronto como termine el entendimiento inicial con nuestra amiga, tendremos nuestro encuentro.

Revestíase aquel cuadro íntimo de tamaña espontaneidad, que los recién llegados no consiguieron atinar con la verdadera situación.

¿Estarían en el Mundo Espiritual o en la Tierra misma, en la Tierra que les era familiar, en algún lugar desconocido, donde se les hablaba del *espíritu liberado* con alguna finalidad terapéutica? pensaban los dos. Y llegaban casi a admitir que tal vez hubiesen estado locos, hallándose ahora en recuperación.

Manteniendo semejantes dudas, Evelina acompañó, dócilmente, al médico, y, llegados a una sala, amueblada con distinción y sencillez, se sentó en la butaca que él le indicó, explicando, solícito:

–Esté tranquila. Nuestro Instituto se consagra a la protección y al tratamiento de sus tutelados. Primero, la cobertura de socorro, después, el reajuste, en caso necesario. En razón de eso, tendremos tan solo un entendimiento fraternal. Nada de ceremonias. Conversaremos simplemente y todos sus informes serán grabados para estudios posteriores. Por decir bien, trabajo aquí casi apenas en la condición de introductor de los clientes, toda vez que los aquí analizados poseen vasta colección de amigos en retaguardia, amigos que les examinarán las palabras y reacciones, de manera a saber en que sentido y hasta que punto les prestarán el auxilio de que se muestren carentes.

Delante de Evelina admirada, a una señal del mentor un gran espejo se hizo visible, junto a la butaca, dando la idea de que la pieza estuviera ligada al sistema eléctrico, por disposiciones especiales.

–Nuestra conversación será filmada. Sencillo recurso para que sus contactos con nuestra casa sean seguidos con seguridad, en el capítulo de la asistencia de que no prescindirá en sus primeros momentos de vida espiritual. Tranquilícese, comprendiendo, sin embargo, que todas sus preguntas y respuestas se revisten de la mayor importancia para su beneficio. Por sus indagaciones, la autoridad del Instituto identificará su situación en el conocimiento y, por sus respuestas, sabrá el volumen de sus necesidades. Conversemos.

Ante aquella mirada, blanda y enérgica, al mismo tiempo, se reconoció Evelina como niño de letras primarias, ante examinador experimentado, y, concluyendo que no le sería lícito rehusar la prueba, preguntó con respetuoso coraje:

–¿Instructor Ribas, dado que usted ha hecho referencias a mis “*primeros tiempos de vida espiritual*”, es verdad que somos Espíritus desencarnados, personas que ya no viven en la Tierra?

–Perfectamente, a pesar de que la hermana no consiga todavía cerciorarse de ello.

–¿Por qué semejante inadaptación?

–Falta de preparación en la vida física. De forma general, su posición de sorpresa es común a la mayoría de las criaturas terrestres, en virtud de la ausencia de integración real con las experiencias religiosas a que se aficianan.

–¿Si estamos efectivamente muertos, cree usted que yo, en condición de católica, debo presentar o debería presentar un índice más completo de comunión con la verdad espiritual que no consigo entender?

–Claramente.

–¿Cómo es ello?

–Si la hermana, durante su existencia en el cuerpo denso, pensase firmemente en las enseñanzas de Jesús, el Divino Maestro, que se levantó de la tumba para la demostración de la vida eterna, si meditase en la esencia de los oficios religiosos de su fe, todos ellos dirigidos a Dios y, después de Dios, a los muertos sublimes, como son Nuestro Señor Jesucristo, su Augusta Madre y a los Espíritus heroicos que veneramos por santos de la vida cristiana, ciertamente no experimentaría el asombro que, hasta ahora, le insensibiliza los centros de fuerza, a pesar de la elevación y la delicadeza de sus aspiraciones.

Se vio Evelina, de repente, transportada por los resortes mágicos de la imaginación, a su viejo templo religioso... Recordó las oraciones, los cánticos, las novenas y los rituales litúrgicos en los que participara, como si únicamente allí, en aquel gabinete de análisis espiritual, pudiese penetrarles el sentido. ¿Cómo no se inclinara a interpretarlos, antes, por invocaciones al Mundo Espiritual? ¿Cómo no les percibiera, hasta aquel momento, la función de canales de comunicación con las Fuerzas Divinas?...

En pensamiento, aspiraba encontrarse en São Paulo, caminar hasta el recinto de su devoción religiosa y saludar en la propia creencia el punto más alto de la vida, aquel, a través del cual, lograba entregarse a la protección del Todo-Misericordioso, con sus dolores y alegrías, aflicciones y ansias más íntimas... Se acordó de Jesús, fuese en las esculturas o en los cuadros, en las plegarias y conversaciones, como siendo un Espíritu

Divino a llamarla, en balde, a las puertas del corazón, intentando enseñarla a vivir y a comprender...

Y, al reflexionar en el Maestro de paciencia infinita, a cuya magnanimidad recurría en todas las dificultades y tribulaciones, sin darse el trabajo de perquirirle las lecciones y acompañarle los ejemplos, entró en crisis de lágrimas, como si la fe cristiana excelsa y piadosa, se le transfigurase en juez en los rincones del alma, reprobándole el comportamiento.

–¡Oh! ¡Dios mío!... –deducía en llanto– ¿Porqué necesité morir para comprender? ¿Por qué, Señor? ¿Por qué?!...

Allí comparecía para retractarse moralmente, hablar de sí misma, prestar cuentas; sin embargo, ¿qué traía en su propio equipaje si no el vacío de una existencia que entonces le parecía inútil? Tenía idea que las barreras mentales que la aislaban de las realidades eternas se habían roto, de golpe, en la ligereza de pensamiento que pasara a disfrutar, y aquel Jesús que adorara por fuera le ganaba ahora la intimidad del corazón y le preguntaba con infinita dulzura: “¿Evelina, qué hiciste de mí?”

La señora Serpa, algo descontrolada, lloró convulsivamente delante del Instructor que la observaba paternal.

El generoso amigo dejó que ella misma estancase la fuente de lágrimas y, al verla serenarse, dijo, conmovido:

–La depresión momentánea le hace bien. El dolor moral nos mide la noción de responsabilidad. Su sufrimiento de espíritu, al acordarse del Señor Jesús, evidencia su confianza en él.

En tono más afectuoso, el Instructor imprimió nuevos rumbos en el análisis en curso, comunicando a la joven señora que, prácticamente, su ficha de identificación estaba lista, toda vez que, antes de su venida, el establecimiento de salud, a través del cual ingresara en la ciudad, había sido consultado sobre su procedencia y filiación en la Tierra,

Aun así, añadió:

–Su declaración aquí, sin embargo, será valiosa, dado que en su posición, estaremos más ampliamente informados en cuanto a nuestra tarea de auxilio.

–¿Puedo saber qué auxilio será ese?

–Sí, por sus declaraciones, nos será posible aquilatar el tipo de amparo que le será administrado,

–¿Entretanto, Instructor, no será conocida en el Mundo Espiritual? ¿No tenemos, acaso, todos nosotros, guardianes en la existencia terrestre?

–Perfectamente. Y todos aquellos que nos conocen poseen determinada versión de nuestras experiencias para su propio uso. En nuestros estudios, sin embargo, su versión personal es muy importante, considerándose que sus anotaciones autobiográficas se le derramaron de la propia conciencia: Hay que promover un auto encuentro, en el plano de las realidades del alma, para el balance preciso de nuestras necesidades inmediatas. Ciertamente, en otros lugares, la hermana comparecerá en las citaciones de muchos compañeros, retratada en las impresiones que les habrá causado, mientras tanto, en nuestro instituto, recogeremos su proyección individual, intransferible.

Acto seguido, ante la expectación de la cliente espantada, el benefactor le solicitó rememorar, de viva voz, algunos rasgos de su propia historia, empezando por las re-

miniscencias más antiguas. Que evitase un relato exhaustivo y más bien que procurase resumir noticias y recuerdos, tanto como le fuera posible.

La señora Serpa narró, humilde:

—Mis memorias empiezan, confusamente, al perder a mi padre. Era una tierna criatura cuando escuché los gritos de mi madre, agarrándose a mí, diciéndome que yo era huérfana... Transcurrido poco tiempo, mi madre me dio un padrastro bueno y amigo. Realizado el segundo matrimonio, ella y mi segundo padre decidieron abandonar la región donde vivíamos, ciertamente en el intento de huir de recuerdos indeseables. A pesar de la ternura del hombre que pasara a encabezar nuestra casa, sentía falta instintiva de mi padre; no obstante, a su respecto, las noticias fueran para mí siempre escasas. Sobre su fallecimiento, nada más pude saber de mi madre, a modo de esclarecimiento, sino que el murió de forma repentina, cuando se encontraba de paseo... Pero ya mayor, comprendí que ella reprimía comentarios, en torno al pretérito, esquivándose a conflictos posibles con el marido que, sea dicho en honor de la verdad, le dedica, hasta hoy, enternecido afecto... A los doce años de edad, fui internada en un educacional católico, en el que me diplomé para el magisterio, sin ejercer lo en ningún momento, porque, desde el baile de diplomados, me vi solicitada por dos muchachos, al mismo tiempo, Túlio Mancini y Caio Serpa. Confieso que, muy joven y muy irresponsable aún, dejé que mi corazón balancease, entre los dos, prometiendo fidelidad a ambos, simultáneamente. Cuando admití mi elección definitiva en la persona de Caio, que vino a ser mi esposo, Túlio intentó el suicidio y, al verle salvado, pensé en el sacrificio al que se diera por mi causa y, de nuevo, me incliné a él... Cuando me disponía a requerir de mi novio la exoneración de cualquier compromiso, Tulio se mató de un tiro en el corazón... Después del terrible suceso, me casé... Caio y yo fuimos felices, por algunos meses, hasta que vimos frustrado el ansia de tener un hijo... Aborté, poco después de quedar embarazada. A continuación, entré en pauperación orgánica progresiva. Tal vez en virtud de la enfermedad que me acometió sin pausa, Caio se buscó una nueva compañera, una joven soltera, con quien pasó a convivir, simulando vida conyugal en la gran ciudad... La humillante situación en que me encontré pasó a arrasarme. Las humillaciones incesantes a las que me vi expuesta, dentro de casa, me amargaron la existencia... desde entonces, nada más tengo que confesar sino sufrimiento moral y desánimo de vivir, con la enfermedad de que me veo en tratamiento hasta hoy...

El Instructor la miró, conmovido, y preguntó:

—¿La hermana llegó a disculpar al esposo infiel y a compadecerse de su rival?

La señora Serpa reflexionó algunos momentos y respondió con amargura:

—De ningún modo. Estoy en una confesión en que tomo a Jesús por mi testigo y no puedo mentir. Nunca pude perdonar a mi marido por la deslealtad a que me afronta y ni tolerar la presencia de otra en nuestro camino.

El benefactor, lejos de alterarse, interpuso, afectuoso:

—Comprendemos sus sentimientos humanos y podemos terminar la sesión de hoy. La hermana tiene problemas difíciles a enfrentar y nuestro Instituto verificará hasta que punto conseguirá propiciarle la debida cobertura. Permaneceremos en contacto y proseguiremos conversando en futuras reuniones.

Evelina se retiró, siendo substituida por Fantini, cuyo examen iba a comenzar.

ERNESTO FANTINI

Llegado el turno de Ernesto, que ocupó la butaca del analizado, algo desconcertado, el Instructor formuló las aclaraciones anteriores, le solicitó que formulara preguntas y activó el espejo de grabación.

Fantini, un poco más a gusto, inició el interrogatorio:

–¿Puedo hablar, como si estuviese realmente muerto, como me hacen creer?

El mentor sonrió, al escuchar aquella frase de materialista inteligente, y censuró sin aspereza:

–Diga todo lo que desee, con la convicción de que la teoría del *como si* está ahora lejos de nosotros. Estamos efectivamente desencarnados, encontrándonos a nosotros mismos...

–Instructor, si dejé mi cuerpo en la Tierra, sin acordarme de ello, ¿no es el momento de haber vuelto al ambiente natural del Espíritu, con la obligación de recuperar la memoria del tiempo en el que vivía, en la condición de Espíritu libre, antes de portar, entre los hombres, el cuerpo del que me deshice? ¿Por qué motivo eso no sucede?

–La existencia en el vehículo físico, además de ser una etapa para aprendizaje o cura, rescate o tarea específica, es igualmente una larga inmersión en el condicionamiento magnético, en el que actuamos, en el mundo, inducidos a lo que nos corresponde hacer. El libre albedrío, en la esfera de la consciencia, permanece vivo e intocado, dado que en cualquier posición, la criatura encarnada es independiente para elegir su propio rumbo; sin embargo, las demás potencias del alma, en el periodo de la encarnación, yacen orientadas en la dirección de éste o de aquel trabajo, según los propósitos que haya asumido o que haya sido obligada a asumir.

Eso determina el obscurecimiento de las memorias pretéritas que, además, no es más que un fenómeno temporal, más o menos corto o largo, según el grado de evolución que hayamos alcanzado.

–¿Habríamos sufrido, mientras en el plano físico, una dilatada hipnosis?

–Hasta cierto punto, sí. El paso por el claustro materno, el nuevo nombre escogido por los familiares, los siete años de semiinconsciencia en el medio ambiente fluídico de los padres, la recapitulación de la niñez, el retorno a la juventud y los problemas de la madurez, con las consecuentes responsabilidades y compromisos, estructuran en nosotros –la individualidad eterna– una personalidad nueva que incorporamos a nuestro patrimonio de experiencias. Es comprensible que en el espacio de tiempo, que nos sucede, inmediatamente a la desencarnación, la memoria profunda esté aún herméticamente encerrada en los sótanos del ser. Eso, sin embargo, es francamente transitorio. Gradualmente, recuperamos el dominio de nuestras reminiscencias...

–¿Usted trata de explicar que, en esta ciudad, soy todavía Ernesto Fantini, la personalidad humana con el nombre que me fue impuesto en la existencia que dejé, dejando el estudio de mis memorias anteriores para más adelante?

–Perfectamente. Cada uno de nosotros permanece aquí, en núcleos de trabajo y renovación, en la vecindad del plano físico, bajo la misma ficha de identificación, por la cual éramos conocidos en él. Hasta que nos promocionemos por merecimiento propio a círculos más altos de sublimación, nos quedaremos entre la Espiritualidad Superior y el Estado Físico, operando en el perfeccionamiento personal, de la internación en la cuna a la liberación para la vida espiritual y regresando de la libertad en la vida espiritual al nuevo aislamiento en la cuna. ¿Entendió?

–Aquí somos entonces examinados por lo que fuimos, en las acciones practicadas, en el tiempo anterior más próximo a nosotros...

–Eso es.

–Somos como éramos, en la ficha individual, hasta...

–Hasta que las circunstancias nos aconsejen nueva inmersión en el cuerpo carnal, como recurso inevitable a los objetivos de perfeccionamiento a que todos visamos, en las lides de la vida eterna.

–¿Somos como éramos, en todo, incluso en la señalización morfológica?

–No tanto. Cualquier señal morfológica se modifica en la pauta de las ordenaciones mentales. Eso ocurre, habitualmente, en la propia Tierra de los Hombres, cuando la ciencia, sin mayores dificultades, modifica los implementos de la máquina genésica de la criatura, de acuerdo con los impulsos psicológicos que la criatura presente, armonizando el binomio cuerpo-alma. Además de eso, no nos será lícito olvidar los servicios de la cirugía plástica, que consigue efectuar prodigios en el envoltorio carnal de las personas, cuando esas personas merezcan las mejoras que la ciencia terrestre les ofrece generosa y optimista.

Fantini se mostraba agradablemente sorprendido por la destreza mental con que el Instructor sabía colocarle los esclarecimientos precisos en la cabeza hambrienta de luz.

–Querido amigo –volvió él a inquirir.– A pesar de que el tema que voy a tocar ya haya sido objeto de consideración en la palestra que mantuve con el Hermano Claudio, estimaría recoger sus ideas sobre el mismo tema... Sucede que he oído hablar de muertos, y de muertos cultos, que atravesaron años y años atormentados en zonas inferiores, antes de reconquistar la lucidez y la tranquilidad; ¿por qué no me ocurrió eso, si estoy efectivamente desencarnado y si soy un hombre consciente de las culpas que transporto?

–El estado de tribulación al que se refiere es pertinente al espíritu y no al lugar. Muchos de nosotros, los desencarnados, soportamos tiempos difíciles, en lugares determinados que nos reflejan las propias perturbaciones íntimas. Esa anomalía puede perdurar por mucho tiempo, en conformidad con nuestras inclinaciones y esfuerzo indispensable para que nos aceptemos, imperfectos como aún somos, aunque no ignoremos la necesidad de perfeccionamiento que las leyes de la vida nos establecen. Somos, por ahora, conciencias endeudadas o exponentes de una evolución deficitaria, ante la Vida Mayor, cargando con el deber de podar nuestros defectos en trabajo digno e incesante. Mientras estemos en desequilibrio, después de la desencarnación, desequilibrio que es siempre agravado por nuestra inconformidad o rebeldía, orgullo o desesepero, amenazando la seguridad de los demás, permaneceremos comprensiblemente

internados o segregados en zonas del espacio, junto a aquellos que evidencien perturbaciones o conflictos semejantes a los nuestros, como los enfermos mentales, apartados de la convivencia doméstica para su justo tratamiento.

–Entonces, las ideas del *castigo de Dios*...

–Razonable es que las abracemos, hasta que aprendamos que la Divina Providencia nos gobierna por medio de leyes sabias e imparciales. Cada uno de nosotros se castiga a sí mismo, en los artículos de los Estatutos Excelsos que haya infringido. La Justicia Eterna actúa en el foro íntimo de cada criatura, determinando que la responsabilidad sea graduada en proporción a los conocimientos...

–¿Instructor Ribas, cómo definir, de ese modo, el infierno ingeniado por las religiones en el Planeta?

–Reportémonos a eso con el respeto que el tema reclama, porque para millones de almas el abatimiento mental que se entregan, al lado de otras en las mismas condiciones, es perfectamente comparable a los sufrimientos del infierno teológico, imaginado por las creencias humanas. Sin embargo, en rigor y atentos a la realidad de que Dios jamás nos abandona, el infierno debe ser interpretado en la categoría de hospicio, donde purgamos las consecuencias de faltas, en el fondo, cometidas contra nosotros mismos. Fácil es percibir que el área del espacio en la que nos demoremos en esa desoladora situación venga a retratar los cuadros infelices que creamos y proyectamos, en torno a nosotros.

–Me atrevo a profundizar en tantas indagaciones, por hallarme convencido de que, positivamente, no merezco la generosidad con la que me acogen... He disfrutado, aquí, una tranquilidad que no esperaba, dado que llevo conmigo un doloroso problema de consciencia...

–Una de las funciones de nuestro Instituto es precisamente apoyar a los hermanos desencarnados que llegan aquí, sin ningún perjuicio en la propia integridad moral, pero llevando consigo complejos de culpa, susceptibles de arrojarlos en alteraciones de mayor importancia. El socorro de nuestra casa se hace tanto más eficaz cuanto más fuerza de fe demuestre la criatura en la posibilidad de superación de las flaquezas que nos son peculiares. Su estructura psicológica le inmunizó contra los delirios de muchas personas buenas y dignas que, a veces, se obligan mucho tiempo en las aflicciones purgativas de los grandes manicomios a los que nos referimos, sanando los desequilibrios en los que se despeñan, en muchos casos por haber dado una falsa orientación al amor del que se nutrían.

Se entregó Ribas a una ligera pausa, sonrió y alegó:

–Aún así, a pesar de su admirable índice de resistencia, el hermano no está seguro contra los resultados de sus propios actos y debe prepararse a fin de afrontarlos.

–Esclarezcame, por favor.

–Queremos decir que necesita revestirse de calma para comparecer delante de aquellos que dejó en el mundo, para comprenderse y comprenderlos... En la esfera física, muchas veces oímos la afirmación de que es necesario valor para ver a los muertos y para escucharlos... La situación aquí no es diferente, en relación a los llamados vivos. De forma general, todos nosotros, inmediatamente después de la desencarnación, somos llevados a cursos preparatorios de entendimiento, para alcanzar el estado de ánimo indispensable, a fin de volver a ver a los vivos y oírlos de nuevo, sin daños para ellos ni para nosotros...

Los ojos de Ernesto se agrandaron al percibir aquellas advertencias. Grandes lágrimas se le deslizaron por las mejillas, mientras que, como si sufriese la presión de muelles invisibles, empujándole a lanzar fuera de sí las ideas de culpa, que le remordían en los rincones del alma, se arrodilló ante el benefactor, como un niño atemorizado y gritó:

–Instructor, según creo, mi delito es uno solo; sin embargo, es suficiente para crear muchos infiernos en mi espíritu. Maté a un amigo, hace más de veinte años, nunca más tuve paz... Le sabía en persecución de mi esposa con intenciones poco dignas, espiándole los pasos y actitudes... Le veía rondar mi casa, en mi ausencia... Algunas veces, percibí frases inconvenientes de su parte a aquella que compartía mi nombre... Un día, tuve la impresión de sorprender en los ojos de mi compañera cierta inclinación afectiva para con el enemigo de mi tranquilidad y, mucho antes que mis suposiciones se confirmasen, aproveché el momento que me pareció oportuno y le alcancé durante una cacería de codornices... Le disparé para acertar y, satisfecho de mi intento, me oculté en la espesura, hasta que el otro compañero, pues, éramos tres hombres en el entretenimiento, dio la alarma al toparse con el cadáver... La víctima, sin embargo, cayera al suelo en condiciones tales que la versión de un accidente señoreó la convicción de todos los presentes... Aterrado ante mi crimen, como me sentía, acepté, aliviado, la falsa interpretación... Jamás, entretanto, recuperé el sosiego íntimo... Él, el hombre que eliminé, estaba casado, como yo mismo, y no encontré el valor de buscar a su familia, que, pronto, abandonó la región del terrible suceso, sedienta de olvido... Ese olvido, sin embargo, no llegó para mí... La muerte que provoqué, me trajo el temido desafecto dentro del hogar... Desde el doloroso suceso, empecé a sentirle la presencia en el hogar, en forma de sombra invariable que me ironiza e insulta sin que los demás lo perciban... En mi círculo doméstico, me reconozco atado a él, como si el infeliz estuviese más vivo y más fuerte, a cada día... Rara era la noche en que no luchaba con él en sueños, antes de la intervención que ocasionó mi venida a este lugar... Entonces despertaba, como si hubiésemos mantenido un duelo mortal, para continuar viéndolo, con los ojos de la imaginación, compartiendo la vida cotidiana... ¡Oh! ¡Instructor Ribas! ¡Instructor Ribas!... ¡Dígame, por Dios, si hay remedio para mí!... Esperaba encontrar, después de la muerte, un lugar de punición donde las potencias infernales cobrasen de mí la falta que oculté a la justicia de la Tierra; sin embargo, me encuentro usufructuando una protección exterior que me agrava el tormento íntimo!... ¡Oh!... amigo mío, amigo mío, ¿qué será entonces de mí, que ya no consigo soportarme a mí mismo?

Diciendo así, Fantini se abrazó al mentor, sollozando como un niño desamparado, suplicando refugio.

El instructor le acogió en el regazo paternal y le consoló:

–Serénate, ¡hijo mío!... Somos espíritus eternos y Dios, nuestro Padre, no nos dejará sin amparo.

Los ojos de Ribas mostraban lágrimas que no llegaban a caer. Se diría que él, el orientador competente, conocía por sí mismo semejante martirio de la conciencia, porque, lejos de reprender, le acarició la cabeza fatigada, que se abrigara sobre las rodillas, y remató simplemente:

–La justicia de Dios no viene sin apoyo en la misericordia. ¡Confiemos!...

Y sin mayor demora, el amigo espiritual se irguió, sensibilizado, apagó el espejo de servicio y terminó la sesión.

ENJUICIAMIENTO Y AMOR

Transcurridas algunas semanas, Ernesto y Evelina se encontraban menos novatos en el ambiente.

No obstante los afectos que proseguían atesorando, se sentían cada vez más vinculados uno al otro. Sensiblemente mejorados, se encontraban todavía en el hospital, pero domiciliados en pabellones de convalecientes, cada uno en el departamento apropiado, dado que las referidas edificaciones albergaban a hombres y a mujeres, en vasta asociación de hogares-apartamentos para uso individual. Disfrutaban del permiso correspondiente para moverse por la ciudad, como quisiesen, apenas con la observación de que solamente les sería lícito visitar los alrededores, donde se acomodaban millares de Espíritus inferiores, con la asistencia adecuada.

Efectivamente los dos comenzaban a experimentar la necesidad de servicio disciplinado y regular, pero, si pedían trabajo o cualquier actividad en el antiguo hogar terrestre que aún no habían logrado volver a ver, la respuesta de la autoridad competente era invariable. Que esperasen más tiempo, que sería justo atender a la preparación imprescindible. En vista de ello, frecuentaban bibliotecas, jardines, instituciones y entretenimientos diversos, pareciéndoles la vida, allí, una larga fase de reposo mental en una tranquila colonia de vacaciones. Llegó, sin embargo, el día en que Evelina realizaría uno de sus mayores deseos en aquel nido de bendiciones. Fantini prometiera conducirla, con el necesario consentimiento de los bienhechores, a un templo religioso para asistir al oficio de la noche que se constituiría de una oración bajo el título “Enjuiciamiento y Amor”, que había sido previamente anunciada. Ambos ardían de curiosidad, dado que ansiaban conocer de cerca como se procesaban las creaciones religiosas, en aquel mundo para ellos extremadamente bello y nuevo.

Ya anocheado, se pusieron en marcha.

La señora Serpa recordaba en el camino las visitas de otro tiempo al santuario de su fe y guardaba en el corazón las más dulces reminiscencias...

Sensibilizada, mantenía un monólogo íntimo: “¿cómo perdiera el convivir de los seres más queridos y por qué se apoyaba, allí, en el brazo de un hombre que viera tan solo una vez en la Tierra?”

A su alrededor, el viento transportaba el perfume de jardines y plazas en flor.

La Luna, irguiéndose en el horizonte, era el mismo espectáculo de majestuosidad y belleza a que se acostumbrara en el mundo...

De cuando en cuando, cambiaba con Fantini una que otra frase, observando que otros simpáticos grupos caminaban en la misma dirección.

Transcurridos algunos minutos de alegre peregrinar, hélos delante del templo que realizaba por su simplicidad, pareciendo un enorme palomar edificado con franjas de nieve translúcida, defendido, aquí y allá por densas franjas de árboles.

En el interior, todo era espontaneidad y armonía.

La extensa fila de bancos dejaba ver el púlpito al frente, que asumía la forma de una enorme liliácea, esculpida en albísimo mármol.

En la pared muy blanca, frente a los asistentes, bajo la leyenda “Templo de la Nueva Revelación”, “Casa Consagrada al Culto de Nuestro Señor Jesucristo”, al revés que cualquier símbolo o escultura, había solamente una tela, recordando el semblante presumible del Divino Maestro, cuyos ojos en la excelsa pintura parecían hablar de vida y de omnipresencia.

Sentada con Fantini, lado a lado, la señora Serpa contempló los rostros, serenos unos y ansiosos otros, que les rodeaban en profundo silencio, y sumergió el corazón en una muda oración.

En un momento dado, como si se materializase inesperadamente en la tribuna o si hasta allí llegara, a través de puerta oculta a la observación del auditorio, un hombre, portando una túnica de color lirio, surgió y saludó a la asamblea, reverente.

A continuación se dirigió a lo alto y, en oración conmovedora, rogó las bendiciones de Jesús para los oyentes expectantes.

Seguidamente, se acercó a un gran ejemplar del Nuevo Testamento, abierto sobre un delicado porta-libros y leyó los versículos 1 a 4, del capítulo siete del Evangelio del Apóstol Mateo:

“No juzguéis para que no seáis juzgados, pues con el criterio con el que juzgareis, seréis juzgados; y, con la medida con que hubiereis medido, os medirán también ¿Por qué ves la paja en el ojo de tu hermano sin notar, el tronco que está en el tuyo? O, cómo dirás a tu hermano: ¿déjame quitar la paja de tu ojo, cuando tienes un poste en el tuyo?

Terminada la lectura, se detuvo el ministro en dilatada concentración, como si buscase inspiración en las profundidades de su propia alma.

Ernesto y Evelina, sin embargo, vieron sorprendidos, que, al contrario, su pensamiento se exteriorizaba, en forma de una larga aureola de luz, que se le elevaba de la cabeza, como una llama, elevándose cada vez más...

En corto espacio de segundo, luces emanaban de arriba, recordando las llamadas lenguas de fuego del día de Pentecostés, y el sacerdote simpático inició la oración de la que resaltaremos solamente algunos párrafos que le definen el contexto de sabiduría y belleza:

–Hermanos, hasta ayer éramos parte integrante de la colectividad humana –nuestra bendita familia de retaguardia– y creíamos en el poder de juzgarnos unos a otros. Encastillados en las ideas religiosas que suponíamos esclavizar al servicio de nuestras pasiones, imaginábamos adversarios y extraviados a cuantos no pensasen por nuestros principios.

Interpretábamos las enseñanzas de Nuestro Señor Jesucristo, según nuestro arbitrio, exigiendo que el Señor de la Vida se nos hiciese humilde servidor, en la carretera sombría y tortuosa que no nos cansábamos de recorrer palmo a palmo; sin embargo, despojados hoy del cuerpo de materia más densa que alentaba nuestras ilusiones, aprendemos que todos somos conciencias deficitarias ante la ley. Y comprendemos ahora, para felicidad nuestra, que solamente el Señor dispone de recursos para valorarnos consideradamente, porque, en verdad, nos será posible solamente examinarnos a nosotros mismos.

Lo que hayamos sido en lo íntimo del sentimiento, mientras disputábamos la existencia del cuerpo terrestre, somos aquí.

En este puerto de luz que el Señor nos faculta por morada temporal, percibimos, sin ningún constreñimiento de orden exterior, que todos los elementos mantenedores de las apariencias que nos disfrazaban en el mundo, para la realización del papel que nos incumbía en la sociedad humana, nos fueron retirados, con el fin de que seamos aquí, en la esfera de la realidad espiritual, quien nos propusimos ser, con todo lo que hayamos añadido a nosotros de bueno o de malo, durante la estancia en la escuela física...

Muchos de vosotros cargáis todavía con costumbres y engaños de la experiencia carnal que, gradualmente, perderéis por no encontrar en este medio ninguna significación....

Vuestros palacios o chabolas, títulos convencionales o calificaciones peyorativas, privilegios o cautiverios, honores familiares o desconsideraciones públicas, ventajas o perjuicios superficiales todos los condicionantes mentales que os centaban en la idea de supuestos derechos o imaginarias reclamaciones, con el abandono de los deberes naturales de perfeccionamiento espiritual para la vida eterna, desaparecieron el día en que los hombres, por fuerza de la desencarnación, os impusieron al nombre un certificado de defunción en el Planeta, apoderándose de vuestro patrimonio y analizando vuestros actos, para, luego después, muchos de ellos barreras del pensamientos, con la falsa convicción de que os pueden desterrar de la memoria para siempre...

¿Cuántos de vosotros vinisteis a escuchar aquí las voces de la verdad a las cuales tantas veces sellasteis los oídos del cuerpo terreno?

La Divina Providencia no pregunta lo que fuiste, porque nos conoce a cada uno en cualquier tiempo... Sin embargo, es justo que investigue sobre lo que hicisteis de los tesoros del tiempo, concedido a todos nosotros en partes iguales...

¿Sabios, en qué aplicasteis la dote del conocimiento superior? ¿Ignorantes, dónde colocabais el talento de las horas? ¿Ricos, en qué trabajos dignificasteis el dinero? Hermanos destituidos de reservas doradas, pero tantas veces detentores de bendiciones mayores, ¿qué realizasteis con las oportunidades de paciencia y servicio, comprensión y humildad en la esfera de la obediencia? ¿Jóvenes, qué hicisteis con la fuerza? ¿Compañeros encanecidos en la marcha cotidiana, en qué buenas obras convertisteis el fulgor de vuestro entendimiento?

¡No os eludáis!...

Como nos ocurrió a nosotros, los que habitamos actualmente el Plano Espiritual desde hace largas décadas, trajisteis para aquí lo que hicisteis de vosotros mismos... Aprendisteis lo que estudiasteis, mostráis lo que hicisteis, atesoráis lo que repartiste...

En suma, atravesada la Gran Frontera, ¡somos simplemente lo que somos!

Reconoceréis, así, en el transcurso del cotidiano, en este domicilio de las realidades excelsas, que todos los disfraces que nos encubrían la individualidad real en el mundo se extinguen naturalmente, exponiéndonos a la vista, la esfera íntima.

Fuera de las constricciones carnales, cada espíritu se revela por sí mismo.

Mecánicamente, en la residencia ancestral del alma, estampamos en las actitudes y palabras los sentimientos y pensamientos que nos son peculiares, sin que nos sea ya posible cualquier recurso a la simulación.

Haciendo patente todo lo que somos y lo que tenemos, en los rincones del ser, habrá llegado para cada uno de nosotros la hora del juicio, por eso la Divina Misericordia del Señor nos ofrece aún, aquí como en tantas otras estancias de la Espiritualidad, esta ciudad-hogar, como antecámara de estudio y de servicio, posibilitándonos valiosos preparativos para la ascensión a la Vida Mayor, en cuyas provincias nos aplicaremos en la conquista de dones inefables, en la continuación de la lucha bendita por nuestro propio perfeccionamiento.

¡Cuántos, sin embargo, despreciarán las sublimes oportunidades del tiempo, en el clima de recomposición al que nos acogemos ahora, ciertamente, que por ellos mismos, retrocederán a los distritos vecinos, donde se afinan los agentes de la perturbación y de las tinieblas enfermos voluntarios, torturándose, en lamentable estado de reciprocidad –hasta que, fatigados de su rebeldía, rueguen a la piedad de las Leyes Eternas la preciosa donación de las reencarnaciones de sufrimientos regeneradores para retornar a estos lugares, Dios sabe cuándo!...

No aspiramos decir con nuestras afirmaciones que el renacimiento en el campo físico sea siempre crisol de reparación de los delitos que cometimos, pues millares de compañeros, después de largo y honesto esfuerzo por su propia corrección, entre nosotros, con gran cantidad de tiempo en nuestra colonia de trabajo y reforma, vuelven al cuerpo carnal, honrados con tareas de abnegación y heroísmo oscuro, junto a alguien o al lado de grupos afines, granjeándose, en loable anonimato, concesiones y victorias dignas de aprecio que, a pesar de permanecer casi siempre ignoradas por los hombres, se transforman, aquí, en pasaportes de liberación y acrisolamiento para las Esferas Superiores!...

Ante la pausa que apareció espontáneamente en los labios del orador que tenía una aureola de intensa luz, Evelina y Ernesto se miraron y, a continuación, a través de rápida mirada sobre los presentes, notaron que decenas de rostros se bañaban de lágrimas.

–Hermanos –continuó el ministro–, no os sintáis en un tribunal de justicia, cuando nos encontramos en una casa de fe... Madre amorosa de nuestros impulsos de mejoría y de sublimación, nos dice la fe, en este rincón productivo y tranquilo, que no obstante desencarnados es necesario reconozcamos que nuestras ocasiones de trabajo y progreso, rectificación y aprendizaje no llegaron al final...

Aceptemos como somos, reconozcamos el monto de nuestras deudas y coloquemos manos fieles en el arado del servicio al prójimo, sin mirar para atrás... La ciudad en que nos encontramos está repleta de instituciones benéficas con sus puertas descorridas al voluntariado de cuantos quieran colaborar en el socorro a los que llegan hasta nosotros, en situación de angustia o de necesidad, todos los días... En la Costra Planetaria, donde las criaturas hermanas de retaguardia entablan una dura batalla de evolución, seres queridos, aún encarnados, nos exigen los más entrañables testimonios de ternura humana, a través del socorro espiritual que les podamos administrar, en los dominios de la comprensión y del amor, a fin de que continúen viviendo en la experiencia terrestre que les es necesaria, tranquilos y felices, sin nosotros... Todo un apostolado de renuncia constructiva, abnegación, cariño y entendimiento se descorre para la mayoría de vosotros, en el hogar terrestre, donde casi todos estáis aún vinculados de pensamiento y corazón...

¡Además de eso, estamos rodeados, por casi todos los flancos, por multitudes de compañeros dementes, pidiéndonos amor y paciencia para que se recuperen!... En la

arena física, multiplicábamos ruegos para que se pusiesen mesas dedicadas a los hambrientos y se acumulasen vestimentas para el socorro a la desnudez... Aquí, somos desafiados a la formación y sustento de la devoción y de la tolerancia, para que la armonía y la comprensión se establezcan en el alma sufrida y conturbada de nuestros hermanos desgarrados en las sombras del espíritu.

¡Caridad, hermanos míos!... ¡Amor para con el prójimo!...

Muchas veces, el servicio de algunos días puede endosarnos un valioso préstamo de energías y medios para las empresas de recuperación y elevación que nos requieren el esfuerzo de muchos años.

Oremos, suplicando al Señor que nos inspire, a fin de que vengamos a escoger decididamente el camino de purificación en nuevos y benditos avatares en la estancia física, o la vereda ascendente para la Vida Mayor...

Se calló el sacerdote en muda oración.

Del techo pendían estrías de zafirina luz, como pétalos minúsculos que se deshacían al tocar la cabeza de los presentes, o desaparecían, de pronto, llegando al suelo.

Se diría que en el pecho del ministro, en profunda concentración mental, se inflamara una estrella de plata translúcida, de cuyo centro irradiaba, dulcemente, toda una lluvia de rayos liriales, inundando el salón.

Fantini estaba conmovido, pero Evelina, como sucedía a muchos de los compañeros allí congregados, no conseguía yugular el llanto que le venía en ondas crecientes del corazón a los ojos.

La señora Serpa no sabría explicar la razón de la emotividad que le asaltara los rincones del espíritu, extremadamente sensibilizada como se hallaba, ignorando si debía aquellas benditas lágrimas a las aspiraciones para el Cielo o a los recuerdos de la Tierra... No oyó ya las últimas palabras del ministro, al cerrar el oficio de la noche. Sabía apenas que se amparaba ahora de forma total en el brazo del amigo, junto a quien se retiró del recinto sollozando...

TAREAS NUEVAS

Profundamente sensibilizados con las apreciaciones escuchadas en el templo, Evelina y Ernesto solicitaron la admisión en la caravana de socorro que el Hermano Claudio presidía, en visita semanal a la región de los compañeros perturbados y sufridores.

Aquel mismo amigo del Instituto de Ciencia del Espíritu les atendió la petición con simpatía y benevolencia y, pasados algunos días, vamos a encontrar a los dos amigos integrando un conjunto de servicio, que formaban entonces, un total de ocho personas, cinco hombres y tres mujeres, entre las que se hallaba la hermana Celusa Tamburini.

En la peregrinación de fraternidad, el equipo descendía en dirección de un extenso valle, destinándose especialmente en ese día al culto del Evangelio en el hogar de Ambrosio y Priscila, pareja que desempeñaba la misión de guardianes, entre los muchos situados en la frontera que señala los puntos iniciales de la zona en conflicto por las proyecciones mentales de los hermanos en desequilibrio.

Tan pronto como se les abrió una más amplia franja de paisaje, Ernesto y Evelina no consiguieron contener sus expresiones de asombro. Densa niebla, haciéndose patente por diversos tonos de gris, cubría la región en toda la línea divisoria. Por vez primera, observaron en el cielo máquinas voladoras que se dirigían de la ciudad al territorio sombrío, semejantes a grandes mariposas silenciosas reflejando el sol que ponía a la vista las alas, como estructuradas en pedazos de arco-iris.

Fantini formuló en seguida una pregunta, a la que Claudio respondió, satisfecho:

–Son aparatos volantes, en los que viajan comisiones de trabajo, en tareas de identificación y de asistencia.

–¿La región es tan grande?

–Imagínese un desierto planetario, con muchas hectáreas de terreno incultivado o abandonado, bordeado de ciudades ordenadas y prósperas, y tendrá la noción exacta de lo que nos ocurre aquí.

–Y esos viajeros, a través del aire, desencarnados como están, ¿acaso no lograrían seguir adelante, sin esas máquinas, utilizando el poder de volatización que les es propio?

El jefe sonrió y ponderó:

–Todo en la vida se rige por leyes. Un pájaro terrestre tiene alas y huye del campo incendiado, por no sostenerle la cortina de humo. Un bombero, para penetrar en una casa invadida por el fuego, viste ropas defensivas.

Y añadió:

–Nos encontramos ante una peligrosa extensión de espacio, habitada por millares

de criaturas rebeldes que construyen, a costa de sus propios pensamientos en desvarío, el ambiente desolado que se nos impone a la vista. Ahí, en ese mundo diferente, somos sorprendidos por las más extrañas edificaciones, todas ellas caricaturas de los refugios domésticos de que los dueños abusaron en la experiencia física, un verdadero bosque de fluidos condensados, retratando las ideas y manías, ambiciones y caprichos, remordimientos y penitencias de sus moradores. Tenemos ahí, en esa franja umbralina, todo un estado anárquico, en que el individualismo se desborda en la hipertrofia de la libertad, sin los constreñimientos benéficos de la disciplina, que nos hace realmente libres por la voluntaria aceptación por nuestra parte a lo dispuesto en las Leyes de Dios.

–¿Y por qué Dios permite la formación de estos gigantescos quistes de perturbación y desorden? –inquirió Ernesto, en un rasgo de lógica humana.

–¡Ah! amigo mío –respondió el Hermano Claudio–, siempre que indagamos a nuestros Mayores por que no interfiere la Divina Providencia en el campo de la inteligencia corrompida en el mal, la respuesta invariable es que el Creador exige sean las criaturas libres para elegir el camino de evolución que mejor les parezca, sea una avenida de estrellas o una vereda de barro. Dios quiere que todos sus hijos tengan su propia individualidad, crean en Él como puedan, conserven las inclinaciones y gustos mas congruentes con su forma de ser, trabajen como y cuanto deseen y residan donde quisiere, no solamente exige –y exige con rigor– que la justicia sea cumplida y respetada. “A cada uno le será dado según sus obras”. Todos recibiremos, en las Leyes de la vida, lo que hagamos, por lo que hagamos, cuanto hagamos y como hagamos. En conformidad con los Preceptos Divinos, podemos vivir y convivir unos con los otros, en consonancia con los patrones de preferencia y afectividad que elijamos; sin embargo, en cualquier plano de conciencia, del más inferior, al más sublime, el perjuicio al prójimo, la ofensa a los demás, la criminalidad y la ingratitud recogen dolorosos e inevitables reajustes, en la pauta de los principios de causa y efecto que impone amargas penas a los infractores. Somos libres para desarrollar nuestras tendencias, cultivarlas y perfeccionarlas, pero debemos concordar con los Estatutos del Bien Eterno, cuyos artículos y párrafos establecen sean hechas y mantenidas, en el bien de todos y en el amparo desinteresado a los demás, las garantías de nuestro propio bien.

Alcanzando el borde oscuro de la extraña población, que empezaba, aquí y allá surgían criaturas andrajosas y alienadas.

No se podía afirmar fuesen criaturas análogas a los mendigos, de alguna plaza terrenal, en penuria. Este o aquel habitante del inmenso barrio daban la impresión de personas a quien el orgullo o la indiferencia volvían espiritualmente distantes. Aliado de ese género de transeúntes, otros aparecían demostrando ironía y desprecio en la mímica escarnecedora con la que señalaban a los viajeros o a ellos se dirigían. Casi todos exhibían extrañas ropas, cada cual obedeciendo a las condiciones y dignidades a las que suponían pertenecer.

A una pregunta formulada por Fantini –pues Evelina y él eran los únicos novatos en el equipo de socorro –Claudio observó:

–De forma general, los millares de hermanos que se resguardan en estos parajes no se aceptan como son. Se acostumbraron de tal manera a las simulaciones –por cierto, muchas veces necesarias– de la experiencia física, que se declararon ofendidos por la verdad. Vivieron, años y años, en la esfera carnal, disfrutando esta o aquella consideración por los valores de superficie que exhibían, vanidosos, y no se conforman con la supresión de los engaños y privilegios imaginarios de que se alimentaban... Narcí-

sistas fijados a la propia imagen en la retaguardia... Muchos de ellos pasaron directamente de la vida física a la región nebulosa ante nuestra vista, y otros muchos habitaron, después de la desencarnación, ciudades de recuperación y adiestramiento, parecidas a las nuestras; sin embargo, a medida que se hacía evidente, tal como aún son en realidad, completamente sin cualquier simulacro de los muchos de que se valían en la estancia terrestre para encubrir su “yo” verdadero, se rebelaron contra la luz del Mundo Espiritual que nos expone como muestra a la naturaleza auténtica, unos frente a los otros, y huyeron de nuestra colectividad, aislándose en el valle de sombras generadas por ellos mismos. Ahí, en la penumbra creada por la fuerza mental que les es propia, con el propósito de esconderse, dan rienda suelta, en mayor o menor grado, a las manifestaciones de paranoia a que todos se aficionan, entregándose igualmente, en muchos casos, a lamentables pasiones que procuran en balde saciar, hasta rayar la locura.

–Hermano Claudio –recordó Evelina–, ¿usted ya penetró en esos lugares, alcanzando algún punto distanciado del borde?

–Ya acompañé diversas caravanas de fraternidad y de socorro, utilizando vehículos diversos, alcanzando plazas establecidas muy lejos de nosotros...

–¿Y qué fue lo que vio?

–Ciudades, pueblos, aldeas y poblaciones varias, en cuyo seno, espíritus de inteligencia cultivada y vigorosa, pero profundamente pervertidos, dominan a enormes comunidades de espíritus menos hábiles en el manejo de las situaciones; sin embargo, tan pervertidos, generalmente como ellos mismos.

Claudio sonrió y resaltó:

–Cuando digo “pervertidos”, no me propongo juzgar a nuestros hermanos transitoriamente encastillados en las sombras. Deseo solamente calificar, para la comprensión de quien llegó recientemente de la vida física, la posición de esos amigos enfermos. Por cierto, les consideramos tan enfermos como nuestros hermanos alienados mentales de cualquier hospicio de la Costra Planetaria, acreedores de nuestro mejor cariño. Y sepamos, con entrañable respeto, que numerosos padres y madres, esposos y esposas, hijos y personas amadas de muchos de los compañeros perdidos en esas regiones sombrías ahí residen, por mera devoción, en situación de héroes oscuros, en admirables apostolados de amor y renuncia, en beneficio de los que se endurecen en el error, de forma a reconducirlos al reequilibrio necesario, preparándose para las nuevas reencarnaciones que les espera. Esos paladines de la bondad y de la paciencia parecen esclavizados a los infelices que aman; sin embargo, por la cátedra del sacrificio de la humildad que esposan, acaban consiguiendo prodigios por la fuerza irresistible del ejemplo.

La sencilla casa de Ambrosio ya se dibujaba en la distancia, cuando Fantini, como quien no deseara perder el hilo de los razonamientos en marcha, inquirió todavía:

–Hermano Claudio, ¿son normalmente muchos los que son rescatados por la dedicación afectiva de aquellos que los tutelan en estos lugares?

–Sin duda. Todos los días, llegan a nuestras casas de reajuste pequeños o grandes grupos de los que aspiran a renovarse.

–¿Y permanecen en la ciudad, indefinidamente?

–Eso no. Con pocas variantes, se quedan con nosotros sólo el tiempo necesario para el examen de la nueva reencarnación, en la que regresan a los disfraces de la

carne, sin los cuales, según creen, no consiguen seguir adelante, en los caminos de la regeneración. Entre el cansancio de la erraticidad en las sombras de la mente y el terror de la luz espiritual que confiesan no soportar sin una larga preparación, suplican el socorro de la Providencia Divina y la Divina Providencia les permite la nueva Internación en la armadura física, en la que se ocultan, luchando por su propia corrección y por el perfeccionamiento propio, encubiertos transitoriamente por la máquina carnal, que, poco a poco, se desgasta, poniendo nuevamente, a la vista, el bien o el mal que se hicieron a sí mismo, en el período de la encarnación. Obtenido el préstamo del nuevo cuerpo, como norma junto a aquellos que se hicieron cómplices en los desvaríos del pasado o con los que les son afines por el tipo de deudas y consecuentes rescates, esos candidatos a la recapitulación expiatoria del pasado imploran medidas contra ellos mismos, sea en la elección del ambiente doméstico en desacuerdo con sus ideales o en la formación de su futuro cuerpo, cuerpo este que, muchas veces, desean sea bloqueado en determinadas funciones, previniéndose prudentemente contra las tendencias erróneas anteriores con el fin de facilitar su nueva andadura al reencarnar de nuevo.

—¿Eso quiere decir que piden ciertas anulaciones en contra de ellos mismos? — interpuso Fantini con su habitual agudeza de raciocinio.

—Sí, anulaciones. Por eso encontramos en la Tierra, a cada paso, grandes talentos frustrados para la dirección que anhelarían imprimir a sus propios destinos... Inteligencias vigorosas, desde temprano, obstaculizadas en la obtención de cualquier gloria académica, y por esa razón, detenidas en artesanos oscuros o en cargos sencillos, en larga y dolorosa subalternidad, en los cuales atesoran humildad y equilibrio, paz y moderación; artistas contrariados en las más altas aspiraciones, arrastrando defectos físicos e inhibiciones que les obstaculizan temporalmente las manifestaciones y bajo las cuales adquieren la reeducación de los propios impulsos con el respeto necesario para con los sentimientos del prójimo; mujeres de profunda capacidad afectiva unidas a cuerpos que les deprimen la presencia, aprendiendo en terribles conflictos del alma cuanto duele la deserción del hogar y los menosprecios a los compromisos de la maternidad; hombres hábiles y enérgicos, cargando con frustraciones insidiosas y ocultas que les prohíben la euforia orgánica, en el estado físico, de manera que edifiquen el espíritu de entendimiento y caridad, en lo íntimo de sí mismo...

La conversación admirable, que valiera por aula inolvidable en el ánimo de los oyentes, fue repentinamente interrumpida por el abrazo de Ambrosio y de Priscila que esperaban a los peregrinos fuera de las puertas.

Saludos, bendiciones, votos, alegrías.

El servicio religioso en el hogar se revistió de las características del Evangelio en casa, en los domicilios cristianos de la Tierra.

Sin embargo, había, allí, en aquella simple tienda, un valioso trabajo de extensión del apoyo espiritual a los amigos sufridores de la vecindad.

Veintidós entidades, de las cuales veinte mujeres y dos hombres, habían venido de la *gran nebulosa* cercana para escuchar la palabra del Hermano Claudio, entremostrando ansias de tranquilidad y de transformación.

Se iniciaron las tareas en los moldes de las reuniones evangélicas del mundo, suplementadas por la conocida orientación espírita-cristiana, portadora de la interpretación respetuosa, pero libre, de las enseñanzas del Señor.

En la fase final, pases de reconfortamiento y mensajes de esclarecimiento, advertencia y ternura.

Ocasiones de servicio despuntaron del cuadro para Ernesto y Evelina, que, por designación del orientador, suavizaron los padecimientos de dos de las hermanas visitantes, cubiertas de lágrimas, después de los comentarios escuchados.

Todo el equipo se dedicaba a conversación edificante, en la despedida, acompañando a los participantes humildes de la semillera evangélica, fuera de la casa, cuando, emergiendo de entre la niebla, un compacto grupo de Espíritus burlones y dementes apareció.

Exploataron improperios, mezclados de guasas y de frases groseras.

Previendo, principalmente a los dos reclutas, Claudio avisó:

–No se aflijan. Lo que ocurre es normal...

–¡Bellacos! ¡Desaparezcan, desaparezcan de aquí!⁵ –rugió uno de los atacantes de voz descomunal– no queremos sermones, ni pedimos consejos.

Amainando la oleada de insultos, Claudio tomó la palabra y habló alto, sin alterarse:

–¡Hermanos!... ¡Para aquellos de vosotros que deseáis vida nueva con Jesús, somos compañeros más íntimos desde ahora!... ¡Venid a la verdadera liberación! ¡Unámonos en Cristo!...

–¡Hipócritas!... –respondió la misma voz atronadora, seguida por las carcajadas irónicas de muchos– ¡nada tenemos con Jesús!... ¡Enmascarados! ¡Todos vosotros sois iguales a nosotros, vestidos con la capa de santones!..., ¡Nosotros somos quienes podemos llamaros para la libertad!... ¡Suelten las alas de barro!... ¡Ángeles mutilados!... ¡Perros adornados!... ¡Vosotros sois tan humanos, como nosotros mismos!... ¡Si sois valientes, dejad de ser burros viejos con el freno de la disciplina y venid a ser libres como nosotros lo somos!...

Dicho eso, la multitud avanzó sobre el grupo fraterno, pero Claudio, evidentemente en oración, levantó la mano derecha y un haz de luz cortó el pequeño espacio que aislaba a los agresores.

La chusma de infelices se paró, aterrada. Algunos cayeron al suelo, como traumatizados por fuerza incomprensible, otros resistieron escupiendo injurias, al tiempo que otros huían en desbandada...

Todavía, de entre aquellos que se mantenían en pie, uno de ellos, muy joven, bramó con acento inolvidable:

–¡Evelina!... ¡Evelina!... ¿Estás aquí?... ¡Oh! Estoy vivo, ¡estamos vivos! ¡Quiero a Jesús! ¡Jesús!... ¡Socorro! ¡Socorro!... ¡Quiero a Jesús!...

Claudio concedió, compadecido: –¡Ven!... ¡Ven!...

El mozo se separó de la cuadrilla, siguió en la dirección que Claudio le señalaba y, en pocos momentos, la señora Serpa, temblorosa y consternada, tenía ante ella a Tulio Mancini, el mismo muchacho a quien amara en otro tiempo y que, según, estaba, convencida, había caído en las tinieblas del suicidio por su causa.

⁵ Comprendemos la inconveniencia de las citas peyorativas, sin embargo, aunque disminuidas, creemos que las reacciones de los compañeros menos felices, internados en regiones hospitalarias o purgatorias, deben aparecer en este relato, de forma que no huyamos del encuentro con la verdad. –Nota del autor espiritual.

NUEVOS RUMBOS

La señora Serpa, estática, no conseguía articular palabra.

–¡Evelina!... ¡Evelina!... –gritaba el muchacho como demente de júbilo– ¡Ahora! Ahora que te vi, reconozco que estoy vivo... ¡Vivo!...

Claudio consideró la delicadeza del momento y recomendó medidas para que el muchacho fuese abrigado en el hogar de Ambrosio, hasta que se le proporcionase hospitalización conveniente, de forma que se adaptase al medio como se imponía.

Después de pases reconfortantes en que se le sosegaron las emociones, Tulio Mancini fue conducido a la morada de los modestos amigos que le recibieron alegremente, mientras el grupo de auxilio regresaba al campo doméstico.

Distinguido psicólogo, el Hermano Claudio se abstuvo de cualquier alusión personal, a no ser por las frases ligeras con que notificó a Fantini y a la señora Serpa la posibilidad de volver a ver al amigo reencontrado al día siguiente, si lo deseasen, prometiendo indicarles la dirección precisa, toda vez que esperaba situarle en una dependencia de reajuste y descanso, tan pronto como pudiese ver a alguna de las autoridades a cuya orientación se vinculaba la obra asistencial.

Ernesto, a su vez, estimada oír a la compañera con respecto al suicida que les fuera motivo de tantos comentarios, desde su primera conversación; sin embargo, callábase, observándola, francamente aturdida y apoyándose en su brazo en profundo silencio. En su cabeza, Fantini, tenía pensamientos contradictorios, desordenados, sugiriendo preguntas sin respuestas.

¿No era Tulio un suicida? –se preguntaba. Leyera bastante material informativo sobre suicidas, más allá de la muerte, y creía estuviesen ellos normalmente agobiados en las duras penalidades a las que se imponían por el desacato a las Leyes de Dios.

¿Por qué motivo escapara Mancini a los correctivos que merecía, vagando a su voluntad en la provincia de los alienados mentales, entre Espíritus rebeldes y vagabundos?

Hombre educado, sin embargo, buscó enmudecer consideraciones y preguntas para únicamente reverenciar la perplejidad de la amiga que, desde hacía mucho, le ganara el corazón.

Paso a paso y diálogo a diálogo, el equipo se dispersó entre saludos de fraternidad y votos de paz.

A solas con Evelina, el generoso amigo, para disipar los pensamientos violentos de que la veía rodeada, sonrió y dijo de excelente humor, infundiéndole calma y optimismo:

–Excelentísima señora Serpa, si alguna duda nos quedaba sobre la muerte de nues-

tros cuerpos físicos que ya deben haber desaparecido en el seno de la tierra, ya no nos es posible de ahora en adelante ninguna incerteza.

Ella trató, en vano, de sonreír. Se sentía aplastada, abatida...

Ernesto redobló sus esfuerzos para llamarla al reequilibrio y, después de larga serie de alegatos constructivos, resaltó:

—¿Acaso, no hemos solicitado trabajo? ¿Quién podrá asegurar que no hayamos sido inducidos, sin darnos cuenta, por las autoridades de aquí, al encuentro de hoy? Ese Tulio que fue, un día, tu compañero de sueños, será tal vez para nosotros el comienzo de nuevos rumbos... Una nueva ocupación, un camino de acceso a la elevación espiritual a que nos corresponde dar inicio... Tú estarás de acuerdo en que le vemos necesitado de todo... Aquella voz atormentada, aquellos ojos de enfermo no nos engañaban. Estamos ante alguien que solicita atenciones inmediatas y, en rigor, siendo personas de su relación, es nuestro familiar cercano. Somos ahora los únicos familiares que él posee.

Como la amiga se refiriese, de paso, al dolor, mezcla de asombro, que el descubrimiento le causara, Fantini volvió al buen humor del principio y bromeó, de brazos abiertos:

—¿Qué esperarías mejor la señora Serpa, con el fin de trabajar?

Clavó las manos en la cintura, en un gesto que le era peculiar, y añadió:

—Además, mi querida amiga, recuerdo aquí la declaración filosófica de un viejo compañero: “convivid y purificaos”. Estamos desencarnados y necesitamos, como nunca, del perfeccionamiento moral. Si la presencia de Tulio nos llama al servicio que probará nuestra capacidad de amor al prójimo, no dudemos en abrazar las nuevas obligaciones.

Algunos días transcurrieron hasta que los dos amigos volvieron a ver al muchacho, ya entonces, suficientemente mejorado, después de los cuidados recibidos.

Ernesto le contemplaba, curioso, en el primer *tête-à-tête*, pero Evelina se sentía tomada de sorpresa y de inquietud.

Aquel era Tulio Mancini, pero un Tulio Mancini diferente. Los ojos penetrantes, cuando eran posados sobre ella, denunciaban sentimientos extraños. Ni a ella, ni a Fantini pasaban desapercibidos los propósitos enfermizos naciéndole allí mismo, ante ellos dos, sin que el muchacho se pudiese íntimamente visto y analizado.

Sin ningún impulso intencional, Ernesto y Evelina cambiaban impresiones, telepáticamente, reconociendo con más claridad que les era posible conversar por el idioma del pensamiento, de forma espontánea, principalmente allí, ante un compañero que no comulgaba su mismo nivel de ideas, ni de emociones. En aquel momento, tenían la convicción de leer en el alma de Tulio, como en un libro abierto.

Registrando las afirmaciones entusiasmadas del muchacho, creyéndose vivo en el mundo físico por el hecho de haber reencontrado a su ex-novia, los dos amigos no se animaban a deshacerle, de pronto, la ilusión.

—Lo que más me espanta es haber aguantado eso aquí, tanto tiempo, con el flagelo de la duda... —suspiró Mancini, aliviado.

La señora Serpa trató de modificar el curso de sus pensamientos, con el evidente propósito de prepararle para la verdad, e interpuso con bondad:

—Por mi parte lo que más lamenté fue tu actitud, disparando contra ti mismo, en un acto de locura...

–¿Yo? ¡¿Yo?!... ¿pues tú no supiste? –respondió el muchacho, admirado– ¡nunca hice eso!...Tuve, es verdad, la flaqueza de pensar, un día, en matarme con veneno por tu causa, pero, después, reconocí que tu no me despreciabas y yo quería, a cualquier precio, reconquistar tu afecto. Sucede, sin embargo, que en su ansia de colocarme fuera del campo, Caio fue a buscarme, pidiéndome fuera con él a mi oficina, para consultar un libro de Derecho Internacional. Como alegase urgencia, no vacilé en prestarle el favor. Era día festivo y las salas próximas estaban cerradas. A solas conmigo, abandonó los asuntos de la profesión, y pasó a acusarme. Dijo que mi cobardía, al recurrir al veneno, avaló el amor que existía entre él y tu... Intenté justificarme... Cuando me detenía a considerar la pureza de mi afecto, aquel bruto escupió insultos que no consigo olvidar y, sacando un revólver, me alcanzó en el pecho... Caí al suelo y nada más vi... Desperté, no sé cuando, en un cuarto de hospital y, desde entonces, vivo enfermo e indignado, buscando recuperar la salud para enseñar a aquel buitro cuanto vale mi venganza...

Un rayo que cayese, allí, sobre los tres, no habría abatido el ánimo de la señora Serpa tanto como aquella revelación terrible.

En un instante, comprendió que Tulio no abandonara el cuerpo por el suicidio, pero sí alcanzado por el arma de aquel a quien desposara en el mundo, al tiempo que Fantini, estupefacto, concluía que el muchacho fuera víctima de un crimen desconocido entre los hombres; y fuese porque afligidos pensamientos de culpa le golpearan el cerebro o bien porque notaba en el muchacho el deseo indisfranzable de quedarse a solas con Evelina, le rogó telepáticamente que no hiciese el más mínimo esfuerzo por traer a Mancini a la realidad y que tuviese paciencia, hasta que pudiesen establecer planes de socorro al infeliz muchacho.

La señora Serpa entendió y Ernesto pidió permiso para apartarse.

Quería pensar, reposar...

Además, pensó, era natural que los dos tuviesen confianzas, de corazón a corazón.

Más tarde se reunirían.

Aunque contrariada, Evelina accedió.

Cuando se volvió, sin embargo, a su ex-novio, se sintió algo desamparada, como si enfrentase peligros ocultos.

Mancini la convidó a un pequeño paseo por el parque de la institución en la que se albergaba y, en pocos instantes, están, uno al lado del otro, con pasos lentos, entre macizos de flores y árboles protectores, respirando el viento embalsamado de nutritivos perfumes.

–Evelina –inició él–, ¿quién es ese viejo que llevas en bandolera?

La interpelada se mostró penosamente impresionada por la agresiva frase, pronunciada en tono sarcástico; sin embargo, respondió, gentil:

–Se trata de un amigo notable, a quien debo inestimables favores.

El porfió:

–Comprende que sufrí mucho para encontrarte... Ahora, no cedo tu compañía a ningún hombre, aunque ese hombre fuese tu padre...

Ella se disponía a responder, solicitando moderación; pero, Mancini continuó, eufórico:

–Evelina, tengo un mundo de cosas por conocer, por preguntar y por oír de ti... No sé, realmente, si he estado loco. ¿Dónde estamos? ¿Qué hacemos?... Mientras tanto, prefiero hablar de ti y de mí, únicamente de nosotros dos...

A esa altura del diálogo, se encontraron con un pequeño y bonito cenador, totalmente cubierto de enredaderas.

Tulio, con voz suplicante, imploró hiciesen allí una parada de descanso. Sentía dolores, cuando se movía en demasía, alegó. Desde, el disparo recibido, no se sentía el mismo. Evelina obedeció maquinalmente impulsada por la compasión.

Se acomodaron ambos en uno de los bancos existentes en el recinto dulce y rústico.

El muchacho paseó la mirada por todas las direcciones, como certificándose que se hallaban completamente solos y, a continuación, cerró la única puerta del recinto, que pasó a recibir la luz y el aire a través de las altas y estrechas ventanas que casi llegaban al techo. Volviéndose a su compañera, mostraba en el semblante tamaña expresión de sensualidad que la señora se estremeció.

–¡Evelina!... ¡Evelina!... –rogó él, apasionadamente– tú sabes lo que he esperado por este momento de felicidad, durante todos estos años de angustias... ¡Tú y yo, juntos!...

Ella no fue totalmente insensible a la llamada afectiva de aquel hombre joven al que amara, y se enterneció. Rememoró las noches de susurrante ternura, en los parques y en los cines, antes de comprometerse con Serpa. ¡Si!... ¡Aquel era Mancini, el muchacho que tanto la impresionara! La misma simpatía y la misma voz de enamorado, sugiriendo la renovación del destino. Instintivamente, rememoró las infidelidades del marido, la burla revestida de bellas palabras que tantas veces recibiera de él en casa y, por un momento, el corazón osciló otra vez, entre los dos, como ocurriera en los tiempos de noviazgo... Tulio estaba, ahora, ante ella, prometiendo, de nuevo, un amor ardiente y tranquilo... Se sintió como embriagada por las consideraciones que oía, pero la conciencia vigilante la condujo al reajuste. Se sentía dominada por un extraño sentimiento que la inducía hacía él; sin embargo, al mismo tiempo, algo en Mancini, en aquel instante, le imponía miedo y cierta repugnancia. No era ya, el caballero de otra época. Se mostraba imponderado, desabrido. Moralmente recuperada, Evelina confesábase a sí misma que no le cabía el derecho de ceder a ninguna sugestión incompatible con su dignidad femenina. Se casara. Debía al esposo lealtad y acatamiento. La conciencia controló a la sensibilidad. El conocimiento de los compromisos adquiridos le conservó el alma noble y sincera. Se impuso fortaleza y serenidad, decidiendo permanecer por encima de emociones que no se justificaban.

Mientras semejantes reflexiones le calentaban la cabeza, Mancini proseguía:

–¡Déjame recostarme en tu regazo, solo un momento!... ¡Evelina, quiero sentir el calor de tu corazón!... ¡Tengo necesidad de ti, como el sediento cuando se aproxima a la fuente! ¡Compadécete de mí!...

Notando los gestos de desconsideración que el pasara a asumir, la muchacha intentó retroceder y replicó, valerosa:

–¡Tulio, contento! ¿No sabes que me casé con Caio, que tengo la responsabilidad de un hogar?

–¡Oh! ¡El infame!... Entiendo que mi larga ausencia te haya llevado a casarte con ese canalla, pero eso no se queda así, no...

Y, después de pausar, algunos instantes, prosiguió para la compañera aterrada:

–¡Evelina, sé que tu no eres indiferente a lo que siento! ¡Vamos!... ¡Di que prestas atención!...

Acto seguido, intentó besarla.

A pesar de su asombro y temor, ella recobró ánimos y, retrocediendo, reaccionó indignada:

–¿Tulio, qué es esto? ¿No estarás loco?

¡He pensado en ti, día y noche... Desde que recibí el balazo de ese bellaco al que llevaré a la cárcel, no tengo a nadie más en el pensamiento!... ¿No te compadeces de mí?

El tono conmovedor de aquella voz le hería hondo el alma; sin embargo, la señora Serpa objetó, firme:

–Comprendo tu estima y agradezco el recuerdo, pero ¿consideras justo atacarme así, irrespetuosamente, cuando ya te dije que tengo un marido y, por ello, cuentas que prestar?

Mancini se calló por momentos, en seguida, exhibió en los ojos desvariados la perturbación que pasó a dominarle los mecanismos de la mente, transfiguró el llanto en escarnio y se deshizo en terrible carcajada.

–¡Un marido!..., ¡Un marido, aquel canalla!... –se burló. El pueblo de donde vengo ahora, el pueblo de la *tierra de la libertad*, tiene toda la razón... Entiendo, tú ahora formas parte de los santos, pero yo no soy un enmascarado. Soy lo que soy, un hombre con las funciones que me son propias... ¿Te quiero a ti y eso te escandaliza? ¡Buen chiste!... Tú eres una mujer como las otras, tú no eres mejor que todas aquellas que conozco en la *tierra de la libertad*, sólo que tú te ocultas en la capa andrajosa de la disciplina...

–Sí –suspiró Evelina, molesta–, no niego mi fragilidad humana... ¿No crees, sin embargo, que la disciplina es la mejor manera de educamos y de dignificar nuestros sentimientos?

–¡Ja! ¡Ja! Ja!... –se mofó él– obediencia es la camisa de fuerza en la que los hipócritas meten a los simples, pero tú cambiarás de idea...

La muchacha agobiada se confiaba a la oración muda, implorando socorro a los poderes de la Vida Mayor.

Mientras tanto, el compañero avanzaba, mofándose:

–Mira dentro de ti misma y verificarás tu disfraz... Tú eres un ángel con pies de plomo, igual a los otros monos disfrazados que andan por ahí. Olvídate de eso... ¡Todos somos libres!... ¡Libres, hijos de la Naturaleza para hacer lo que queramos!... ¡Proclama tu independencia si no deseas acabar en la Cénsala ⁶ de los tartufos ⁷ de la sumisión!...

Mancini se acercó a ella y estaba a punto de agarrarla, cuando alguien providencialmente llamó a la puerta.

A pesar de la contrariedad, Tulio se rehizo, de inmediato, y fue a atender la llamada.

⁶ Grupo de casas o alojamiento destinados a los esclavos.

⁷ Hombre hipócrita; falso devoto.

El mensajero explicó en seguida su condición. Se trataba de un ayudante del Instructor Ribas y venía de su parte, a fin de conducir a la hermana Evelina Serpa al Instituto de Protección Espiritual, para la solución de un asunto urgente.

La señora respiró aliviada y notó que fuera escuchada en la silenciosa petición y, mientras agradecía, en pensamiento, el amparo salvador, Tulio, seguido igualmente de cerca por el emisario, regresó a la casa de reajuste, donde fue recogido a la celda especial, destinada al servicio de aislamiento y tratamiento.

MOMENTOS DE ANÁLISIS

Atendiendo a la solicitud de Ernesto y de Evelina que ansiaban por esclarecimiento, en el embarazo que la presencia de Tulio dejaba en sus cabezas, el Instructor Ribas les fijó un encuentro, al que llegaron puntualmente.

En el ambiente acogedor del Instituto, el amigo escuchó pacientemente sus preguntas.

¿Qué significa la perturbación del muchacho? ¿Cómo lograrían los dos, principalmente Evelina, auxiliarle correctamente? ¿Les sería lícito rogar al Instituto alguna información, sobre las acusaciones de Mancini contra Caio Serpa? ¿Estarían ambos capacitados para asumir la responsabilidad de ayudar al infeliz muchacho?

Después de escucharles, el orientador compartió con ellos una mirada de dulzura y les advirtió;

–Vosotros ya reiterasteis diversas peticiones de acceso al trabajo espiritual; no os extrañéis si llegó el momento de empezar.

Después de una pausa transformada en sonrisa:

–Tulio Mancini es el punto de inicio de la obra redentora que abrazáis. Investigad vuestros propios corazones, especialmente nuestra hermana Evelina, y verificad la pena que sus dificultades os causan. Donde el amor respira equilibrio, no hay dolor de conciencia y no existe dolor de conciencia sin culpa.

–¡Oh! Instructor –clamó la señora Serpa–, ¡diga, por amabilidad, todo lo que debo hacer!

–Os hablaré como a hijos, porque entre padres e hijos no prevalecen susceptibilidades...

Cambiando de tono:

–Hermana Evelina, ¿qué sensaciones fueron las tuyas, viéndote a solas con el amigo recién encontrado?

La muchacha, que formulara el íntimo propósito de afrontar la verdad, fuesen cuales fuesen las consecuencias, admitió:

–Sí, al verme a solas con él, sin nadie observándonos, me detuve en los recuerdos del pasado, cuando suponía haber encontrado en él al hombre de mi preferencia. Me sentí transportada a la juventud, y entonces...

–Y entonces –el mentor benevolente completó la frase reticente– tus propias vibraciones le fortalecieron la agresividad afectiva.

–Entretanto, recordé, súbitamente, mis compromisos conyugales y me retuve.

–Hiciste muy bien –sopesó Ribas– aun así, tu corazón habló sin palabras, provo-

cando nuevas secuencias del desajuste emocional de que Mancini fue víctima, en la experiencia terrestre, en gran parte motivado por tus promesas no cumplidas.

–¡Oh! ¡Dios mío!...

–No te aflijas. Somos Espíritus endeudados, ante las Leyes Divinas, y estamos situados en la franja de expresiva transición, la transición del amor narcisista al amor desinteresado. Tenemos teorías de santificación para el sentimiento, pero, en la esencia, somos, en la práctica, simples novatos. En la esfera de los pensamientos nobles, asimilamos el influjo de los Planos Gloriosos; sin embargo, en el campo de los impulsos inferiores, cargamos aún con la enorme carga de deseos deprimentes, que se constituyen en vigorosas llamadas a la retaguardia.

Impresionado, Fantini interpuso:

–Quiere decir que el hombre terrestre...

–Es un ser de inteligencia refinada por los poderes que adquirirlo en el caminar evolutivo en que se empeña, desde hace muchos siglos, pero todavía tambaleante, en general, entre animalidad y humanización, no obstante, los casos particulares de criaturas que ya se encaminan de lo humano al angelical. La mayoría de nosotros, clasificados en la escuela de la Tierra, nos encontramos en tránsito de la poligamia a la monogamia, en lo referente a la devoción sexual. De ahí deriva la obligación de vigilancia sobre nosotros mismos, sabiéndose que el sexo es facultad creativa, en los dominios del cuerpo y del alma.

Pero, denotando el propósito de no apartarse del problema específico de Evelina;

–Comprensible, hermana mía, que tú hubieses sentido el fenómeno de la atracción del que das noticia y muy justa la continencia a la que te decidiste, exhortando el raciocinio claro y responsable a frenar el corazón inmaduro. Nadie alcanzará el puerto de la dignidad espontánea, sin viajar, por largo tiempo, en las corrientes de la vida, aprendiendo a manejar el timón de la disciplina. A pesar de eso, sin embargo, sepamos adeudar a nosotros mismos los errores que cometemos, en lo tocante a los valores afectivos, con el fin de sanarlos o rescatarlos en el momento oportuno.

–Debo reconocer mi deuda con Mancini, hipotecándole en otro tiempo tantos votos de felicidad que dejé para él totalmente vacíos... –suspiró la señora Serpa, desconsolada.

–Eso mismo. Tulio habrá cometido muchos disparates, hasta ahora; sin embargo, tu conciencia de mujer no se eximirá, con certeza, a los compromisos que le caben en este asunto.

–¿Y de qué forma pagar mi deuda?

–Auxiliándole a limpiar sus propias emociones, como se purifican las aguas de un pozo enfangado.

Ante la inquietud que pasó a desasosegar a la joven señora:

–Nada de precipitaciones, ni de violencia. Forzoso es aceptarnos tal como somos y encarar los problemas que nos vengan de nuestros propios desaciertos. No estudiamos para llorar. La hermana, es consciente de que cooperó en el desastre moral del amigo en estudio. Veamos serenamente lo que será posible hacer ahora, de forma que se reponga en la senda correcta.

–Pequeñita como soy, ¿qué conseguiría realizar? –suplicó la muchacha, humilde.

Ribas se aproximó a un largo mueble en el que se adivinaba una complicada pieza de archivo y, tomando una ficha, explicó que allí estaban resumidos todos los infor-

mes que Evelina prestara en su primer contacto con el Instituto. A continuación, aclaró que, en posesión de la versión dada por ella misma, sobre los acontecimientos que le habían atormentado la existencia, él, Ribas, solicitara la obtención de informes complementarios, alusivos al camino que ella eligiera seguir. Vino, así, a saber que Mancini efectivamente perdiera el cuerpo físico por el acto delictivo de Serpa, que lograra burlar a las autoridades humanas con un crimen perfecto, en el que compuso con habilidad la tesis del suicidio. Víctima de la desencarnación prematura, deambulaba el muchacho, durante algún tiempo, como un sonámbulo, en el paisaje terrenal que sirviera de fondo a la tragedia, siendo, más tarde, recogido, allí mismo, en la ciudad de regeneración y recuperación en la que estudiaban ahora la situación. Allí convaleciera por algunos meses; sin embargo, la pasión que Evelina le infundiera livianamente en el alma, hizo que fijara en ella y en torno a ella, sus pensamientos. A causa de esos, se tornara reacio a su propia recuperación, terminando por huir rumbo al tenebroso distrito de la inteligencia desenfrenada, donde se relegara, en los últimos años, a diversos desvaríos. Vinculado a la muchacha que le estimulara, en vano, tantos sueños de ventura y de afecto, se viciara en el territorio de las sombras, desconsiderando su propia respetabilidad. Retornando a aquella posada de consolación y reequilibrio, por efecto del reencuentro con la criatura que permanecía en su mente como electa inolvidable, fuera agraciado con una nueva oportunidad de auto-reeducación.

La señora Serpa y Ernesto seguían, atónitos, la exposición que se destacaba por lógica irrefutable.

A las agobiantes preguntas de la interesada, sobre el comportamiento que le competía adoptar, Ribas aclaró:

–Podemos decirte, hermana mía, que, por tus méritos indiscutibles, benefactores y amigos que tienes en la Espiritualidad Mayor rogaron a los agentes de la Divina Justicia que no te permitiesen la desencarnación sin iniciar el proceso de tu rehabilitación espiritual en la misma Tierra... Así es que, a través de la onda mental de los remordimientos que te quedaron, ante el supuesto suicidio de Mancini, tú atrajiste a tu propio claustro materno al Espíritu sufridor de un hermano suicida, sentenciado por su propia conciencia a experimentar la prueba de un cuerpo frustrado, para valorar con más respeto el préstamo divino de la existencia física. Como es fácil de ver, las angustias de la maternidad malograda te fueron extremadamente útiles en la Tierra, por haberte proporcionado oportunidad para preciosas reparaciones.

–Sin embargo –comentó Fantini–, nos informamos que Mancini no cayó por sí mismo y sí por el arma de su rival.

–A pesar de eso –aclaró Ribas–, no olvidemos que el muchacho emprendió, antes, el lamentable intento, impulsado por la acción de la propia Evelina, dando a Serpa el molde del crimen.

Esbozando benevolente sonrisa:

–Estamos examinando, entre amigos, la ley de causas y efectos.

Entendamos que la justicia funciona en nosotros mismos.

–Pero...

Fantini admirado, inició en balde la vacilante réplica. Ignoraba como entretejer nuevas dudas, ante los conceptos racionales que el mentor tranquilamente hacía patentes.

Fue el mismo Ribas quien retomó el hilo de las justificaciones, señalando:

–Somos mecánicamente impelidos hacia personas y circunstancias afines a nosotros o a nuestros problemas. Suscitando ideas de autodestrucción en la mente de un hombre cuyas atenciones se granjeara, Evelina se transportó de la irreflexión al arrepentimiento después de confirmarle la derrumbada moral en una empresa malograda de suicidio, buscada conscientemente. Sólo entonces, forzada por el arrepentimiento, nuestra hermana comprendió que actuara en perjuicio del muchacho del que obtuviera integral confianza, dañando, en consecuencia, a sí misma. Lastimando a Mancini, se dañaba a sí misma y, en ese estado de emociones negativas, se hizo receptora de una entidad en las condiciones en que suponía haber precipitado al muchacho menos feliz. En vista de ello, se convirtió automáticamente en madre desventurada de un compañero suicida, con el ansia de expiar su propia falta.

Dirigiendo afectuosa mirada a la señora Serpa:

–Pronunciando inconscientemente el deseo de disculparse, sus propósitos alcanzaron el corazón de amigos y benefactores, en el Mundo Espiritual, que solicitaron la concesión de la bendición a la que ya nos referimos. Tú padeciste, pues, antes de desencarnar, la pena de que te juzgabas merecedora, sedienta como te hallabas de propiciar a Mancini la supresión del mal que le habías causado. Tú no pagaste en Tulio la deuda en que te viste involucrada, pero rescataste esa cuenta, junto al suicida anónimo, tan hijo de Dios como nosotros, redimiéndote en el fondo íntimo, según la ley que rige la tranquilidad de conciencia. Y el hermano desconocido, al mismo tiempo que amargó la prueba de la cuna prematuramente inutilizado, comenzó a resarcir la deuda que asumiera consigo mismo, aprendiendo cuanto cuesta y como cuesta el tesoro de un cuerpo físico, utensilio de perfeccionamiento y de progreso.

Ernesto y Evelina escuchaban, sorprendidos.

–Se cumple la Justicia Eterna en el mundo de cada uno de nosotros –remató el profesor.– Dios no nos condena ni nos absuelve. El amor Universal está siempre listo para auparnos, instruirnos, perfeccionarnos elevarnos, santificarnos. El destino es la suma de nuestros actos, con resultados acertados. Debemos siempre a nosotros mismos las situaciones en que nos encuadra la existencia, dado que recibimos de la vida exactamente lo que le damos de nosotros.

–¿Y ahora? –Interrogó Evelina, espantada.

–Las circunstancias te han traído al acreedor al ambiente personal, porque tú, hermana mía, estás felizmente en posición de proseguir en el trabajo restaurador.

–¿Qué hacer, amigo mío?

–Si estás realmente dispuesta a renovar el camino, llegó el momento de ayudar a Mancini a desprenderse de las ideas enfermizas que tu conducta de muchacha poco responsable, le instaló en la cabeza, tornándote para él en una devota preceptora, a replantearle la visión de la vida, en el plano espiritual.

–No puedo desempeñar, junto a él, el papel de compañera...

Ribas le acarició la mano con ternura paternal y señaló:

–Si los errores de la mujer no fueron cometidos, en la situación de pareja en la vida sexual de un hombre, ella no tiene la obligación de ser su esposa, tan sólo porque le deba esta o aquella indemnización en el reino del Espíritu, sucediendo lo mismo al hombre respecto a la mujer. No obstante ese principio, la ley de amor debe efectuarse, independientemente de la forma en que el amor se exprese.

Y en un tono de enternecimiento profundo:

–Aquí mismo, tu podrás regenerar el campo emotivo de Tulio y sublimar tus propios sentimientos en relación a él, amparándole instruyéndole con el grado de mentora maternal. Casi siempre, la recuperación de alguien es una planta sublime del alma que solamente medra porque la abnegación de otro ser se dispone a abonarla con la protección de la ternura y con el rocío de las lágrimas...

Sentíase Evelina bañada de esperanza, Fantini se internó en elevada meditación sobre las realidades eternas y Ribas, presionado por el horario que le convocaba la presencia en otros sectores, prometió continuar la esclarecedora conversación, así que surgiese la deseada oportunidad, en otros momentos.

TRABAJO RENOVADOR

Nueva vida comenzó para Evelina y Ernesto, principalmente para Evelina.

Era indispensable auxiliar a Tulio, bendecirlo, renovarlo.

Para eso, los dos amigos se matricularon en colegio de estudios preparatorios de más altas ciencias del espíritu. Radiantes de esperanza y entusiasmo, adquirieron conocimientos en torno de la evangelización, reforma íntima, sintonía mental, afección, agresividad, autocontrol, obsesión, reencarnación.

A fin de conversar constructivamente con aquel que se le extraviara a la cuenta personal, la señora Serpa se proveía de instrucciones con que le pudiese ganar el raciocinio. Le competía el esfuerzo más grave, deshacerle en la mente el quiste de ilusiones que ella misma creara. Fantini, sin embargo, que se compadeciera profundamente del muchacho menos feliz, de acuerdo con avisos del Instituto de Protección, podría acompañarla a corta distancia, con la obligación de intervenir cuando fuera necesario.

En el día señalado para el inicio de la tarea, subdividida en visitas de esclarecimiento y curación tres veces por semana, Ribas siguió personalmente a los dos obreros al refugio de salud mental en que los nuevos deberes se les imponían.

Integrando diminuta comunidad de enfermos del alma, el joven Mancini se hallaba recluido en solitaria dependencia que el Instructor informó estar construida a base de material aislante contra el impacto de vibraciones susceptibles de agravarle la sed de compañías poco recomendables.

El orientador presentó a ambos compañeros a las autoridades y auxiliares de la posada de reajuste y, tanto Evelina como Ernesto, bajo el beneplácito de la simpatía general, pusieron manos a la obra.

Tulio acogió, encantado, la presencia de la muchacha y, de entrada, le reafirmaba las confesiones de devoción afectiva en ditirambos de lealtad y ternura.

Pero la señora Serpa, redobló cautelas enmarcadas de cariño, suplicando la inspiración de la Vida Mayor, para no fallar en la misión que abrazara.

Los *diálogos terapéuticos* proseguían, puntualmente. A pesar de eso, Mancini no se desligaba de la pasión que le absorbía, recordando un barco lastrado al suelo, incapaz de alejarse del muelle.

Empezase Evelina a preparar clima apropiado a las lecciones y él gimoteaba, como niño enfermo. Se declaraba indispuerto e inhabilitado para el estudio, desconsiderado, ofendido en su dignidad. Se declaraba contrario a cualquier ponderación filosófica, alegando no sentir inclinación para asuntos de fe. Insistía en reconocerse únicamente *un hombre-hombre*, en definición de él mismo, y, en esa condición, no quería una enfermera o preceptora, aunque solícita como la muchacha se revelaba, sino una compañera, la mujer de sus sueños.

Evelina oía pacientemente las burlas y lamentaciones incesantes, amortiguándole los golpes y podándole las impresiones destructivas, siempre asistida por Ernesto que le supervisaba los esfuerzos con generosa atención. Imbuida de las responsabilidades que le señalaban ahora la vida y siendo criatura profundamente emotiva, la señora Serpa se concentraba, de modo constante, en el esposo, invirtiendo en él toda la carga de sus potenciales afectivos. Para sentirse en la posición de tutora maternal de Mancini, sentíase más entrañadamente la mujer de Caio. Por esa razón, mentalizaba su ima, a cada paso, dirigiéndole en silencio sus más bellos pensamientos de amor. Es verdad que Serpa no le había sido el consorte ideal. Además de eso, ahora lo sabía homicida, con refinados recursos de inteligencia para ocultarse. Evelina, sin embargo, humana tanto como cualquier ser humano, ponderaba, para si misma, que él se hiciera criminal por amarla. Eliminaría la vida de Tulio para disputarle el corazón, en desesperado lance afectivo. Ansiaba volver a verlo en persona, disfrutar el calor de su presencia, a fin de revigorizarse para los embates morales a que se confiaba; sin embargo, por más que solicitasen permiso para visitar la familia terrenal, Fantini y ella obtenían regularmente la misma respuesta de los mentores: “es muy pronto”.

Reconfortábanse, por ello, con estudio y trabajo.

De cuando en cuando, el *tête-à-tête* entre ambos. Las confidencias.

Ernesto hablaba enternecidamente de la esposa Elisa y de la hija Celina. Sensibilizado, entretejía en el mágico panel de los recuerdos la imagen de las dos como espejos cristalinos de amor, en que le complacía mirarse, a pesar de que la hija lo tratase, muchas veces, con rebeldía cruel... Ciertamente que la viuda y la joven no afrontaban dificultades materiales de mayor bulto. Les legara renta expresiva. Buena casa. Algún dinero en manos honestas a proporcionarles pensión sólida y los seguros en que montara la defensa doméstica.

Pero... ¿y la ausencia? Se preguntaba, constantemente, junto a la amiga que se le transformara en hermana de todas las horas. ¡La ausencia, la distancia!...

Se perdían los dos en conjeturas, anticipando alegrías de reencuentro. Se hallaban suficientemente informados de que entre ellos y los amados del mundo se levantaba ahora el *muro de las vibraciones diferentes*. Por esa misma razón, no les sería más posible retomarles la atención como quien regresa de un viaje. Les competía la obligación de la conformidad, ante cualquier transformación a que se lanzasen. En ese sentido, hasta allí, habían recibido las más diversas narraciones de *muertos* que procedían de la Tierra, desanimados y tristes, ante la imposibilidad de ser vistos, oídos, señalados, tocados por los familiares. Muchos volvían consolados y esperanzados, como que liberados de lazos y cadenas que les fuesen pesados a los corazones, pero otros muchos regresaban desencantados y sombríos, evidenciando poca disposición para conversar. Se referían a amigos y a los cambios radicales en la vida casera, mencionaban desastres y pérdidas de orden afectivo, de almas inolvidables. Ellos dos, sin embargo, se sentían optimistas, confiantes. Evelina se entusiasmaba, derramándose en nobles impresiones, delante de Ernesto, atento. Caio, en opinión de ella, cayera en deslices; sin embargo, se le rehabilitara en el concepto de esposa por el alto grado de ternura y abnegación a que se elevara, durante los días últimos de la enfermedad que le fuera fatal al cuerpo físico. En verdad, podía haber sido desleal, durante algún tiempo allá, eso podía. Era un hombre con las exigencias naturales de la vida común y obviamente se distraía, mientras le esperaba la cura y la recuperación, pero frente a la muerte, ¡ante la larga separación!... se modificara, parecía haber recuperado la condición de novio, amoroso, tierno... y Evelina, al contemplarlo con los ojos de la mente,

lo suponía afligido e infeliz, en el deseo de librarse de la carne, a fin de recogerla en los brazos. Anticipaba opiniones, mientras Fantini le guardaba, con interés, la dulce expectativa. Solemnizando alegaciones, aseguraba que Serpa cometiera hasta la locura de eliminar la presencia de Tulio, en el intento de desposarla. Fuera eso terrible calamidad, fuera. En el fondo, sin embargo, Evelina mostraba trazos inequívocos de la vanidad de sentirse querida. Declaraba, resoluta, que tal como se esforzaba por Mancini, se desvelaría, más tarde, por Serpa. Se esmeraría en ayudarlo en cualquier reparación que se hiciese necesaria.

Ernesto volvía, entonces, a su biografía, contando historias del hogar. Amaba a la esposa, entrañablemente, y confesaba que practicara muchos disparates, cuando joven, de manera a preservar la tranquilidad doméstica. ¿Y la hija? Celina era una bendición que consolara el corazón en la madurez. Siempre tierna, comprensiva, devota. Soñara para ella un marido bueno, amigo; sin embargo, la dejara a los veintidós años de edad, sin matrimonio a la vista. No obstante, el dolor de padre, distanciado de casa, ponía en la hija la mayor confianza. No le temía al futuro. Además de estar provista de una mensualidad apreciable, enseñaba inglés con maestría. Ganaba dinero y sabía guardar.

Se mantenían, de ese modo, sucesivas conversaciones entre los dos. Sentimentales. Nostálgicas.

Pasados seis meses de atención y adoctrinamiento, en beneficio de Tulio, Ribas vino a examinarlo personalmente, según promesa hecha.

Después de verificar la puntualidad y la eficiencia de Evelina, a través de anotaciones refrendadas por las autoridades orientadoras de la casa, penetró en el aposento del enfermo, catalogado para él como médico en cuidadosa inspección. A la primera mirada, sin embargo, reconoció que Mancini presentaba escaso provecho de las lecciones recibidas.

Apático, denunciaba en la mente una idea central: Evelina. Y con Evelina en el meollo de las más profundas reflexiones, venían las ideas satélites: el ansia de transformarla en objeto de posesión única, el disparo de Caio, el deseo de venganza y las oscuras alusiones de la autopiedad.

Ribas no descubría la más ligera rendija, en aquel corazón pesado de angustia, para infiltrar un solo rayo de optimismo y de esperanza.

A las primeras manifestaciones del interrogatorio afectivo, respondió al instructor, con la tristeza de un enfermo que se sabe sin cura:

–Cómo, doctor, sin Evelina conmigo, nada consigo entender. Si oigo Evangelio, pienso que ella –sólo ella– es el ángel capaz de salvarme; si apunto enseñanzas, sobre el autocontrol, la veo en el pensamiento, como siendo la única palanca, lo bastante fuerte para gobernarme; si escucho exhortaciones a la fe, acabo queriéndola para mi rehacimiento exclusivo; si recibo esclarecimientos sobre la obsesión, termino la clase confesándome a mi mismo que, si pudiese, dejaría este hospital a fin de perseguirla y tomarla en mis brazos, aunque para ello debiese caminar hasta los últimos confines del mundo...

El mentor sonrió, paternal, y aconsejó calma, equilibrio.

–Reflexionemos, hijo mío, en que somos espíritus eternos.

Urge conservar serenidad, paciencia... Felicidad es obra del tiempo, con la bendición de Dios.

El muchacho respondió ácido, irreverente. No pidiera, no aceptaba consejos.

Hábil psicólogo, Ribas se despidió.

A la noche, estuvo con los dos amigos y elogió el trabajo de Evelina.

La empresa de reeducación fuera efectuada con seguridad. Tulio, sin embargo, no reaccionara constructivamente. Se mostraba abúlico, inmerso en las fantasías que estableciera en perjuicio propio.

Y terminó diciendo a Fantini y a la señora Serpa que escuchaban, atentos:

–No veo ningún interés para Mancini en la permanencia aquí. Es forzoso emplear esfuerzos para que acepte, voluntariamente, la miniaturización ⁸.

–¿Renacer? –replicó Evelina, asustada.–¿Será necesario tanto?

Y Ribas:

–Nuestro amigo está mentalmente enfermo, profundamente enfermo, traumatizado, angustiado, fijo... El remedio será comenzar de nuevo... Aun así, tendrá dificultades y desajustes por delante.

El benévolo mentor no trazó advertencias, ni articuló cualquier sugerencia. Y tanto Ernesto, como Evelina, instruidos ahora en los imperativos y pruebas de la reencarnación, silenciaron de golpe, pensando, pensando...

⁸ Miniaturización o restringimiento, en el Plano Espiritual, significa estado preparatorio para nueva reencarnación. –*Nota del autor espiritual.*

ASUNTOS DEL CORAZÓN

Transcurrieron diez meses sobre la tarea asistencial de Evelina y Fantini, al lado de Tulio necesitado, cuando los dos solicitaron entenderse con el Instructor Ribas, en relación con los problemas que les preocupaban el pensamiento.

Ansiaban, más que nada, volver a ver a sus familiares en el plano físico.

Ernesto se convirtiera en un pozo de recuerdos de la esposa y la hija, la señora Serpa no soportaba los recuerdos del marido y de los padres. Como ansiasen por el retorno, ardían de sed de informaciones y aclaraciones.

El orientador los acogió con la llaneza habitual y, después de escuchar sus peticiones de buenos oficios para que les fuese concedida la petición, acentuó, simplemente:

–Creo que vosotros ya estáis en condiciones satisfactorias para la ejecución de la empresa. Os dedicáis puntualmente al trabajo, conocéis ahora lo que es reencarnación, autodisciplina, perfeccionamiento propio...

Y evidenciando entrañable cariño:

–¿Algún motivo particular, más íntimamente particular, en la petición?

Se adelantó la muchacha, cohibida:

–Instructor, vengo sintiendo desoladamente la falta de Caio.

–Esposos que se aman –intervino Ernesto–, cuando están distantes uno del otro, se hacen novios otra vez... ¿Por qué no confesar que también yo ando afligido por abrazar a mi vieja?

–Querido amigo –aventuró Evelina, mirando al mentor de manera expresiva–, reportándonos a la unión matrimonial, arriesgaría una consulta.

–Habla, hija.

–Usted no ignora que, en mi primer reencuentro con Mancini, me sentí, por momentos, la joven poco irresponsable que fui, sintiéndome fuertemente atraída por él. Después, reaccionando, me vi, de nuevo, retrocediendo mentalmente al dominio de Caio, el marido que quedó en el plano físico, dándome la impresión a mi misma de ser un satélite, gravitando entre los dos... Pasé a esforzarme en el auxilio de Tulio y, lentamente, vengo reconociendo que él no es, en absoluto, el hombre que desearía por compañero... Sin embargo, para ayudarlo y tolerarlo, presentemente, siento necesidad de un estímulo...

–El amor a Dios.

–Comprendo hoy que todos respiramos en la misma esencia de Dios; sin embargo, el misterio para mí, está en eso... Sé que nada conseguimos sin Dios, pero, entre Dios y las obligaciones que me caben cumplir, necesito a alguien que me sostenga el espíritu, que sea mi apoyo, en los movimientos cotidianos, en búsqueda de aquel es-

tado de alma que llamamos paz interior, euforia o la misma felicidad... ¿Este hambre espiritual que me hace pensar día y noche en la reintegración con Caio significará que él, mi esposo, es realmente mi amor absoluto? ¿Ese espíritu que será el sol de bendiciones a envolverme para siempre, cuando llegemos a la perfección?

Ribas sonrió y filosofó:

–Todos nos destinamos al Amor Eterno y mientras tanto, para alcanzar el objetivo supremo, cada uno de nosotros posee un camino propio. Para la mayoría de las criaturas, el encuentro del amor ideal se parece, de cierto modo, a la búsqueda de oro en las minas o de diamantes en los yacimientos. Es indispensable tamizar los guijarros o introducir las manos en el barro del mundo, a fin de encontrarlo. Siempre que amamos profundamente a alguien, transformamos a ese alguien en el espejo de nuestros propios sueños... Pasamos a vernos en la persona que se nos transforma en objeto de afecto. Si esa criatura efectivamente nos refleja el alma, el cariño mutuo crece cada vez más, asegurándonos el clima de coraje y alegría para el viaje no siempre fácil de la evolución. En este caso, habremos obtenido apoyo seguro para el ascenso del acrisolamiento moral... En caso contrario, la persona a la que particularmente nos dedicamos acaba devolviéndonos los propios reflejos, a guisa de un banco que nos restituyese o estropease las inversiones por desistencia o incapacidad de celar por nuestros intereses. Entonces, surgen para nosotros aquellas posiciones espirituales que nombramos enfado, desencanto, indiferencia, desilusión...

–Usted deseará quizás afirmar –recordó Fantini– que caminamos en la existencia por vías de la afinidad, de afecto en afecto, hasta encontrar ese afecto inolvidable que se nos levante en la vida como llama de amor eterno.

–Sí, pero entendiéndose el concepto de afecto, sin la estrechez del sexo, toda vez que la unión matrimonial, aunque sublime, es sólo una de las manifestaciones del amor en sí. Determinado hombre o determinada mujer pueden encontrar en la esposa o en el esposo la presencia de su tipo ideal; sin embargo, quizás continúen, después de la boda, más íntimamente vinculados al corazón materno o al espíritu paternal... Y, a veces, solamente encontrarán el lazo de elección en uno de los hijos. En amor, la afinidad es lo que cuenta...

–¿Instructor –dijo Evelina, impresionada– y las uniones de suplicio, las bodas infelices?...

–Sí, la reencarnación es también recapitulación. Muchas parejas en el mundo se forman de espíritus que se reencuentran para la consecución de propósitos determinados. Al principio, los sentimientos se les yuxtaponen, en el sector de la intimidad, como los dientes de dos ruedas que se completan para hacer funcionar la máquina del matrimonio... Después, notan que es imperioso desbastar otras piezas de esa máquina viva, a fin de que produzca las bendiciones esperadas. Eso requiere comprensión, respeto mutuo, trabajo constante, espíritu de sacrificio. Si una de las partes o ambas de las partes se confían al desentendimiento, la obra iniciada o reiniciada viene a caer...

–¿Entonces? –la pregunta de Evelina flotó en el ambiente, revestida de inmensa curiosidad.

–Entonces, aquel de los cónyuges que lesionó el acuerdo, o ambos, según sean las raíces de la desunión, deben esperar la obtención de nuevas oportunidades en el tiempo para la reconstrucción del amor que dilapidaron.

–Instructor, permítame una pregunta. ¿La unión conyugal de dos criaturas que se

aman, cuando es interrumpida por la muerte en el mundo, puede ser reanudada aquí?

Y Ribas, expresivo:

–Perfectamente, si los cónyuges realmente se aman...

Fantini interrumpió:

–¿Y cuándo eso no sucede?

–Aquel que ama sinceramente continúa trabajando, *en este lado de la vida*, por el otro que no le tiene en la Tierra la misma altura de sentimientos, perfeccionando la obra del amor en otros aspectos, a parte de la afectividad matrimonial.

La señora Serpa mostró el semblante iluminado por bonita sonrisa y aseveró, segura de sí:

–Eso no ocurrirá. Tengo hoy motivos para confiar en Caio tanto como confío en mi misma.

–Tu fe –volvió el Instructor– es un retrato de tu sinceridad.

Ernesto contempló largamente a la compañera y le admiró la ternura del alma buena e ingenua. Desde hacia algún tiempo, pasara a sentir por ella un entrañable cariño. Nunca la sorprendiera en el menor desliz. Siempre compasiva, abnegada. Muchas veces se sorprendía ligado a ella por encantadora atracción. ¿Bajo qué prisma la estimaba? ¿Hija, compañera, madre, hermana? No podría decirlo.

Temiendo profundizar en más largas divagaciones, él, el buen amigo, bromeó, en el intento claro de desviar el curso de sus propios pensamientos:

–Instructor Ribas, como sucede en el caso de nuestra hermana, también yo estoy convencido de que mi esposa espera por mí... Sin embargo, ¿si eso no sucede?...

–Si eso no sucede –el mentor frisó las palabras con paternal inflexión de buen humor–, tú, Fantini, disfrutarás, sin duda, de la posibilidad de auxiliarla en condición de amigo fraternal.

–¿Y, en esa hipótesis, me cabría el derecho de elegir una nueva compañera en la vida nueva?

–Las leyes humanas, tanto en el plano terrestre como aquí, son principios susceptibles de alteraciones y, en esencia, no afectan a las Leyes Divinas. En la morada de los hombres, no existe obligatoriedad para el estado de viudez. Se conservan huérfanos de compañía en el hogar aquellos corazones que así lo desean. Rotos los compromisos del casamiento con la muerte del cuerpo, el hombre y la mujer permanecen solos, cuando poseen motivos para eso. Es natural suceda aquí lo mismo. El hombre o la mujer desencarnados guardan aislamiento o no, según los propósitos íntimos que alimenten, entendiéndose, sin embargo, que en cualquier postura disponemos de recursos para honrar el trabajo de edificación del amor puro que acabará imperando, de forma definitiva, en nuestras relaciones de unos con otros.

Evelina, denotando preocupación en la mirada, diligenció recibir mayores conocimientos:

–¿Instructor amigo, usted conoce a compañeros que no consiguieron casarse aquí?

–Yo soy uno de ellos.

–¿Por alguna razón especial? –preguntó Fantini.

–Sucede que el amor conyugal, cuando se expresa en bases del amor puro, continúa vibrando en la misma frecuencia entre los dos mundos, sin que el intercambio de

energías de uno a otro cónyuge venga a sufrir solución de continuidad. Mi esposa y yo siempre estuvimos profundamente unidos. Bastábanos en la Tierra uno al otro, en materia de alimento afectivo. Llegada mi desencarnación, noté en seguida que ella y yo continuábamos en plena vinculación mutua, como si fuésemos partes integrantes de un circuito de fuerzas. En su dedicación espiritual, retiro medios para continuar en mi aprendizaje de amor a todos, sucediendo a ella lo mismo.

–¡Unión ideal!... se regocijó Evelina, extasiada.

Mostrando la ansiedad de que se veía presa, en el sentido de reintegrarse en la ternura del marido distante, comentó, reverente:

–Instructor, noto que hay siempre reserva en nuestros amigos más experimentados de aquí, cuando se dice algo sobre la posible desencarnación de personas queridas que dejamos en la retaguardia... Llego a pensar que eso es asunto prohibido entre nosotros, ¿es así?

–No tanto. A medida que se nos desenvuelve la noción de responsabilidad, comprendemos la reencarnación como un período de escuela. Cada existencia está supervisada por deliberaciones superiores, muchas veces incomprensibles para nosotros.

La interlocutora, denunciando deseos íntimos, profundos, arriesgó:

–Querido amigo, supongamos que venga a reencontrar a mi esposo inmerso en recuerdos iguales a los míos, atormentado, triste... ¿No me sería posible, ni suavemente, fortalecerle en la certeza de que seremos nuevamente felices aquí, prometiéndole la ventura renovada para el más allá de la muerte? Digo eso, debido a que no dejé hijos para distraerle el valor para sufrir, para esperar...

–Huya de pensar así. No tenemos instrumentos para medir la fidelidad de aquellos a quienes amamos, y, aunque su marido estuviese agobiado, en tremendo desajuste, por motivo de su ausencia, no sabríamos si la desencarnación le proporcionaría el remedio adecuado. ¿Quién nos dirá que una más larga permanencia, en el cuerpo físico, no sería la providencia deseable, a fin de que se le revele con más seguridad? Martillar en la cabeza la idea de la muerte significaría, probablemente, ayudarlo a reducir el tiempo en la experiencia material; ¿Y quién nos afirmará con seguridad que él se sentirá feliz, regresando a la vida del espíritu, por imposición nuestra y no por determinación de la naturaleza, siempre sabía, por reflejar los designios del Eterno?

–¡Oh! ¡Dios mío! –y la señora Serpa dejó escapar un suspiro de preocupación– ¿cómo actuar en auxilio del corazón que vive en el mío?

Ribas respondió, afectuoso:

–En muchas ocasiones, cuando decimos que el corazón de una persona late en nosotros, sería mas justo declarar que nuestro corazón es el que late en ese alguien...

Y en tono más cariñoso:

–Dentro de breves días, tú y Fantini podréis viajar, en visita al nido doméstico.

Evelina y el compañero agradecieron, felices. Dulce alegría les bañó el alma, de imprevisto, como si el sentimiento se les desplazase de las brumas del recuerdo para brillar al sol de la esperanza, en nuevo amanecer.

EL REGRESO

Al fin, de vuelta.

Ambos, Evelina y Fantini, manifestaban el contento de niños en fiesta.

La primera visita al hogar, después de dos años.

En la despedida, antes de incorporarse al reducido equipo de compañeros que volverían al domicilio terrestre en condiciones iguales a las suyas, recibieron de Ribas la recomendación:

–Vosotros representáis a nuestra ciudad, nuestras costumbres y principios, portaros en base al nuevo entendimiento. Si necesitáis auxilio, comunicaros con nosotros por el hilo mental.

Un abrazo y los deseos de felicidad en el viaje.

Cuando el vehículo se posó al lado de la Vía Anchieta ⁹, en el punto en que la carretera se bifurca, camino de São Bernardo, el pequeño grupo se dispersó.

Cada excursionista era un ansia itinerante, cada uno un mundo vivo de recuerdos.

El dirigente de la caravana y responsable del vehículo fijó el regreso para el día siguiente. Que los viajeros se reuniesen, allí mismo, transcurrido el plazo de veinte horas.

Nuestros amigos respiraron, maravillados, el viento suave que les saludaba. Sorprendidos. Felices. Les costaba creer estuviesen en la entrada de São Paulo.

Extasiados, contemplaron el cielo lavado e inmensamente azul del atardecer de mayo. En torno a ellos, ráfagas de frío les fijaba recuerdos de tiempos pasados. Caminaban bajo fascinante júbilo que les poblaba el corazón.

Sí, era, la ciudad para ellos familiar, la tierra que amaban... Sorbían ávidamente el aroma de las flores y sonreían a los ocupantes de los coches que, en aquel final del sábado, bajaban a Santos.

Evelina, que traía la mente y el corazón absorbidos por la imagen del esposo, en cierto tramo del camino se situó delante de Ernesto, como si buscase en él un gran espejo, e indagó con ternura ingenua cual era su opinión, en situación de hombre, en cuanto a su aspecto. Quería estar en las mismas características de sencillez y buen gusto, con que el marido estimaba encontrarla en el refugio doméstico. Sabía que la situación era otra. Serpa no identificaría su presencia, desde el punto de vista material, tanto ella lograría verlo; sin embargo, escuchara decir que las personas nostálgicas *veían* a los amados distantes con los ojos del alma, como si tuviesen un televisor en el pensamiento. Si Caio tuviese las emociones y las ideas concentradas en ella, ciertamente notaría sus caricias, aunque para él todo no pasase de simples recuerdos.

⁹ Autopista entre las ciudades de Santos y São Paulo. –*Nota del autor espiritual.*

Ernesto sonrió al oírla y le elogió la perspicacia.

Miró su peinado y el rostro, pidió reajustes en los pliegues de su vestido y aprobó los zapatos, como un padre, alentando a la hija para su exhibición en un baile de debutantes. Después, la acusó con gracia que no le sentaba bien tan alta demostración de coquetería.

La señora se justificó, asegurándose convencida, en cuanto a las preferencias del marido.

Ambos en suave *tête-à-tête*, pisaban ya el barrio del Ipiranga, donde Evelina esperaba encontrar al compañero en la misma casa que les fuera teatro de la ventura. De súbito, se transforma la alegría en inquietud. A medida que se acercaban al antiguo nido, se le oprimía el pecho. Se mezclaba el regocijo con la imprevista angustia. ¿Y si Caio no estuviese en la altura en la que ella lo situaba, amoroso y fiel? La duda se clavó en su espíritu, como estilete envenenado que le atravesase las entrañas.

—¿Ernesto, tú tienes alguna intuición, sobre lo que nos espera? Imagina que, justamente ahora, estoy asustada, tengo las piernas flojas...

—Emoción.

—¿Qué más?

Fantini lanzó una mirada de honda gravedad a la compañera y observó:

—Evelina, ¿recuerdas nuestras lecciones con Mancini?

—¿Cómo no? Pero, ¿qué tiene eso que ver con nuestro problema?

—Meditemos. Durante meses y meses, hemos hablado a Tulio, tú sobre todo, en relación a las cosas del alma... Abnegación, comprensión, serenidad, paciencia... Enseñanzas dadas y recapituladas, conclusiones y repeticiones...

—Sí...

—¿No admites que el Instructor Ribas, con tantas explicaciones sobre el amor y matrimonio, servicio y espiritualidad, dadas a nosotros, no habrá hecho lo mismo, en nuestro beneficio? ¿No crees que él, el dedicado amigo, conversando, a veces de manera exhaustiva, no estaría siendo para nosotros un profesor, mirando lejos?

—Es... es...

—Estemos preparados para cambios...

La señora cortó la conversación. Cambió de tema. Se manifestó recelosa, algo fatigada. Si posible, aceptaría un descanso. No quería acercarse al marido con indicios de malestar.

Ernesto propuso algunos minutos de reposo en los jardines del Museo ¹⁰.

Se dirigieron allá, situándose al pie de fuente amiga, cuyas aguas parecían tener el poder de serenarles los pensamientos.

Como que contagiado por los temores de la compañera, Fantini, de repente, se mostró retraído. En el exacto instante en que se acercaba a la mujer y a la hija, le fallecía el entusiasmo que la romería le producía. Se ensimismó. Evelina notó el cambio y pasó a hablar de alegría y esperanza, encareciendo el mérito de las ideas positivas. El apuntaba las frases de vigorosa confianza a derramarse en el discurso de la muchacha que se hiciera su hermana y amiga, incapaz de alejarse de la tristeza que le acometiera de súbito.

¹⁰ Museo del Ipiranga, en São Paulo. —Nota del autor espiritual.

La señora Serpa, discreta, silenció y, por fin se declaró dispuesta al tramo final del viaje.

Caballeroso, Fantini prometió asistirle, en su primer contacto con el hogar. Que ella comprobase el ambiente doméstico. Si todo respondiese a sus expectativas optimistas, que fuese a su encuentro pues esperaría en las cercanías, con el aviso conveniente y, él la dejaría con el esposo, hasta el día siguiente, mientras él se iría al barrio de Vila Mariana, donde esperaba ver a su familia.

Evelina concordó; no le apetecía quedarse a solas, ni prescindía de su apoyo.

Eran las seis de la tarde. La muchacha ya no veía el cielo paulista, ni las casas, ni los transeúntes. Con el corazón a saltos, se aproximó al hogar. Cruzó el patio delantero y tanteó la puerta de la entrada que le facilitó el paso. Algo en su interior le decía que Serpa estaba en casa y siguió adelante. Temblaba, asustada. Inspeccionó la habitación. La sala era la misma, con pequeñas modificaciones en el mobiliario de sus tiempos. A un lado, el estrecho escritorio del esposo, dejando ver las cortinas abiertas. Penetró allí con la devoción de quien avanza, paso a paso, por los rincones de un santuario. Los libros en orden. De improviso, apareció a su vista, escoltada por diminuto jarrón de flores, una foto de mujer. Examinó las paredes, buscando su propio retrato, según viejos recuerdos, pero no encontró ningún rastro. Se sintió apuñalada por sensaciones negativas. Se le turbó el raciocinio. Fuera substituida, seguro. Sentía la cólera a punto de estallarle en crisis violenta de lágrimas; sin embargo, buscó fuerzas para articular en sus propios oídos las palabras del Instructor: “portaros en base del nuevo entendimiento”.

Recuperada, alcanzó el interior, llegando a un pequeño jardín de invierno, que ella misma instalara junto a la cocina, y el cuadro de amor con que no contaba: Serpa y la joven de la fotografía que viera momentos antes.

Caio acariciaba la diestra de la muchacha entre sus manos, en un gesto de ternura que ella, Evelina, conocía ampliamente.

Entre revuelta y pesar, inició un movimiento de retroceso. Terribles escalofríos le agitaban las fibras del alma, como si extraña lipotimia la subyugase del todo, anunciándole nueva muerte. Quiso correr y anunciarse, al mismo tiempo, gritar y apartarse, para ocultar su gran dolor en el pecho de Fantini, pero no pudo. Sin ser notada por los dos enamorados, no tuvo más remedio que acomodarse en silla próxima, intentando recuperarse. Preguntas contradictorias le subían a la cabeza.

¿Quién era la desconocida? ¿La misma que le torturara el espíritu, con las notas dirigidas a Serpa, adornadas con besos coloridos de carmín? Caio le manifestara amor eterno, durante los últimos días de su permanencia en el hogar y ¿con qué disculpa rompiera los votos que ella mantenía como reliquias del corazón? ¿A qué lazos nuevos se habría entregado el compañero? ¿Estaría casado o se mantenía menos responsable, como hombre que juega con los sentimientos ajenos, menospreciando la vida? ¿Qué le reservaba el futuro?

Se fijó en ambos los circunstantes, francamente asombrada con la indiferencia que revelaban ante ella. Por primera vez, después de la gran liberación, verificaba que los sentidos físicos se encuadraban en límites rígidamente determinados, toda vez que Caio y la compañera, muchas veces, posaban en ella la mirada sin que la viesan; ella, sin embargo, era obligada a verles y oírles, como cualquier persona terrestre común, desde que no se marchase de allí.

La señora Serpa se inquietaba. A pesar de la ansiedad por desaparecer, desertar, la emoción le interceptaba los movimientos.

Con el alma herida, notó que el marido dirigía a la otra aquellas miradas de cariño envolvente que le habían pertenecido. Y aún más. Reconoció el collar de perlas que fuera su regalo de noviazgo, ofrecido por él mismo, adornando el cuello de la rival. Lloró, irritada.

Evelina, sin embargo, a pesar de tener los pensamientos en lucha, ya no lograba deshacerse de la sutil vinculación con las enseñanzas de la ciudad espiritual que pasara a ser su residencia. Por eso mismo, se sentía analizada en el aprovechamiento de las lecciones que aprendiera en el contacto con Ribas y de otros amigos de la Vida Mayor. Recordó a Tulio, al que tan repetidamente enseñara el despego afectivo, y se reconoció en condiciones de egoísmo e inconformidad, quizás mucho peores que las de él. Recurrió a la oración, trató de humillarse, luchó contra Sí misma, concluyendo que Caio tenía el derecho de ser feliz como desease. Despacio, muy despacio, consiguió tranquilizarse, de cierto modo, y empezó a escuchar el diálogo que se mantenía, activo, frente a ella.

–Tú, Vera –proclamaba el abogado, risueño–, encontraste en mí un hombre tranquilo y sincero, debes enorgullecerte de eso.

–¿Y cómo explicas el caso de aquella dama indeseable en la oficina?

–No me vengas con celos. Un abogado no selecciona los clientes en la puerta, soy un hombre del pueblo y no me puedo negar.

–Quieres decir que no tengo el derecho de velar por nuestras relaciones...

–¿Quién dijo eso?

–La llamada telefónica que tuve de esa entrometida me dejó arrasada; lo que ella me dijo de ti...

–Si prestamos atención a todo lo que se comenta sobre nosotros, la vida sería imposible.

–Pero yo, ya no aguanto más.

–¿Vamos, vamos no aguantas el qué?

La joven que Serpa designaba como Vera cayó en llanto. El la atrajo de encuentro a su pecho, bajo los ojos espantados de Evelina, y le susurró en los oídos, después de besarla, varias veces, en el rostro:

–¡Tontita! La felicidad no es flor que se abone con lágrimas. ¡Anímate! soy tuyo y tú eres mía... ¿y qué?

–Si al menos estuviésemos casados, si yo al menos pudiese utilizar tu nombre, sabría como proceder con esas mujeres que hacen de nuestra vida un infierno...

–¡Bobadas!... Tú exageras todo, ya te dije que me caso contigo; no soy hombre sin palabra...

–¡Hace cuánto tiempo espero!

–¿Y hace cuánto tiempo, también yo, aguardo solución al problema de tu casa? ¡Tú no has de querer que yo viva cargando con una suegra loca!...

–Mi madre es una infeliz, no podemos desampararla...

–Ya te lo dije. Mete a esa vieja en el hospicio, que ella ya aprovechó su vida, ahora tenemos que vivir la nuestra... Hoy iremos a Guarujá, quiero ver el asunto por mi mismo.

La joven lloraba copiosamente como respuesta. Mientras Serpa le acariciaba los cabellos, intentando consolarla, Evelina cobró ánimo y se dirigió afuera. Tenía sed de la presencia de Ernesto, ansiaba recuperar su compañía. Imposible retrasarse en el hogar que reconocía haber perdido, para siempre.

Falta de autocrítica, a la vista de la superexcitación de que se veía poseída, tan pronto se vio en la calle clamó por el amigo en voz estentora, y, cuando Fantini apareció al frente, se le lanzó a los brazos, como niña abatida.

–¡Ah! ¡Ernesto, Ernesto!... ¡No lo soporto más!...

El compañero la condujo discretamente a un banco del patio, obligándola a desandar el camino andado y, sentándola junto a él, escuchó la narración de todo lo ocurrido que la señora, encrespada, hacía entre sollozos.

Fantini se compadeció, procurando olvidar sus propias aprensiones. No atinaba con las razones de la ternura que le llevaba irresistiblemente a la señora Serpa; sin embargo, aquel tiempo de graves experiencias, vividas por ambos en común, le convirtiera, para ella, en un amigo incondicional. Escuchándola, compartía su dolor, tomaba su partido. Se olvidaba. Enternecido, se esforzó en tranquilizarla, exponiendo, consejero:

–Es justo el que así sea, Evelina. Caio es joven. Tú y él no formabais una pareja de viejos, como me sucede con Elisa. Admito que él tendrá un lugar en el corazón, particularmente reservado para ti, pero ciertamente experimenta las necesidades del hombre común...

–Pero la muchacha que está con él es la misma Vera que le escribía las notas conocidas por mí... ¡La misma!... Eso demuestra que él era infiel antes de nuestra separación y prosigue infiel hasta hoy...

Ernesto, acariciándole la cabeza en gesto paternal:

–He pensado... pensado... ¿No crees que la muerte nos entregó a nosotros mismos y que Dios nos concedió benefactores abnegados, y estos nos ampararon y esclarecieron a fin de poder enfrentarnos a las verdades que hoy estamos viviendo? ¿Qué habremos hecho de la existencia en el mundo? ¿Un curso de egoísmo o un aprendizaje de abnegación?

Su voz estaba encharcada de llanto íntimo.

–¿Tendrías un esposo para amar o para convertir en un objeto de adorno? ¡Hablamos tanto de devoción, cuando estamos ligados al cuerpo terrestre!... ¿No será después de la muerte el momento más propicio para la demostración de nuestros juramentos? ¿no habrá llegado el instante en que Serpa necesite más de consideración y de cariño?

No tanto por las palabras, si no más bien por el tono en que fueron pronunciadas, se vio la muchacha inclinada a la piedad.

En el fondo de su imaginación, empezó a juzgar al marido bajo nuevo prisma. Caio era un hombre joven y los designios del Señor lo mantenían vinculado al envoltorio físico. ¿De qué modo exigirle una ruta de austeridad afectiva de la cual se hallaba todavía tan distante? Estuviera recluida, en el Mundo Espiritual, durante dos años, sin verlo siquiera. ¿Cómo criticarle la conducta? ¿Y por qué hostilizar a la chica que lo seguía? ¿No viera sus lágrimas de sufrimiento, recibiendo los sarcasmos del esposo irreflexivo y voluble? ¿Acaso, no conseguía verla, ocupando su lugar junto a él, recibiendo su dedicación incompleta y heredando las preocupaciones que ella misma atravesara?...

Fantini rompió la pausa y la arrancó de la ligera elucubración, justificando, sensato:

–Evocando las lecciones de Ribas, concluyó para mí mismo que nuestros instructores te impulsaron, a esta excursión, para que aprendas a perdonar y... ¿quién sabe? Quizás esa muchacha...

–¿Quizás el qué? –objetó Evelina, ante las desmayadas reticencias.

–Quizás esa muchacha sea la persona a la que debas implorar la gracia de ser la nueva madre de Tulio. Hemos estudiado temas complejos de pasión y desequilibrio, culpa y reencarnación, induciéndonos a pensar y pensar... Por otra parte, Ribas nos mostró las necesidades de Mancini, sin ofrecernos la menor sugerencia; sin embargo, sabemos que el muchacho está a nuestro cargo, en la presente fase de reajuste, después de haber perdido el cuerpo físico por el disparo de Serpa... ¿No admites que Caio debe restituirle la experiencia terrenal con la devoción y la ternura de un padre? ¿Y qué mejor ocasión encontrarás, además de la de ahora, para ejercer las enseñanzas de Jesús, amando a aquella que consideras enemiga y transformándola en instrumento de auxilio, en beneficio del hombre endeudado al que amas?

La compañera comprendió el alcance de semejantes ponderaciones y cayó en los brazos del amigo, en copioso llanto, exclamando:

–¡Oh! ¡Ernesto!... ¡Ernesto!

Algunos instantes después un coche salió del garaje, conduciendo a la pareja.

Evitando los sollozos, Evelina informó haber oído que los dos se dirigían a Guaruja.

Mientras el joven abogado dejaba el volante del vehículo para cerrar la casa, Fantini contempló a su joven compañera y se puso lívido. Entonces, más profundamente chocado quizás que la señora Serpa, tartamudeó, arrasado de angustia:

–¡Evelina, Evelina, escucha!... ¡Esa muchacha... esa muchacha es Vera Celina, mi hija!...

REVISIONES DE LA VIDA

Los dos amigos desencarnados ignoraban como definir el estupor que les tomara.

Fantini, desconcertado, se acordó, en un instante, de la casa rústica que poseía en la playa, y, sin pestañear, invitó a Evelina a tomar juntos el coche acogedor, en el asiento trasero.

Amargas conclusiones pasaron a dominarle.

Entonces, ¡aquella era la joven a que tantas veces se refiriera la señora Serpa!... ¡Vera Celina! ¡Su propia hija!...

El auto empezó a deslizarse y lágrimas grandes le humedecían el rostro.

La compañera, como reconfortándole sin palabras, tomó su mano en un gesto de cariño. Percibía su dolor de padre. Él la miró por entre el velo del llanto y dijo solamente:

–¿Entiendes cuánto sufro?

–Cálmate –murmuró Evelina, compasiva–, somos ahora más hermanos.

Transcurridos algunos momentos desde la partida, los ocupantes de delante iniciaron el cambio de impresiones sobre las banalidades de la marcha, hasta que uno y otro notaron mentalmente la influencia de los acompañantes invisibles.

Acordándose, de súbito, de Evelina, la rival arriesgó un alegato:

–Caio, a veces pienso indagando a mí misma si no serás un apasionado de la memoria de tu esposa...

–¿Yo? era lo que faltaba...

–Siempre escucho, sobre ella, las mejores referencias.

–No era mala.

–¿Y tú no sientes recuerdos, no la sientes en el corazón?

Caio rió y bromeó:

–No siento vocación para convivir con los muertos.

–No digas eso. Quiero referirme a tu dolor natural al perderla.

–Tú sabes que Evelina estaba muerta para mí, mucho antes que el médico firmase su fallecimiento...

–En muchas ocasiones, me sorprende, al examinar su retrato... Esa fisonomía dulce, esos ojos grandes y tristes... ¡Imposible que no te hubieses casado por amor!...

–Sí, me casé por amor; sin embargo la vida tiene sus momentos. Primero, la pasión y, muchas veces, después... el desinterés.

–¿Pero, puedes precisar el motivo de tu desencanto?

–¿Quieres saberlo?

–Sí.

–Bien, tenía la ambición de ser padre; Evelina, con todo, era débil, enfermiza. Creo que tenía taras de familia. Mientras no abortó, no le vi los defectos... Pero, después que se reveló enferma e incapaz, los lazos del matrimonio se hicieron demasiado pesados para mí... En los últimos momentos de su vida, era una mujer rezadora y llorona...

Por fin en risa franca:

–La solución era inventar viajes para estar contigo...

La señora desencarnada se asía más fuertemente en Ernesto, buscando apoyo para soportar con denoto semejantes irreverencias.

Vera, dando la impresión de quien no deseaba terminar en la falta de respeto, desvió el rumbo de la conversación, preguntando:

–¿Caio, no podremos a nuestra vez, soñar con una casa enriquecida de hijos?

El lanzó una rápida pero expresiva mirada, atento al volante, y contestó:

–Depende...

–¿Depende de qué?

–En lo referente al matrimonio, sé que nos casaremos, pero piensa, Vera. El asunto de criar hijos no es un juego. La salud de tu madre no me anima, esas manías, esas crisis.

Como si fuera sacudido por los pensamientos del suegro desencarnado a proyectarse en su mente, partiendo de la retaguardia, Serpa preguntó:

–¿Y qué me dices de tu padre?

La joven perspicaz recordó inmediatamente que su padre encontrara la muerte en condiciones idénticas a las de la señora Serpa, pero, temiendo hablar de ello, mintió con intención, asegurando:

–Mi padre era un hombre robusto, de salud impecable, siempre joven, pasaba, para mucha gente, como hermano mío...

–¿Qué le marcó el final?

–Se operó de unas verrugas sin importancia y no tuvo el cuidado necesario. Antes de cicatrizar completamente, se puso a cavar en el jardín, se cortó y cogió la infección que se lo llevó...

–¿Tétano?

–Eso mismo.

–¿Psíquicamente, cómo era?

–Un hombre muy inteligente, y, a veces, tan holgazán como tú, a pesar de que se tomase la vida muy en serio...

–Comprendo que habrá tenido por ti un afecto muy especial. ¡Hija única!...

–Te equivocas. Mi padre ciertamente me quería, pero era agente comercial con muchas actividades, ocupadísimo, casi sin tiempo para su casa... A no ser como la criatura providencial, desde el punto de vista económico, que se esmeraba para que el dinero no nos faltase, como padre no recuerdo ningún día en que se sentase a mi lado para oírme o para aconsejarme en asuntos del corazón... y en mis casos de niña, bien que lo necesité, pero...

–¿No disponía de un momento u otro para ello?

–Por lo menos, era lo que decía, nunca pude contarle ni tan siquiera mis problemas del colegio...

Fantini escuchaba, sintiéndose humillado, abatido, confesándose a sí mismo que darla cuanto le fuese posible, a fin de volver al pasado, para poder ser para la hija el padre afectuoso y vigilante que no tratara de ser.

El diálogo, sin embargo, proseguía:

–Ciertamente, como compensación, contaste con el cariño materno...

–Tampoco. Desde temprano, noté que mi madre era irritadiza, desanimada. Le gusta estar a solas y, aunque no me niegue su atención, aun hoy me ordena que yo decida, en todo, por mí misma.

–¿Ella y tu padre vivían bien?

–Nada de eso. Mi madre, a mis ojos, siempre pareció tolerar a mi padre, sin amarlo, aunque se esforzase, delante de él, en demostrar lo contrario.

–¿Y el infeliz llegaba a notarlo? –preguntó Caio, mofándose.

–Creo que no.

–¿Cómo explicas la perturbación de la vieja, desde que él se fue? ¿No será ello el dolor de perderlo?

–Lo dudo... Así que mi padre murió, ella fue presa de terrible transformación, como si le odiase ocultamente. Quemó sus objetos de estima, rompió su reloj de bolsillo, rasgó sus retratos... ¡imagínate!... Ni siquiera oraciones quiso por él... Y fue empeorando, empeorando... Ahora, está como sabemos, rechaza el tratamiento, se aísla, habla sola, ríe, llora, se lamenta y amenaza al silencio y a las sombras, juzgando ver y oír a los muertos...

–¡Extraña situación!...

A pesar de reconfortado por la simpatía de Evelina, Ernesto daba rienda suelta a sus lágrimas. Guardaba lo señalado por la hija, como si la desconociese hasta entonces. Verdad que no fuera un hombre de explosiones afectivas; sin embargo, ni de lejos suponía ser detestado en el hogar. ¿Tendría razón la joven? ¿Por qué se habrían alterado las facultades mentales de Elisa? ¿Qué habría ocurrido en aquel largo plazo de ausencia?

Mientras los dos desencarnados se identificaban bajo riguroso análisis del pasado, pasó el tiempo y el coche paró en el punto terminal: la casa sencilla, dulcemente iluminada dentro de la noche.

Excitado, pero cauteloso, Fantini instaló a Evelina en lugar cercano, dado que, así como sucediera con ella misma, expresó sus deseos de consultar, a solas, el ambiente doméstico. Después de eso, decidiría en cuanto a la viabilidad de colocarla en la ruta familiar. La posición de Vera, junto a Serpa, no les animaba, de inmediato, a un avance de los dos.

Evelina concordó. Aprovecharía la ocasión para orar, meditar...

Fantini, emocionado, penetró en el recinto que le hablaba tan alto a la memoria.

En el salón, todo como lo dejara. La mesa y las sillas gastadas que él mismo trajera de la residencia de Vila Mariana, los pertrechos de pesca, el armario de la vieja vajilla, los cuadros humildes colgados de la pared... Sintió en llanto de emoción, el calor de

otros tiempos... A corta distancia, veía el dormitorio de la hija, en el que ella y el abogado se entregaban a animada conversación, pero, allí, a dos pasos, frente a él, casi tocaba el aposento en que tantas veces reposara, aliado de la compañera, respirando la brisa marina...

El reloj indicaba algunos minutos, después de las nueve de la noche. ¿Qué sorprendería detrás de la puerta cerrada? –se preguntaba, inquieto.– ¿A Elisa enferma? ¿Desanimada?

Rememoró las lecciones recibidas de amigos, en la morada espiritual de la que venía rehecho para hacer frente a cualquier sorpresa, y rezó. Pidió fuerzas a la Divina Providencia. Quería volver a ver a la esposa, con distinción y dignidad. Los informes de la hija, en el automóvil, le aconsejaban prudencia, atención. Se hallaba allí, no para quejarse y sí para agradecer, ayudar, querer bien. Ansiaba servir.

Con esa disposición, transpuso los límites y se encontró dentro de la cámara, que conocía en todos los rincones.

Jamás se haría idea del cuadro que se abrió, de pronto, a su vista.

Elisa descansaba... El cuerpo delgado, el rostro más profusamente surcado de arrugas y los cabellos más grisáceos... Sin embargo, junto a ella, se estiraba un hombre desencarnado, ¡aquel mismo sobre el que disparara, tantos años antes, al desvariar por los celos!... Se paró, aterrado... En un instante, recordó la última cacería que emprendiera, formando un grupo de tres compañeros, y en la que adquiriera el remordimiento y el sufrimiento que le habían acompañado gran parte de su vida... Sí aquel hombre sin cuerpo físico era Dedé, el compañero de su niñez, o más bien, Desiderio dos Santos, el asesinado, cuya sombra suponía haber removido para siempre de su propia casa. Se sintió aplastado por el arrepentimiento, tomado de angustia... ¿Cómo afrontar al adversario, que le injuriaba en su mismo tálamo?

Fantini lloraba por dentro, presa del desespero. Motivos poderosos tenía Ribas, el instructor, demorándole el regreso. Horas antes descubriera en su hija la rival de Evelina, y allí, delante de él, al lado de Elisa, yacía el enemigo triunfante, dominador...

¿Aguantaría con éxito los desafíos que la vida le proponía, después de la muerte? Seguramente depararía, por fin, con el hombre que no soportaba. Ambos desencarnados se enfrentarían ahora, como estaban, tal como eran.

Trató Fantini de serenarse y ensayó un paso adelante.

El antagonista, en silencio, le dirigió una mirada sarcástica, ostentando la tranquilidad de quien se sabía en un momento esperado, pero, con sorpresa para él. Ernesto, la esposa notó su presencia y profirió un grito terrible:

–¡Maldito!... ¡Maldito!... –rugió ella, ciertamente obsesionada, en la penumbra de la habitación, que la luz de la luna, filtrada por el ventanal, francamente iluminaba– ¡Fuera de aquí, Sarnoso!... Fuera de aquí, ¡Asesino!..., ¡Asesino!... ¡Socorro, Dedé!... Socorro, ¡Dedé! ¡Llévate fuera a este infame! ¡Sal, Ernesto! ¡Sal, Matador!... ¡Matador!...

Entretanto, Caio y Vera invadieron la habitación, aterrados.

Se hizo fuerte luz.

La joven se acercó a la madre que lanzaba improperios, sujetando su propia cabeza entre las manos, en un gesto de espanto, e intentó consolarla:

–Madrecita, ¿qué pasa? estamos aquí, no tienes nada que temer...

–¡Ah! ¡hija mía!... ¡hija mía! –sollozó la enferma– es tu padre, ¡ese infeliz!...

Se agarró a la muchacha, como niña asustada, y alargó el clamor, dando a Serpa la impresión de una alienada mental, en el más profundo desequilibrio.

–Tu padre está aquí, ¡ese canalla! ¡No quiero verlo!... Defiéndeme, ¡por el amor de Dios! ¡Volvamos a São Paulo, hoy mismo!... ¡Sácame de aquí!...

De los ojos tristes de Ernesto el llanto brotó en un mar de angustias. ¡Tantas veces acariciara proyectos de reencuentro!... ¡Tantas veces se imaginara pájaro lejos del nido, hambriento de reposo en el plumaje tibio!... Sin embargo, llegaba hasta allí, en la condición del huésped indeseable, abominado por los suyos...

–¡Elisa! –imploró.

La perturbada esposa, que tenía las facultades psíquicas desordenadas, no veía su figura espiritual, después que la luz más viva se derramase en el ambiente; sin embargo, le recibía la voz como vida y firme, a repetir suplicante:

–¡Elisa! Elisa, escucha!... yo siempre te amé...

Se estableció la conversación entre los dos, sin que la hija y el novio pudiesen oír más que la mitad.

–¡Cállate, infame! Rechazo un afecto que siempre detesté.

–¿Por qué te alteraste así?

–Soy hoy libre para decir lo que me viene a la cabeza.

–Pero, cuando juntos...

–Yo era la esclava atada al señor...

–Sin embargo, siempre afirmaste que me querías bien.

–Siempre te desprecié, eso sí...

–¡Oh! ¡Dios mío!...

–¿Quién habla de Dios? Un asesino...

–¿Por qué tanta crueldad?

–¡Dedé me dijo que no pasas de un matador!

A esa altura del dialogo, profundamente extraño para los dos oyentes reencarnados que lo seguían a medias, Serpa se inquietó y, confesándose incómodo por el delirio de la enferma, empezó a registrar la casa, en busca del medicamento que le tranquilizasen los nervios.

La conversación, entretanto, entre la obsesionada y el marido, prosiguió, sin pausa.

–¡Escucha, Elisa –suplicó Fantini, en llanto– no niego haber cometido grandes errores, pero siempre por tu causa, por mi extremado apego a tu cariño!...

–¡Tonterías! –rió su interlocutora, entre la ironía y la demencia– desde que acabaste con Dedé, empecé a quererlo... En cualquier momento que venías a casa, eso sucedía para infelicidad nuestra, porque vivíamos juntos aquí, antes de tu muerte, y vivimos juntos después ¡Mira esta habitación! ¡Dedé está en el lugar en que siempre estuvo!...

Semejantes aclaraciones fueron completadas con informes, sobre los que pide la caridad se haga silencio.

Ernesto lloraba, al tiempo que, frente a él, el adversario desencarnado sonreía, escarecedor.

Mientras tanto, el abogado volvió portando la inyección calmante con la que Vera socorrió a la enferma agitada.

En unos momentos, la señora Fantini se tiró a la almohada, desfigurada, abatida.

Y justamente cuando Ernesto transponía la puerta en retirada, Desiderio dos Santos, el enemigo, saltó del lecho en que yacía parado y le tomó la delantera, profiriendo gritos terribles...

TRAMA DESVENDADA

–¡Canalla!... ¡Bandido!... –vociferó el agresor– ¡no te apartarás sin rendir cuentas!...

Se plantó delante de Ernesto e, impidiéndole el paso:

–Tú creías que era solamente acabar conmigo, ¿eh? Pues sabe que, intentando privarme del cuerpo, no conseguiste otra cosa más que colocarme en tu propia casa... ¡Vivo aquí, resido aquí y tu mujer me pertenece!...

Fantini, con el sentimiento agotado, como se hallaba, después de tantas refriegas, imploró:

–¡Oh! ¡Desiderio! estoy arrepentido, perdóname...

–¿Perdonar? Eso nunca. Estoy lejos del fin. *Vosotros* me pagaréis, ceitel por ceitel¹¹ ¡Miserables!... *Vosotros* ocultáis en la Tierra la sangre del crimen en el manto del arrepentimiento y juzgáis que conseguís lavarlos con lágrimas falsas...

Burlándose:

–Nadie muere. ¡*Vosotros*, bandidos, que burláis la justicia del mundo, seréis castigados por la Justicia Divina!... y la Justicia Divina, en mi caso, soy yo mismo... Espíritu Vengador, sí... Soy... ¿Y quién me contestará ese derecho?

La superexcitación del desventurado provocaba en él mismo el corrompido llanto de odio, y era igualmente llorando que acusaba:

–¡Cretinos delincuentes!... ¡Perdí la existencia, mi hogar, mi esposa, mi hija! ¡y esperáis de mí un premio a la crueldad con que me aniquilasteis! ¿*Vamos*, extermináis a un hombre y exigís que ese hombre os bese las manos? ¡¿Abusáis de la impunidad con la que la tierra del sepulcro os cubre los actos perversos y aún reclamáis elogios de las víctimas indefensas?!...

Ernesto sollozaba...

Se arrodilló, las manos unidas, delante del vencido de otros tiempos, en señal de humildad... ¡Ah! si supiese qué amargas pruebas le abatirían el alma, nunca habría emprendido el regreso a casa. ¡Sabría tolerar los acuciantes recuerdos de la esposa e hija, acomodándose a otros climas de lucha!... Sin embargo, en dos años de meditación y de estudios aprendiera que cada espíritu recibe de la vida, en las Leyes de Dios, según sus propias obras. Comprobara que ninguna criatura logra despertar de su propia conciencia y que llega invariablemente para el culpable el día de la expiación y del reajuste. En vista de eso, recurría, íntimamente, al apoyo de la oración, suplicando a Jesús le fortaleciese los hombros para cargar con la cruz que él mismo tallara con sus propios errores.

¹¹ Antigua moneda portuguesa, que valía un sexto de real. *Nota del traductor.*

A medida que se mantenía de rodillas, doblado en la arena de la entrada, mirando al cielo cubierto de estrellas, Desiderio continuaba:

–¡Cobarde!... Levántate para enfrentarte con las consecuencias de tu falta... ¡Somos ahora dos hombres, en las mismas condiciones, sin la máscara del cuerpo, como me quisiste, hace más de veinte años!... ¿Dónde está ahora tu orgullo, tu sonrisa de mentira, tu arma ligera?

–¡Oh! Desiderio, ¡yo no sabía!...

–¡Pues entérate, canalla matador, que estoy vivo!...

–Sí, lo sé... –gimoteó Fantini, con estertoroso escarnecimiento– y ruego a Dios que me perdone por el daño que te hice...

–Si Dios existe, estará de mi parte... Tú no puedes invocar el nombre de Dios para cubrirte...

–Lo reconozco... pero te imploro a ti, Desiderio...

La frase, sin embargo, desfalleció en su garganta que el dolor sofocaba.

–¿Imploras el qué?

–¡Perdóname por el amor que tienes a Elisa y que Elisa te tiene!... ¡Ignoraba que mi esposa te amase tanto!... ¡Soy un réprobo, bien lo siento... sin embargo, me hice criminal por mucho amar a la esposa que el Cielo me había dado!...

El frío interlocutor pareció conmoverse, ante aquel testimonio de abnegación y humildad, pero, retornando a la dureza que le caracterizaba:

–¿Por qué no escogiste otro proceso para apartarme del camino? Adoptando la violencia, nada más conseguiste si no lanzarme más intensamente a los brazos de tu mujer... Y, mientras tú viviste en esta casa, después de crearme muerto, compartí tu mesa y tu vida... Suponlas sorprenderme con los ojos de la imaginación, en el cuadro del remordimiento, pero realmente me veías a mí, a mí mismo, Desiderio dos Santos, con los ojos de la mente, en el espejo de la conciencia. Hoy, me Lllaman los amigos, sin cuerpo terrestre, Espíritu obsesor... ¿qué más puedo ser? ¡Soy quien soy, el hombre ultrajado, emprendedor de mi propia venganza!...

–¡Oh! Dios de Misericordia –se lamentó Ernesto– soy el culpable, el único responsable...

En ese momento del diálogo, el amargado perseguidor profirió una ruidosa carcajada y refutó:

–¡No, no!... Tú no eres el único... Tú hiciste la idea y el modelo del crimen que me arrancó de la existencia física, pero el verdadero homicida, aquel que se valió de tu maldad para destruirme, fue otro... ¡Ignoro el motivo, pero tengo el destino entre verdugos!... ¡Tú disparaste contra mí, con el intento de apartarme de tu esposa y Amancio, aquel canalla, observando que fallaras el blanco, aprovechó la ocasión a fin de eliminarme y posesionarse de mi esposa!... ¿Amigos tenebrosos, compañeros satánicos, quién os reunió en aquella terrible mañana, como dos monstruos, para acabar conmigo?...

Recibiendo la revelación, no obstante, el sufrimiento que le revolvía las entrañas del alma, Ernesto recordó el día funesto en que él y los compañeros se entregaron a la caza de codornices. Desiderio, alegre y confiante, Amancio preocupado con los dos perros especializados en la descubierta y levantamiento de las presas, y él, Fantini, ensimismado, preparando el delito. Recordó que Amancio se esmeraba en conducir a

los perros, totalmente entretenido con los posibles resultados de la cacería... Después de algunas pequeñas incursiones por el bosque, con tiroteo infructífero, Desiderio escalará un tronco de árbol viejo y se situará entre las ramas robustas, con la escopeta visando las aves en vuelo... Amancio, de un lado, y él, Ernesto, de otro, con reducida distancia entre sí. Al ver a Desiderio, apuntando atentamente a uno de los pájaros que planeaba, todavía distante, disparará contra él y retrocederá asustado, a ocultarse en el mundo verde, esperando los resultados del gesto infeliz. No percibiera ningún gesto, pero sí otros disparos que atribuyó, como era obvio, al arma de Amancio en acción de caza. Pasados solamente dos o tres minutos, escuchara los gritos del compañero, pidiendo socorro... Se alarmó, se angustió; sin embargo, se arrastró casi hasta el lugar en que el cuerpo de Desiderio se retorció en su fin... Trastornado, no conseguía mentalizar otra cosa que no fuese su propio terror, ante el error cometido y, por eso, aceptó con alivio la versión inmediata del amigo que anunciaba en alta voz: “¡accidente horrible!... ¡accidente horrible!... ¡Accidente!...” ¿No era aquella la suposición ideal para hacerse el inocente? El compañero cazador le dirigió una extraña mirada, como si le responsabilizase sin palabras de lo ocurrido, al mismo tiempo que le proporcionaba muestras de comprensión y simpatía... De pronto, recordó como el plomo lograra penetrar por debajo de la mandíbula, alcanzando la zona cerebral, lo que le causara enorme extrañeza; sin embargo, las circunstancias no le permitían averiguaciones... Aprobara la confusión que le favorecía y como que suavizara el dolor de la propia conciencia al ver que gente amiga comparecía junto a él, en pequeños grupos, admitiendo la tesis de desastre-casual para el calamitoso acontecimiento. Omitiera deliberadamente todas las dudas susceptibles de impulsarle a la confesión de su propio delito. Y, con el alma oprimida, recordó que, después del entierro de la víctima, se desligara para siempre de Amancio, con el pretexto del disgusto, y se empeñara, con todas las fuerzas de que disponía, a olvidar a la esposa y a la hija pequeña del asesinado cuyos gritos, en el día inolvidable, le habían perturbado el corazón, convencido como se hallaba de que fuera él, el reo único...

Tomado de asombro, Ernesto verificaba que todas las escenas de la tragedia se le reconstituían en la delicada película de la memoria, en apenas segundos, y Desiderio, como quien lo veía en los lances más íntimos de aquella desesperada retrospectiva, insistía, implacable:

–¡Acuérdate, miserable!... Acuérdate de como vosotros dos, cínicos matadores, me eliminasteis... ¿Cómo alejarme del cuerpo inerte, sin detestaros? Enloquecido de sufrimientos y de revuelta, rehusé, enojado, los brazos de piadosos enfermeros que me buscaron para que otras tierras, no lo sé... Ya que otra vida me sorprendía, después de la muerte, no la deseaba si no para el desquite... ¡Aun así, tú no me encuentras ya en la furiosa aversión de los primeros tiempos, aunque mi odio aún tenga suficientes reservas de fuego y hiel para vaciarte en el-Espíritu!... ¡Avalanchas de pruebas se abatieron sobre mí; entretanto, tú, el supuesto hombre de bien, recibirás ahora, en el tribunal de tu conciencia, por mi venganza máxima, el peso inexorable de mis acusaciones!...

Prosiguiendo, en una mezcla de crueldad y llanto, asco y dolor:

– Piensa en el martirio con que me reaproximé, desencarnado, a la esposa joven y a la hija aún pequeña, para ver a Amancio, el asesino, señorear les la existencia... ¡Ah! Fantini, ¿crees tú que, al principio, yo quisiese tanto a tu mujer? ¡No!... Yo era un hombre sin ningún principio religioso y, por ese motivo, sin cualquier orientación definida. Poseía una esposa y una hija que adoraba y ponía mis ojos en Elisa, a la manera de un tonto entusiasmado por verse distinguido por las atenciones de tan

devota y distinguida mujer... Sin embargo, en vez de una palabra franca de compañero, capaz de imponerme el lugar justo, tú, consumido por los celos, intentaste abatirme como a una alimaña en el campo... Con ello, tú, Ernesto, me transformaste en una fiera sin la jaula de los huesos. Abominando al invasor de mi hogar, pues Amancio se dio prisa en esposar a Brígida, la muchacha que yo dejara viuda e inexperto, yo sentía en mi antiguo refugio casero la presencia de un infierno que me expulsaba... Apaleado como un perro rechazado y sin dueño, sin la compañera que me retiró de sus recuerdos y sin la hija que debía besar a mi verdugo como segundo padre, vagué por los caminos de nadie, entre la muchedumbre de las tinieblas, hasta que me instalé definitivamente al pie de Elisa, tu mujer, cuya silenciosa ternura me llamaba, insistentemente. .. Poco a poco, desde el punto de vista del espíritu, me ajusté a ella, como el pie al zapato, y pasé a amarla con ardor, porque ella era la única criatura de la Tierra que me guardaba en la memoria y en el corazón...

Ante la pausa de Desiderio, que se imponía un corto silencio para reposar, Ernesto quiso implorar piedad, pero no pudo; el verbo le desfalleció en la garganta asfixiada de desespero, mientras le temblaban todas las fibras del alma, como condenado escuchando su propia acusación, sin posibilidad de cualquier defensa.

El adversario se rehiciera e investía:

—¿Todo eso por qué? porque el remordimiento deformó tu vida mental de hombre... Tú, desde la empresa detestable en la que perdí mi cuerpo, andaste buscando incesantemente una fuga imposible... ¡Sumergiste el espíritu en negocios y rentas, compromisos y corretajes, viajando y viajando, sin procurar saber si la esposa y tu propia hija eran almas necesitadas de asistencia y cariño! ¡Todo eso hizo de mi afecto por Elisa más que un afecto terrestre!... Obsesor, ¡oh! sí... Lo soy... Pero soy también servidor incondicional de quien lleva tu nombre y aguantó tu frialdad de corazón... Aprendí con tu mujer la paciencia y el silencio para esperar y esperar... ¿Tú supiste, algún día, las enfermedades de tu hija en la infancia? conociste sus duras tentaciones en los días primeros de la juventud? ¿Sabes que jóvenes insensibles abusaron de su confianza? ¿Por acaso vistes, alguna vez, las lágrimas ardientes que le quemaban el rostro, después de las patadas de aquellos mismos jóvenes desalmados que le prometían lealtad y ternura? ¡Ah! ¡Fantini, Fantini!... Tú nunca bajaste a la franja de suplicios de tu mundo doméstico, ¡pero yo sé que calvarios fueron transpuestos por la mujer que envejeció gimiendo y por la otra que se desarrolló llorando!... ¿Con qué propósitos retornaste a esta casa? ¿Cosechar un amor que no sembraste? ¿Pedir cuentas?

Ernesto, roto de aflicción ante la acusación dolorosa, consiguió balbucear:

—¡Oh! ¡Desiderio!... ¡Comprendo ahora... Perdóname!...

El antagonista, cada vez más excitado por el martirio moral que patentaba en cada frase, retomó el ímpetu:

—Padecí por tu hija y por la otra, la pequeñita que la muerte me obligara a dejar... Prendida en su buena fe por el bribón que le absorbiera la atención, Brígida concordó en descartarse de nuestra hijita, colocándola muy pronto en un establecimiento de enseñanza, donde si es cierto que recibió educación esmerada, sufrió la falta de los padres como si fuese una abandonada en la cuna... ¡ Lo que sufrí, Fantini, lo que sufrí!... Sin embargo, mis agonías no pararon en estos cuidados... Mi infortunada hija, que creció triste y moralmente casi desamparada, a falta de la asistencia paternal que tú y Amancio le robasteis, encontró la muerte, hace precisamente dos años... Impelida

por el padrastro, interesado en librarse de la responsabilidad de tenerla en custodia, se casó muy temprano con un perverso que le destruyó todos los sueños... ¡Oh! como trabajé para evitarle la comunión con ese ¡hombre cobarde!... Caminaba incessantemente entre los tuyos y los míos, aplastado de desespero, dedicándome a evitar la tragedia, que al final, se consumió... Cuando fui a verla muerta, junto a compañeros desencarnados, tan sufridores y desvalidos como yo mismo, me arrodillé, delante del cuerpo inmóvil que aún conservaba la última sonrisa, y juré que me vengaría de los tres enmascarados que la rodeaban, ¡Amancio, el matador, Brígida, la ingrata, y el detestado yerno, cuya presencia me enoja!... En lágrimas, rogué a Dios la gracia de ver a mi hija liberada del sufrimiento físico, la felicidad de oír su voz; sin embargo, piadosos enfermeros espirituales me informaron que ella fuera conducida a estancias de reposo y que solamente me será concedido el reencuentro cuando sane las llagas de revuelta que llevo dentro de mí, como si me fuese posible apagar el incendio de pesares que me calcina la mente infeliz... ¡Pobre hija!... Desposó a un criminal, como si debiese *compartir* mi destino de Espíritu extraviado... ¡Ah!... ¿cómo extinguir las llamaradas de inconformidad que me devora? ¡Imposible!...

Ernesto sollozaba...

Dando la impresión de quien se propusiese arrojar, de una sola vez, toda la hiel que portaba en el alma ulcerada, sobre el desdichado amigo, Desiderio prosiguió:

–Pero, es necesario que tú sepas aún... Al notar a *mi* hija abatida y enferma por los disgustos del hogar, el *marido* se lanzó a nuevas aventuras y vino a conocer a Vera Celina, tu hija, de cuyo afecto se apoderó... Entonces, la dominó, la esclavizó...

Y, articulando gesto expresivo con el dedo índice, señaló al interior de la casa, añadiendo:

–Ese bandido está ahí dentro... Es Caio Serpa... ¡Ah!... ¡Evelina! ¡Hija mía!... ¡Hija mía!...

En eso, cuando Fantini comprendió toda la trama desvelada, con la pronunciación de los nombres de Evelina y del esposo, sintió como si el cerebro le estallase de angustia. Se apartó de un salto y, a pesar de que suplicase la bendición de Jesús y la protección de Ribas, corrió a unas matas cercanas, entre gritos difícilmente sofocados, y se arrojó al suelo arenoso de la isla, como un perro apaleado, gimiendo de dolor.

RETORNO AL PASADO

Las advertencias de Ribas y la presencia de Evelina, a corta distancia, fueron argumentos que obligaron a Fantini a rehacer el autocontrol.

Terminada la larga crisis de lágrimas, ante' la sorpresa que situaba a la señora Serpa, en nueva posición, en el mundo de su alma, se reconocía otro. Sufriera modificaciones en los más recónditos mecanismos de la mente. La exposición de Desiderio, franca y libre, sacudiéndolo para reconocer la extensión de sus propias flaquezas, le abatiera el orgullo; sin embargo, le clareaba las entrañas del corazón para buscar vida nueva. No obstante, algo atontado, se irguió del suelo y se arrastró hasta el lugar en que la muchacha lo esperaba.

Evelina se entretenía en amistosa conversación con desencarnados enfermos, que visitaban el lugar, bajo la vigilancia de atentos enfermeros, en busca de las emanaciones nutritivas del mar. Viendo, al amigo que se aproximaba, tambaleante, fue corriendo a su encuentro.

¡Oh! Ernesto, ¿porqué así tan fatigado? –exclamó inquieta, al tiempo que lo auxiliaba a sentarse en la arena.

Él no dudó en aceptarle el apoyo y, tan pronto la vio acomodarse al lado, colocó la cabeza entre las manos, con gesto de quien sentía dificultad para transportar el pensamiento en llamas y tartamudeó, llorando:

–¡Ah! ¡Evelina! ¡Evelina!... Concuerdo ahora en que somos de los muertos que no tuvieron las oraciones de los vivos... ¡Ay de mí!... Los corazones que yo más amaba se cerraron para siempre con la piedra que selló mis restos físicos... ¡Vuelvo de mi casa, como un réprobo!... ¡Oh! ¡Dios mío!... ¡Dios mío!...

Se dedicó la compañera a reconfortarlo, rememorando su propia experiencia de horas antes, pero el desolado amigo la contradujo en profundo abatimiento:

–¡No, no!... Tú fuiste víctima de la ingratitud, al paso que yo recibí la condena que merecí... ¡Tú recibiste el insulto, a mí me cupo el castigo!...

Ernesto ansiaba explotar en noticias de lo sucedido, confiarle las revelaciones que pasara a poseer; sin embargo, le escaseaban las fuerzas. Solamente el llanto a deslizarse en olas...

Pero, en breves momentos, la perplejidad y la aflicción de ambos se vieron atenuadas con la llegada del coche volador, que se trasladara de la Vía Anchieta a la Playa del Mar Casado¹², en la que se encontraban, a fin de conducirles a São Paulo.

Ribas escuchara las súplicas del pupilo torturado y expidiera órdenes de carácter urgente para que los dos tutelados del Instituto de Protección obtuviesen inmediata cobertura.

¹² Playa del Guarujá. –Nota del autor espiritual.

Evelina ayudó al compañero y lo instaló en el vehículo que se elevó a gran altura. Por más que intentase charlar, no recibía de él más que monosílabos. Fantini silenciara, evidenciando, sin embargo, a través de la mirada triste y sesgada, el volcán de sentimientos contradictorios que le explotaba en el pecho.

Algunos minutos de vuelo y, atendiéndose a las instrucciones de Ribas, los dos viajeros fueron internados, en el departamento de reposo de una de las casas espírita-cristianas, que honorifican la vida paulistana, en donde Ernesto empezó a recibir los cuidados precisos, a fin de desvencijarse del trauma del que fuera acometido.

Convenientemente amparado, por medio de recursos magnéticos, en círculo de oración, se calmó para restablecimiento, bajo la asistencia de la compañera y, entonces, rearmonizadas las energías, preguntó él a la amiga, con inflexión de infinita amargura:

—¿Evelina, tu padre tenía el nombre de Desiderio dos Santos y tu padrastro es Amancio Terra?

—Sí. Mi nombre completo es Evelina dos Santos Serpa. Ernesto no vaciló. Comprendió que debía a la joven señora una confesión integral de su propia vida y pasó de la idea a la acción, empezando por los recuerdos de la boda con Elisa. Y, ante el espanto de la compañera, aunque pintadas a trazos ligeros, las escenas del pretérito se desdoblaron, una por una... La aproximación con Desiderio, desde la infancia, el conocimiento superficial de. Brígida, a la que viera pocas veces; la amistad con Amancio, que siempre se empeñara en conservarse soltero; las visitas frecuentes de Desiderio a su hogar, que él, Fantini, no retribuía; la atracción que el visitante ejercía sobre Elisa, la esposa que amara ardientemente, los celos con los que les veía acercarse uno al otro, el plan para liquidar al amigo, a quien pasara a detestar; el despecho silencioso, que le envenenara los sentimientos; la cacería funesta, el tiro intencionado que dispara y las otras detonaciones que escuchara; la muerte de Dedé y los remordimientos de la existencia entera... Y, por fin, describió, paso a paso, lo ocurrido de retorno al hogar, desde el instante en que sufriera las afrentas de la esposa obsesa hasta la última declaración de Desiderio, que lo dejara aniquilado...

Evelina basculaba inútilmente la cabeza, buscando expresiones que hicieran patente su asombro. No era que la narrativa la alejase del amigo, a quien consagraba respetuoso y enternecido amor. La extrañaba, más bien, el drama complejo del que eran protagonistas, sin saberlo. Se sorprendía con los meandros de la obra que el grupo representaba. Al mismo tiempo, se sentía tomada por extremada compasión, ante los conflictos íntimos de todos sus aliados en la tragedia familiar, sintiéndose, por cierto, de entre ellos la menos alcanzada por el dolor.

Contempló a Ernesto y lloró...

Al verla en silencio, curtiendo dignamente las dolorosas impresiones que le golpeaban el alma, inquirió él, ansioso:

—¿Tú también me acusas?

—¡Oh! Ernesto, nos estimamos siempre más... Soy yo, tu hermana, quien te pide perdón por mi padre que tomó tu casa, indebidamente...

Y Fantini, más conmovido:

—No, él nada hurtó... Protegió a la mujer y a la hija que yo desprecié... Y si hablamos de disculpas, soy yo quien ruega tolerancia para con mi hija que se apropió de tu marido...

–¡No, no!... –fue el turno de la interlocutora de justificar a la joven– voy comprendiendo que Vera llegó a mi camino como bienhechora, ella proporcionó a Cajó la seguridad que yo no le pude dar...

–Evelina –acentuó el compañero, un tanto aliviado–, tengo hoy la idea de que sólo por la vida después de la muerte logramos deshacer los engaños terribles que alentamos en la existencia terrenal.

Ella aprobó y se mantuvieron en un dulce *tête-à-tête*, cuando, por fin, Ernesto consiguió conciliar el sueño, dándole la oportunidad de retirarse, en busca de un ligero descanso.

Llegaba el amanecer.

En el momento establecido para el regreso, el vehículo les recogió, de retorno.

La señora Serpa ardía en deseos de volver a ver a su padre; sin embargo, el amigo juzgaba prudente no lo hiciese sin mayores preparaciones. Ambos se reconocían mejorados, casi recuperados, tanto así que durante el viaje, como ocurría con los demás pasajeros, debatían sobre temas fundamentales de la existencia, como eran el amor, la reencarnación, el hogar, el imperativo del sufrimiento...

Reinstalados en la estancia en que domiciliaran, continuaron soñando en el futuro. Juntos conversaban. Juntos planeaban.

¿No sería más que deseable el renacimiento de Tulio, entre Caio y Vera, cuyo matrimonio les competía favorecer? Generosa, se acordaba Evelina del padre sufridor y acentuaba que, si pudiese y si las circunstancias lo permitiesen, estimaría trabajar igualmente para que su rebelde padre aceptase la reencarnación, con el fin de olvidar, olvidar...

Ella y Fantini se maravillaban ahora de como querían tiempo y más tiempo para los seres amados en el mundo. Orarían por ellos. Suplicarían a Dios que les prolongase la existencia en el mundo físico, en interés del equipo familiar y de ellos mismos. La señora Serpa imaginaba ya contemplar a Mancini, en el ambiente de Caio, para que se reconciasen, y Ernesto concordaba en que era menester analizar la conveniencia de una aproximación, entre Amancio y Desiderio, a fin de que les fuese concedido transfigurar aversión en simpatía y discordia en unión. Soñaban, soñaban.

Transcurridos diez días desde el primer regreso a São Paulo, cuando ambos ya se sentían plenamente restablecidos, solicitaron audiencia con Ribas, para exponerle las ideas nuevas y comentar los acontecimientos habidos.

El mentor les acogió con la llaneza habitual, oyéndoles atentamente los proyectos; sin embargo, con sorpresa para los dos visitantes, sintetizó las respuestas que ambos preferían fuesen más largas:

–Queridos míos, cuando las súplicas de nuestro Fantini llegaron hasta nosotros, no solamente promovimos el socorro necesario sino que también solicitamos apuntes de todos los eventos familiares de los que sois partícipes. Sabemos ahora, con documentación adecuada, todo aquello de lo que os informasteis. En cuanto a nuestros deberes de orden moral, ya nos entendimos aquí suficientemente en dilatadas entrevistas. Orientación, poseemos. Como es fácil de comprender, alcanzamos la franja de la acción plena en el trabajo espiritual, que vosotros, por cierto, reclamasteis, en reiteradas ocasiones.

–¿Será justo continuar actuando, en favor de los nuestros? –índagó Ernesto, con el sincero propósito de acertar.

–Obligación, amigo mío, esa es nuestra obligación –declaró Ribas–, los que conocen necesitan auxiliar a los que ignoran y no solamente auxiliar simplemente, sino auxiliar con mucho amor.

–¿Acaso, nos sería lícito mentalizar reencarnaciones para Mancini y mi padre, en futuro próximo? –se atrevió a decir Evelina, tímidamente.

–¿Cómo no, hija mía? para ello, entretanto, es indispensable establecer datos concretos con planes exactos. Sin duda, somos una sola familia, ante la Divina Providencia, y estamos todos interligados, con el deber de la asistencia mutua. La evolución es nuestra lenta caminata de retorno a Dios. Los que más aman van al frente, trazando el camino a sus hermanos.

–Estimaríamos alguna indicación, algún consejo para empezar –aventuró Fantini, evidenciando la preocupación de quien no deseaba parecer inoportuno.

El orientador resumió:

–Estamos con esclarecimientos de hace diez días. Enviaré a un observador imparcial, hoy mismo, a São Paulo, para conocer las condiciones generales de los hermanos implicados en este asunto, al tiempo que vosotros dos, mañana mismo, podréis visitar el sur paulista, buscando el necesario contacto con los familiares que aún no pudisteis volver a ver. De regreso, mañana por la noche entraremos en estudios productivos, dado que dispondremos de elementos esclarecedores, actuales y correctos.

El acuerdo fue cerrado.

Al día siguiente, en locomoción regular entre la ciudad espiritual y el mundo físico, los dos amigos alcanzaron la ciudad, en cuyos alrededores Amancio edificara el nido doméstico.

Seguida de aquel que se le hiciera hermano y bienhechor inseparable. Evelina, transpuso los umbrales de la antigua residencia.

Y fue un dulce retorno a los días de la niñez... Le parecía estar regresando sedienta de afecto al domicilio familiar, como en los tiempos de la juventud, cuando se le deparaban las vacaciones escolares. Más allá los frutales cargados; abrí, la puerta de entrada vestida de enredaderas silvestres... Algunos pasos más allá, el patio enorme, extendiéndose en la dirección de los largos terrenos de tratamiento del café... Apoyándose en el brazo del amigo, la muchacha caminó hasta la puerta de entrada, bajo el dominio de las reminiscencias que le poseían el alma... La atravesó con el enternecimiento de quien penetra en un local profundamente sagrado, al corazón... El mismo ambiente revestido de paz; la sala de visitas con el viejo mobiliario que le hablaba tan alto a los recuerdos; el reloj de pared que la madre se enorgullecía de haber recibido de los abuelos; las alfombras de pieles de los *bracaiás*¹³ que Amancio abatiera, en sus tiempos áureos de cazador, en varias incursiones por Mato Grosso¹⁴; la araña de cinco lámparas a colgar del techo y el piano en que tantas veces acompañara, extasiada, los ágiles dedos maternos, en las interpretaciones de Chopin...

Una sorpresa la bañó de júbilo. En la parte superior del instrumento, al lado de olvidadas composiciones musicales, yacía una foto que la retrataba en la juventud y, junto a esa recordación de familia, una rosa en flor le comunicaba la ternura materna.

¹³ Bracaiás –Especie de gato salvaje de las selvas brasileñas. *Nota del traductor.*

¹⁴ Mato Grosso –Estado del centro oeste del Brasil con gran parte de su territorio dominado por la selva amazónica. *Nota del traductor.*

La muchacha corrió a la terraza lateral, en la que Amancio y la esposa acostumbraban descansar, después de las comidas, y allí los encontró en serena palestra, cada uno en su poltrona. Entonces, dominada por indecible emoción, se arrodilló delante de la madre, en cuyo rostro descubría más arrugas, enmolduradas por más amplias zonas de cabellos blancos, y depositando la cabeza en sus rodillas, lloró convulsivamente como hacía en las contrariedades y caprichos de la infancia.

Doña Brígida no le notó la presencia, en sentido directo; sin embargo, detuvo la mirada pensativa en el bosque cercano, sintiendo, de súbito, intraducibles recuerdos de la hija. Detuviéronsele lágrimas que no llegaron a caer... ¡Qué deseos de volver a ver a mi querida Evelina!... y ésta, que le captaba los pensamientos, respondía: ¡Mamá! Madrecita, ¡yo estoy aquí!...

Agotados algunos minutos de silencio, el dueño de la casa, que aún se hallaba bajo la curiosa observación de Ernesto a examinar en él los estragos del tiempo, dirigió expresiva mirada a la compañera e indagó:

—¿Por qué detuvistes la conversación, mi amor? ¿pensando en qué?...

Se le cargaba la voz de la gentileza característica del hombre que no se permite deteriorar la devoción por la mujer después del matrimonio, sorprendiendo a Fantini por la delicadeza con que se manifestaba.

—No lo sé explicar, Amancio —señaló Brígida—, pero vengo sintiendo inmensos recuerdos de nuestra hija... Dos años de ausencia...

Y más concentrada:

—¿Por qué habría de partir, así, tan pronto?!...

—¡Tontita! —objetó el marido con admirable desvelo— lo irremediable pide el olvido, el pasado no vuelve...

—Creo, sin embargo, que habrá otra vida, en la que se encontrarán los que mucho se amaron en este mundo...

—Los filósofos dicen eso, pero los hombres prácticos afirman, y con razón, que nada se conoce de los difuntos, más allá de la certeza de la muerte...

En ese momento, Ernesto le palpó la cabeza con una de las manos, como que para buscarle las elucubraciones inmanifiestas, y le identificó clavadas en la memoria las escenas vivas del asesinato de Desiderio, profundamente bloqueadas en los rincones de la mente; sin embargo, algo le decía íntimamente que no le era lícito convocar al espíritu del compañero a ningún estado negativo, absolutamente inútil, cuando todo le hacía creer que Amancio se transformara en una fuente de trabajo para numerosas familias.

Lo veía, allí, no solamente devoto Y. tierno para con la mujer que fuera su víctima, por cuanto era fácil adivinarle igualmente la condición de administrador estimado y digno, a través de los empleados tranquilos y felices que se le reunían, en torno a la casa.

¿Además de eso, pensaba por qué habría de acusarlo, si él, Ernesto, solo no eliminara a Desiderio por falta de puntería? ¿Ante Dios y su propia conciencia no sería tan criminal como el amigo que tuviera la infelicidad de alcanzar el blanco?

Semejantes reflexiones le escaldaban la cabeza, cuando escuchó a Evelina que se quejaba, en llanto, al corazón materno:

—¡Oh! Mamaíta, sé ahora que mi padre vaga en las sombras del alma... ¡Se trans-

formó en un Espíritu empedernido en el odio!... ¿Qué podremos hacer nosotras dos para ayudarlo?

Hasta ahí, la mente de Brígida, profundamente distanciada de cualquier preocupación con el primer esposo, nada pudo notar en sentido directo, más que doloroso y vago impulso de retorno al pasado, sin permitir que la imagen de Desiderio se le inmiscuyese en los recuerdos, pero la hija insistió:

–¡Auxilia, Mamá, auxilia a mi padre para que vuelva a la vida terrestre!... ¿Quién sabe? ¡Tú y mi padre Amancio vivís casi solos en esta casa!... ¡Un niño! ¡Un hijo del corazón!...

En ese momento de la súplica filial, la progenitora se dejó entusiasmar por la idea de que estaban, ella y el segundo esposo, envejeciendo en el cuerpo físico, sin ningún descendiente, y que una criatura adoptada por ellos sería quizás un apoyo para el futuro.

Al contacto de las palabras de Evelina, le aumentaron los pensamientos en esa dirección y pasó a reflexionar, reflexionar. .. ¡Un niño!... ¡Alguien que les poblase la existencia de esperanzas nuevas, alguien que les continuase el sostenimiento de los ideales de trabajo en aquel diminuto rincón de suelo!...

Movida por el entusiasmo de la hija que le asimilaba los pensamientos de adhesión al tema fundamental del mensaje de alma a alma, Brígida sondeó al compañero:

–Amancio, muchas veces pienso en nuestra vejez solitaria, con tantas posibilidades en la mano... ¿No estarías de acuerdo en que tomásemos a un muchacho para que sea el hijo que no tenemos?

–¡Qué idea! ¿A nuestra edad?

–No somos tan viejos...

–¡Vamos, Brígida, era lo que faltaba! ¿No encuentras raro el que terminemos nuestra vida preparando biberón para niño?

–¿Y si fuera lo contrario? Dios podría concedernos dilatado tiempo aún en la Tierra... ¿y si dejásemos aquí un bravo muchacho, que nos administrase la finca, dando continuidad a nuestra organización?

–No tengo tu optimismo –señaló el marido, con generosidad y cariño a derramársele de la voz–, pero siempre admiré tus caprichos. No me opongo a tus deseos, pero exijo que sea un hombrecito, que venga para aquí a I nacer, sin que los padres nos incomoden y que lllore poco... Todo eso, desde que tú nada te quejes del trabajo...

–¡Oh!... Amancio, ¡qué alegría!...

Ante el júbilo de la esposa que se transfigurara, feliz, el interlocutor sintió misteriosa ventura acariciándole las entrañas del ser. Se levantara Evelina y avanzara hacia él, besándole los cabellos grisáceos, al mismo tiempo que le extendía la diestra sobre el tórax, como si le acariciase el corazón.

BASES DE UN NUEVO PORVENIR

Al día siguiente, la conferencia con Ribas.

Ernesto y Evelina le confiaron sucinto relato de la visita realizada en la víspera, al que el mentor prestó oídos atentos.

Esmerándose en el aprovechamiento de las horas, el sabio amigo requirió un grupo de fichas, alineadas en archivo cercano, e inició el trabajo más importante de la entrevista, analizando la situación de Tulio Mancini. Consideró que el joven realmente evidenciaba un reducido progreso; sin embargo, eso no invalidaba el compromiso de la señora Serpa, cuyo auxilio junto a él no debía desfallecer, organizándosele el renacimiento próximo.

Estableciendo bases para el futuro, él, Ribas, trazara un programa de acción inmediata y más claramente definida para los dos amigos, en cuyo desempeño se les aplicasen las fuerzas con la eficiencia necesaria. Evelina permanecería, sola, al lado de Mancini, continuando a presidirle, en lo posible, la renovación mental, al paso que Ernesto se encaminaría diariamente al plano físico, de modo a colaborar, en el límite de sus recursos, en beneficio de Desiderio y de Elisa, carentes de urgente y fraternal socorro.

Se entendiera con diversos directores de servicio, domiciliados en Esferas Superiores, y obtuviera autoridad suficiente para actuar en la solución de los problemas alusivos a los renacimientos que se hiciesen necesarios, en favor del reequilibrio del grupo.

La muchacha, sin embargo, raciocina con pesar al recibir las instrucciones:

–¿Instructor Ribas, no me será concedido, entonces visitar a mi padre y abrazarlo ahora? Usted comprende mis recuerdos...

–Sí, entiendo, pero la condición actual de Desiderio no nos aconseja espontaneidad en las actitudes. Para ayudarlo con seguridad, es imperioso examinar previamente nuestras menores manifestaciones.

–¿Incluso las mías?

–Hasta tus mismas maneras de hija entran en línea de cuenta. Aquel rebelde y noble corazón que te sirvió de padre posee cualidades notables, que serán desentrañadas en el momento oportuno. Conviene, hija, no vengamos a estropear las oportunidades. Paciencia...

–¿Cómo es eso?

–El debe reencontrarte en momento de más alta comprensión. Fantini le asistirá, diariamente, por medio de la palabra edificante en tarea idéntica al apostolado doméstico que tu dedicación desarrolla en el amparo a Mancini, empeñándose en

despertarlo para las alegrías de la Espiritualidad Mayor, al mismo tiempo que, en ese menester, ambos aprenderán a readquirir el respeto y el afecto mutuos...

Después de una sonrisa amistosa:

–¿No es eso mismo lo que te sucede a ti, con relación a Tulio? Evelina consintió, comprensiva.

–Eso, sin embargo –añadió el mentor–, no obstará tu intervención en los acontecimientos, cuando las circunstancias nos lo sugieran. Tú puedes y debes efectivamente volver a ver a tu padre terrestre; sin embargo, tu influencia filial, a nuestro ver, necesita ser utilizada en favor de él mismo...

La señora calló y Fantini preguntó:

–Instructor, si no soy inoportuno, estimaría saber si el mensajero de su confianza inspeccionó la situación de nuestros compañeros en la residencia de Guarujá...

–Sí, pero no fueron encontrados allí están en São Paulo.

–¿En la casa de Vila Mariana?

–Caio y Vera, sí...

–¿Y Elisa?

–Hace precisamente seis días que fue internada para tratamiento en una clínica de salud mental.

–¡Dios mío!... ¡Cómo se modifican las cosas!...

–A instancia de Serpa, la hija asumió responsabilidades y la enferma no pudo resistir. Las noticias recibidas, sin embargo, destacan enorme gravedad en los pronósticos, en cuanto a la nueva posición orgánica de Elisa. Me veo obligado a comunicaros que la enferma empeoró mucho, tocante al proceso obsesivo del que es víctima, y, debido a los recursos circulatorios precarios, le surgió una trombosis cerebral progresiva, indicando desencarnación cercana. Todo eso, después de terrible disgusto...

–¿Qué disgusto? –interpeló Fantini, atónito.

El instructor, imperturbable:

–Averiguamos que Serpa, desde hace algunas semanas, viene presionando a Vera para que se le retire a la progenitora la facultad de dirigir sus propios negocios. Abogado de muchas relaciones, se armó de influencias diversas y, así que convenció a la futura suegra a hospitalizarse para tratamiento, asegurándole que no pasarían de dos o tres días, obtuvo, con los certificados correspondientes, el despacho de la autoridad competente, favorable a sus propósitos. Y presentó esos propósitos a los amigos, en todas las providencias, como siendo los de la joven a la que promete desposar. Claro que el golpe para Elisa fue algo muy doloroso, al conocer, en la institución de salud en la que se encuentra, la imposibilidad de movilizar sus recursos económicos. Eso porque, a pesar de obsesionada, está perfectamente lúcida. Para nosotros, es la criatura de mediumnidad torturada, con fenómenos psíquicos por ahora incomprensibles a cuantos le comparten la convivencia... Para Serpa y Vera, es un caso de senilidad precoz...

–Caio, entonces... ahora...

La frase titubeante de Ernesto desfalleció en su boca. Ribas, sin embargo, la completó:

–Es el procurador de nuestra enferma y de la hija, con poderes legales para manejar les todos los bienes...

Y ante los dos interlocutores, espantados:

–A la vista de los hechos y admitiendo el imperativo de nuestro entendimiento tan claro como sea posible, es forzoso el informarte, Fantini, de que tus terrenos en Santos ya fueron vendidos, antes de ayer, según resoluciones de Serpa, que se vio en posesión de algunos millones de cruzeiros ¹⁵, en concepto de porcentaje. No digo eso como quien juzga el comportamiento menos feliz de un compañero, pero sí porque necesitamos planificar el futuro, con la obligación de detenemos en menudencias aunque indeseables.

–¡Qué ladrón!... –el grito acusativo de Ernesto vibró, indomitable.

–¡Dios mío!... j ¿Una vez más, Caio, malhechor?!

Ribas expresó un gesto de paternal benevolencia y opuso en contradicción:

–Evitemos la crueldad, huyamos de cualquier violencia. Es indispensable envolver a Serpa y a Vera en ondas de nuestra mejor simpatía.

–¿Por qué?, –bramó Fantini, desolado.

–Vosotros no debéis olvidar que los dos, en el equipo doméstico, son amigos providenciales. Si actuáis con seguridad, en el apoyo afectivo de que Caio no prescinde, desposará a Vera y será el padre de Mancini en la existencia próxima. Sin duda, actuando así, rescatará la deuda que le es propia, dado que, habiendo sustraído Tulio a la vida física, está obligado a restituirle ese mismo patrimonio, según los principios de causa y efecto. Además de eso, sin embargo, tranquilizará a Evelina, encargándose en el mundo de la reeducación de un Espíritu, cuyo desajuste emotivo, tanto trabajo viene costando a nuestra amiga.

–Entiendo todo eso, pero... –se lanzaba Fantini a interponer argumento menos favorable, que Ribas cortó, esclareciendo:

–Sé, Fantini, lo que piensas. Tú, apegado todavía a la familia consanguínea que el Señor te prestó en la Tierra, reconoces que Serpa empezó a apoderarse de aquello que fue tu considerable fortuna. Tú, indiscutiblemente, no te debes iludir. Así como ya negoció los terrenos que te pertenecían en Santos, dispondrá quizás de todo el material que tú aún aprecias, como son tus apartamentos de alquiler en São Paulo, tu residencia de Guarujá, tus pólizas, tus joyas, tus depósitos bancarios y hasta tu pequeño mundo doméstico de Vila Mariana... Acepta la realidad, amigo mío. Todas tus propiedades en el campo físico, mediante la desencarnación, pasaron al dominio de otras voluntades y al control de otras manos. La vida reclama lo que nos presta, dándonos a cambio, sea donde sea, lo que hacemos de ella, junto a los otros... Todas las transformaciones a las que nos referimos vendrán, con certeza, después de que Caio consiga hacer de tu hija la esposa legítima. Entretanto, abstengámonos de clasificarlo como ladrón y malhechor. Él es, sí, un hijo de Dios, tanto como nosotros, recogiendo en el futuro. Toma hoy, como préstamo, de tu viuda y de tu hija los recursos que tú les dejaste, como fruto de una existencia inmensamente laboriosa, juzgando que realiza brillante proeza de inteligencia Sin embargo, la persona engañada es él mismo, nuestro pobre amigo.

¹⁵ Moneda de curso legal en Brasil. *Nota del traductor.*

–¿Pero, cómo?

El mentor, sereno, aclaró el asunto:

–Suponiendo señorear largos créditos, Caio apenas asume largas deudas, ante las Leyes Divinas. Reteniendo los patrimonios materiales de Elisa y Vera, experimentará, instintivamente, la sed de acción para enriquecerse cada vez más. Se apasionará por el dinero y muy pronto quedará saciado. En vez de aprovechar las alegrías de la vida sencilla, andará distante de la verdadera felicidad, esclavizado como quedará, por mucho tiempo, a la ambición de ganar y ganar, amontonar y amontonar... Y eso todo, al final, será revertido en beneficio... ¿Sabes de quién?

–Estimaría saberlo... –manifestó Ernesto, escandalizado.

–De tus familiares, querido mío, y principalmente de Elisa, a la que él presentemente impele a la desencarnación prematura, con razonamientos insensatos, sediento de gobernarle las ventajas económicas en régimen de ilusoria impunidad.

–¡Oh! ¡Explíquenos!... –solicitó Ernesto, ansioso.

Ribas tomó un pequeño cuadro, de entre los papeles que compulsaba, y aclaró, indicando figuras aquí y allá:

–La desencarnación de Elisa está prevista para breves días, pero su renacimiento, después del reequilibrio seguro en nuestra estancia, podrá ocurrir, según nuestro esquema, dentro de cinco a seis años. Con el permiso de nuestros Mayores, ella será hija de Serpa y de Vera, si vosotros trabajáis en el socorro de ambos, con mucho amor... Renacerá después de Mancini, que les será el primogénito... Como es fácil de percibir, de aquí a treinta años, más o menos, ocasión considerada probable para el retorno de Caio a la Vida Espiritual, devolverá él a la suegra expoliada –para entonces su hija– así como a Vera Celina, en la condición de su viuda, todos los patrimonios de los que hoy se apropia. Y los restituirá positivamente aumentados, acrecentados de grandes rendimientos, al mismo tiempo en que habrá trabajado lo bastante para legar a Tulio, en la nueva existencia, una situación material envidiable...

Delante de Evelina y de Ernesto estupefactos con la seguridad de las Leyes de Dios, Ribas pareció cerrar los estudios, advirtiendo:

–Lejos de nosotros la intención de categorizar a Serpa a la cuenta de ladrón o delincuente; él es nuestro aliado, nuestro amigo. Lo que nos incumbe hacer, de inmediato, es rogar al Señor que lo fortalezca con la bendición de la salud física y de la euforia espiritual, a fin de que viva tranquilo, en la casulla terrestre por muchos y muchos años...

Y, sonriendo:

–Llegará el tiempo en que vosotros dos os prepararéis tanto como sea posible, a fin de resguardarle las garantías personales y ampliarle los lucros dignos, para proteger el futuro de los seres queridos. Imploramos a Dios que le haga un hombre rico y bondadoso, diligente y realizador. Le necesitamos y, consecuentemente, Caio necesita de nosotros.

Notando la señora Serpa que la conversación llegaba a su fin, se apresuró a decir:

–¿Instructor, y mi padre? Vengo soñando para él, el regreso a la cuna terrestre...

–Eso igualmente ya consta en nuestro esquema. Sabíamos, Evelina, que tú, hija dedicada y amorosa, intentarías ayudarlo... Fuimos informados de que tú, ayer, ya lanzaste en el corazón materno la idea-semilla que fructificará con el Amparo Divino,

suplicando a nuestra hermana Brígida lo recoja, en el hogar, como niño adoptivo. Tu ruego fue muy feliz y, con semejante medida, Amancio Terra, tu padrastro, recibirá el socorro merecido. En verdad, el exterminó el cuerpo de Desiderio, tu padre, alucinado por la pasión que le cegaba el espíritu, y se posesionó de su casa y de sus recursos... Es un hombre ateo y evidentemente criminal, pero profundamente humano y caritativo. Recogió los bienes de tu padre; sin embargo, al aumentarlos, con administración juiciosa y proficua, se hizo el bastón económico para más de doscientos espíritus reencarnados, sus servidores y arrendatarios, con los respectivos descendientes... Hace más de veinte años, a todos protege, con la vigilancia de un padre atento y bueno. Nunca abandonó a los que enfermaron, nunca despreció a los caídos en pruebas, nunca dejó a niños al desamparo... ¡Sí!... El asesino a Desiderio, tu padre, y responderá por esa falta, en los tribunales de la vida, pero se esclavizó a Brígida, tu madre, a quien procura satisfacer los menores deseos en la posición de marido honesto y fiel. .. Tantas oraciones suben del mundo, a su favor, para la Infinita Misericordia de Dios, por las consolaciones y alegrías que desparrama, que llegó a merecer más amplias atenciones de nuestros Mayores... Fuimos recomendados ayer para que tu filial ruego sea atendido en el momento oportuno... y en cuanto a tu padre, según tu petición, retornará, con la Bendición del Señor, a convivir con el hombre que todavía odia, pero aprenderá a verle las cualidades nobles y lo amará enternecidamente, como a un padre verdadero, del que recibirá abnegación y ternura, apoyo y buenos ejemplos.

Ribas silenció por unos momentos y, en seguida, acentuó, como si estuviese respondiendo a ciertas dudas de los oyentes:

Es innegable que Amancio posee solo otros diez años más de permanencia en el cuerpo físico, de acuerdo con los datos esclarecedores que nos fueron enviados, con objetivos de estudio; sin embargo, para un hombre con los servicios prestados como tiene él, no nos sería difícil obtener, junto a los Poderes Superiores, una moratoria de quince a veinte años como mucho, prolongándosele el tiempo en la existencia actual. .. A la vista de todo esto, esperamos pueda él realmente conquistar del Señor la felicidad de recibir a Desiderio por hijo –a través del concurso de un matrimonio humilde– con el fin de conferirle vida nueva y devolver le, en el porvenir, todos los bienes de los que fue, un día, despojado... Esté segura, Evelina de que tu padre, reorientado por el verdugo de otro tiempo, hoy transformado en obrero del bien, en la escuela del trabajo, será un hombre equilibrado y con todos los recursos para ser feliz.

Ribas silenció, de nuevo, algunos instantes y, luego, anunció:

–Nuestro esquema incluye un acontecimiento importante... En los días que vendrán, seremos llamados a aproximar los hogares de Serpa y Amancio, dado que Desiderio y Elisa, reencarnados, realizarán venturoso matrimonio en plena juventud... Dedicaremos el esfuerzo máximo, para que Desiderio se despida de nosotros, en breve tiempo, en dirección de la vida física...

Evelina lloraba de jubilosa emoción, meditando en la justicia perfecta de Dios, y Ernesto reflexionaba, tomado de asombro, ante la lógica del plan establecido.

Sofocando la conmoción bañada en lágrimas, la señora Serpa articuló una nueva pregunta:

–¿Y mi madre?

–Tu madrecita –aclaró el mentor– acompañará los destinos de Amancio... Tu padre la desposó, pero no la amaba... Tanto es así que en los apuntes y relaciones de que disponemos, tú aún no estabas en la cuna terrestre y el ya andaba por otros campos sentimentales.

–¡Tantos proyectos! –especuló Fantini– transformar figuras en obras exige trabajo y trabajo... ¿quién se responsabilizará de la ejecución de semejantes planificaciones?

El mentor le lanzó benevolente mirada y dijo a ambos: –¿Vosotros ya oísteis hablar de guías espirituales?

Ernesto y la compañera esbozaron un silencioso gesto de extrañeza.

Y Ribas:

–Así es... Vosotros dos seréis los encargados del servicio en perspectiva, con todas las tareas satélites que le sean consecuentes. Os esforzaréis para que Serpa y Vera se casen; para que Elisa se recupere después de la desencarnación, en el menor plazo posible; para que Desiderio vuelva al renacimiento físico, en las condiciones deseables, y auxiliaréis, as{ mismo, a Elisa, en el retorno a la Tierra, con el deber de ampararlos en la cuna y en la niñez, además estaréis colaborando no sólo para que la futura madre de Desiderio conquiste los recursos adecuados para recibirlo en el claustro materno, si no también para que nuestro amigo, al reencarnar, venga a sentirse convenientemente instalado, en la situación de hijo adoptivo... y nada de olvidar a nuestro Mancini, que sigue requiriendo atenciones especiales; su encaminamiento en el futuro, el enlace de Elisa y Desiderio, más tarde, después de las providencias con que nos empeñaremos a reaproximar las familias Terra y Serpa...

En un gesto marcado de buen humor:

–¡Trabajo para treinta años, amigos míos! ¡Para inicio de ajuste, consideraros vinculados a nuestra ciudad, en servicio, en un mínimo de treinta años por delante!...

Ernesto contempló a Evelina, tomado de profundo enternecimiento. Y pensaba que ella y él hablan sido rechazados de la memoria de los que más amaban, casi totalmente olvidados, rechazados, apartados, substituidos. La ex-señora Serpa –pues la muchacha se reconocía francamente liberada por las actitudes de Caio, en cuanto al proseguimiento de cualquier compromiso de naturaleza afectiva– señalaba Ernesto y se sintonizaba con sus ondas de ideas y emociones. Estaban los dos con la paz de conciencia y a solas uno con el otro, en la empresa que les llamaba. Fantini le pareció más espiritualizado por los sufrimientos de los últimos días, como si la hoguera de aflicciones ocultas le hubiesen remodelado la forma y retocado el semblante. Se miraron y se comprendieron. Todos los seres queridos, de la Tierra, a excepción de Brígida que aún mantenla pensamientos de ternura y recuerdos de la hija distante, les dispensaban la presencia y el concurso. Entretanto, necesitaban actuar y construir, en favor de ellos mismos. Y a modo de aliados que se reencuentran para venerables menesteres, en el campo de la vida, se prometieron, sin palabras, hermanar los corazones, transfiriéndose uno al otro los sagrados tesoros afectivos que se les devolvían de la Tierra, convencidos de que necesitaban de apoyo recíproco para la larga jornada que se les abría a las ansias de redención.

ERNESTO EN SERVICIO

La labor de asistencia espiritual por parte de Fantini y Evelina avanzaba con seguridad, entre las mejorías de Tulio y los intentos de reaproximación a Desiderio, que no se desvinculaba de Elisa, por entonces relegada a sus propias reflexiones en el sanatorio al que fuera conducida.

El trabajo para Ernesto se hacía, entretanto, cada vez más difícil, dado que el adversario no perdía ocasión de lanzarse sobre él, por medio de acusaciones y escarnios. Por otra parte, las condiciones orgánicas de Elisa empeoraban, día a día, y sus esfuerzos, en el sentido de acercarse a ella, resultaban casi nulos. Preocupado por el rumbo de la situación, buscó a Ribas, a quien expuso el problema, preguntando por qué motivo un Espíritu sufridor y endurecido en la idea de venganza adquiriera tal poder de penetración, al punto de notarle la mínima falta de carácter.

–¡Ah! ¡Amigo mío, amigo mío!... confesó el instructor nuestros hermanos enganchados al desespero y a la revuelta encuentran razones para censurarnos, siempre que preferimos desempeñar en la Tierra la función de personalidades leyendas.

–¿Cómo es eso?

–Muchas veces, somos en el mundo titulares de estas o de aquellas tareas, sin que lleguemos a ejecutarlas de manera efectiva. Solemos ser, maridos leyenda, padres leyenda, hijos leyendas, administradores leyenda... Utilizamos rótulos, sin atender a las obligaciones que ellos nos indican. ¿Entendiste? Igualmente, ya fui esposo leyenda en la Tierra, esto es, me casé, acepté compromisos de familia, pero creí que mis responsabilidades se limitasen a ostentar la jefatura de la casa y a pagar las deudas del fin de mes. En verdad, nunca compartí las inquietudes de la compañera, en la educación íntima de los hijos y, que yo recuerde, nunca me senté, al lado de ninguno de ellos, para sondear las dificultades y los sueños, a pesar de exigirles conducta que me honrase el nombre.

Notando la delicada acusación, Fantini se vio una vez más herido por su propia conciencia.

Concluía, sinceramente, de sí para sí, que no fuera el esposo y el padre que debería haber sido. Solamente allí, en aquella estancia espiritual, después de la muerte del cuerpo físico, percibía, en las duras refriegas de la autoreprimenda, que el dinero no hace el servicio del corazón. Sintiendo rebajado, triste, se abstuvo de cualquier divagación en los temas de la consulta, al paso que el mentor, risueño, se detuvo a confortarlo en la despedida:

–¡Nada de desánimo!... Oigamos a los opositores en las críticas que hagan contra nosotros, tratando de aprovecharlas con humildad en lo que muestren de verdadero y de útil. Usemos esa llave, Fantini –la humildad–... Ella funcionará con acierto en la

solución de los mayores enigmas. Seamos cristianos auténticos, amando, sirviendo, disculpando...

Atento a las lecciones constantes del amigo, se consagraba Ernesto, cada vez más, a los menesteres de la fraternidad legítima, fuese tolerando las críticas de la mujer debilitada por el sufrimiento, o soportando, con resignación heroica, las ofensas del hermano infeliz, siempre dispuesto a la paliza verbal.

Después de veintiséis días de frecuencia correcta al clima de servicio, comprobó, sorprendido, que Serpa, por primera vez, venía al encuentro de la futura suegra.

Muy bien parecido, se colocó el abogado delante de la enferma, en sala particular, con el beneplácito de la administración del instituto, pues, según anunció deseaba recoger impresiones claras y personales, en relación con la enferma, a fin de prestar informes positivos a la novia.

En torno a ambos, solamente los dos acompañantes desencarnados, Desiderio y Fantini, ambos ansiosos por los resultados de la entrevista.

Cuando se encontraron a solas, Elisa expuso, con palabras serenas de madre, el deseo de abrazar a la hija, a fin de que ella le atestigüase la salud mental y le patrocinase el regreso a casa, sensibilizando tanto a Fantini como a Desiderio, por la actitud humilde en que vaciaba las súplicas de mujer derrotada por las circunstancias.

Serpa, sin embargo, la contrarió, inflexible:

–En absoluto, usted no tendrá el alta, tal como pretende, pues los pronósticos a su respecto no ayudan...

–¿Por qué?

–Los informes relativos a su comportamiento no nos autorizan a retirarla.

–¿Comportamiento? ¿Qué comportamiento?

–Continúa llorando sin motivos, habla a solas, interpelaba sombras...

–Sencillamente, no soy comprendida, lo que veo, veo...

–Vera telefonea diariamente y los enfermeros coinciden en declarar que sus perturbaciones no disminuyeron.

–Serpa –amonestó a Elisa, cargando la voz de malestar–, a pesar de todo, insisto con tu caballerosidad, a fin que me traigas a Vera...

–¿Para qué? ¿Para traumatizarla con sus fantasías? ¿No cree que su hija ya sufrió lo suficiente con sus lloros y noches en claro?

–¡Oh! ¡Serpa!...

–Usted sabe que ya casi soy su yerno, tengo derecho a interferir...

–No sé quien tendría el derecho de interferir entre las madres y los hijos –reivindicó la enferma, ahora complementando cada palabra con inflexión de profunda tristeza.– No reclamo contra tu ingerencia en los negocios de mi casa, al punto de hallarme prohibida, a emitir un simple cheque...

–No se lamente –atajó Caio, agresivo–, acepté el papel de su procurador, por exigencias de su hija. Tengo trabajo más que suficiente y no disputaría la condición de empleado suyo...

–No lo lamento y cuento con tu honestidad para proteger los intereses de mi hija... En cuanto a mí. ..

–¿Qué quiere decir?

–En cuanto a mí, vosotros dos no os preocuparéis por mucho tiempo. Algunos palmos de tierra...

–¿Por qué habla de eso? ¿Qué hay de más? la muerte es el fin de todos nosotros, y, si usted se expresa de ese modo para conmovirme, está muy equivocada...

–¡Oh! ¡Dios mío! ¡Sólo deseaba ver a mi hija!...

–Pues mientras no se normalice, mientras no pueda recibirla sin causarle impresiones negativas, no lo conseguirá.

–¿Pero por qué me impones esa negativa, si siempre te recibí en mi casa, como si fueses mi propio hijo?

–¡Mentira! usted me detesta... No me expulsó, porque Vera no lo permitió, porque soy el hombre que ella escogió para dirigirle el futuro...

Y ante la penosa estupefacción de la enferma:

–Y sepa que tanto ella como yo estamos hartos de saber que usted ya vivió su vida y que necesitamos vivir la nuestra... No será una suegra vieja quien frustrará nuestros planes.

Repentina revuelta nubló el cerebro de Elisa, que se preparó para la reacción, exclamando, frenética:

–¡Infame!...

Surgida la indignación, Desiderio –el desencarnado que, en rigor, le controlaba todas las facultades– se apoderó de su mente, de forma espectacular, y la crisis se desencadenó dominadora, terrible...

Elisa, poseída, se lanzó sobre el visitante, tratando de asfixiarlo, en medio de improperios extraños a su boca.

Serpa retrocedió, bajo inocultable espanto, dejando paso a la paciente enfermera que inmovilizó a la viuda, al mismo tiempo que, por otro lado, Ernesto, a pulso, impedía los movimientos desordenados del compañero.

Se restableció el orden.

La muchacha de servicio recondujo a la enferma a la habitación, apoyada en la ayuda de dos auxiliares, y volvió para las excusas.

–No se aflija, doctor. Fue una crisis como tantas... Eso pasará.

–Comprendo –contestó Caio, gentil.– Doña Elisa siempre me trató con cariños de madre. ¡Pobre amiga! tiene los nervios totalmente desordenados.

Mientras la conversación proseguía, Fantini sujetaba a Desiderio, amistosamente, ayudado por otros trabajadores desencarnados, en servicio en el sanatorio.

Uno de ellos pedía la prisión para el agitado agresor, al paso que los demás informaban que, desde la entrada de Elisa en el establecimiento, él era un prestado y pacífico acompañante de la enferma, que encontraba en él un amparo y un amigo.

Escuchando alusiones a un probable encarcelamiento, el padre de Evelina notó que se hallaba ante la posibilidad de separarse de la criatura querida, y se serenó.

Se valió Ernesto de la circunstancia y lo presentó como siendo para él un hermano queridísimo, en el intento de sosegar a los centinelas, acentuando que el pobre se desmandara ligeramente, a la vista de ciertas privaciones de la familia. Sin embargo,

él, Fantini, estaba allí justamente a fin de ayudarlo a deshacerse de cualquier recuerdo destructivo.

Se dispersaron los guardianes.

Después de eso, Ernesto convidó al rival a que le siguiera, en lo que fue atendido, sentándose ambos en espacioso banco de jardín cercano.

Desiderio lloraba, colérico, impedido como se viera de zurrar al abogado como deseara.

–¿Viste que canalla? –explotó, encarando a Fantini con expresión menos cruel– ¡no sé por que aún no acabé con ese despreciable Serpa!... Primero, asesinó a un colega, el abogado Tulio Mancini, después mató a mi hija poco a poco, y ahora quiere acabar con Elisa, después de robarla, descaradamente...

El amigo lo miró con bondad y añadió:

–¡Desiderio, perdónanos por todo el mal que ya te hicimos y escúchame!... ¡Cálmate, por el amor de Dios! No te pido eso por nosotros, si no por Elisa, a quien tu amas tanto... En el presente, nada más disputo si no la paz entre nosotros. ¡Tranquilízate, para enfrentarnos a la realidad; puedo informarte que nuestra enferma está en el final de la resistencia física!...

–Tengo alguna idea de eso –replicó Desiderio menos hostil, manifestando intenciones de acuerdo y entendimiento, por primera vez–, pero lucharé como un toro para defenderla. Le daré a ella mis fuerzas, mi vida. Mi alma es la de ella, así como el cuerpo en el que ella respira es mi cuerpo... ¡Habitamos la misma celda de carne, pensamos con la misma cabeza!

–Gracias a Dios –concordó Fantini con humildad– comprendí que así es y que así debe ser...

Demostrando el elevado grado de despersonalización que iba adquiriendo:

–Desde que tú me hablaste con claridad fraterna, en nuestro primer reencuentro, reconocí que Elisa descubrió en ti el apoyo que necesitaba, y créeme que, si actualmente algo aspiro en relación a ella, es verla feliz a tu lado... Estoy convencido de que nuestra enferma no perseverará por muchos días más en el cuerpo terrestre y el golpe de hoy, con certeza, pesará en la balanza...

–¡Ah! ese Caio, ese miserable.

–No, ¡Desiderio! ¡Así, no!... Te suplico paciencia y tolerancia... ¿Acaso, no estaremos cansados de rebeldía y de odio? Ante mi falta, en el intento de suprimirte, amargué la existencia terrestre, perdiendo en remordimientos y fuga incesante de mí mismo los mejores tiempos de la vida en el mundo de los hombres, y tú, querido mío, por no haber disculpado a mí y a nuestro Amancio, has estado en la selva de las pruebas, que se reservan a los Espíritus impenitentes y sufridores... ¿El lecho de las lágrimas de Elisa no podría ser el punto terminal de nuestros disparates? ¿El santo lugar del apaciguamiento? Elisa se liberará de los suplicios corporales, ¿y nosotros, amigo mío? ¿Que será de nosotros, si, abandonado el cuerpo de materia pesada, continuamos de espíritu atormentado en las ideas de culpa y condenación, crimen y castigo? Ella partirá...

Desiderio, sin embargo, trastornado por los argumentos que le anunciaban separación, bramó, impulsivo:

–¡Elisa no partirá de mis brazos, no me abandonará! ¡No la dejaré!...

–Inútil, Desiderio, cualquier protesta nuestra contra las fuerzas de la vida. Las Leyes de Dios se cumplirán. Elisa se apoya en ti, pero igualmente ama a la hija, y, sabiéndose irremediabilmente apartada de la ternura filial, inconscientemente aspira a la muerte y ha de tenerla más de prisa, después de que se cercioró de las actitudes menos felices de Serpa... Con toda seguridad, la pobrecita se detendrá en el pensamiento de la desencarnación, suponiéndose en el rumbo directo de tu compañía; sin embargo, se verificará lo imprevisto... La muerte va a situarla en polo opuesto al tuyo... Ella no tiene tu estructura mental, ni tu disposición para demorarse en estos lugares... Resentida hoy contra el yerno, mañana sabrá absolverlo y patrocinarlo, acomodándose con los Mensajeros de la Vida Mayor, a través de la oración... A pesar del temperamento irritadizo que le conocemos, no odia a nadie y nunca demostró vocación para la venganza.

Desiderio se dobló, sujetó la cabeza entre las manos y se deshizo en llanto con mayor desespero.

–¡Perdona, amigo mío!... ¡perdona a todos nosotros, incluyendo a Caio en tu compasión!...

–¡Nunca, nunca!...

–Soy yo quien reconoce las injusticias que perpetramos contra ti, soy yo quien te observa la nobleza de corazón... ¡Revélame y escucha!... Agradezco tu devoción a la mujer que yo no supe hacer feliz y la ternura por la hija, para la cual tú te transformaste en abnegado celador... Por todo eso, te pido aún, que extiendas hasta nosotros, tus verdugos, las vibraciones de tu piedad y de tu simpatía...

–¡Ah! ¡Fantini, Fantini!... –rugió el interlocutor, como si luchase consigo mismo para no rendirse a la emoción– ¿por qué me tientas así a una reconciliación imposible? ¿Qué razones para tanto empeño en modificarme?

–Desiderio, en el mundo físico, trabajamos particularmente con la materia pesada y transformamos piedras, metales, yacimientos, fuentes... Aquí en la Espiritualidad, lidiamos, de modo especial, con las fuerzas del espíritu y renovamos almas y conciencias, empezando por nosotros mismos. ¡Atiéndeme!... ¡Acuérdate de que Elisa posee muchos amigos para requerirle a los Planos Superiores, como los tuvo tu querida Evelina!... ¡¿Por el amor de Evelina, que tú guardas en la memoria, a modo de un genio tutelar, no querrás sublimar actitudes, empezando por el perdón que imploramos y del que carecemos?!...

–¡Evelina!... ¡Evelina, hija mía!... –suspiró el desventurado en lágrimas copiosas– no, ¡no puedo inmiscuirlo en nuestra conversación!... ¡Evelina debe habitar en la casa de los ángeles!... que yo padezca en el infierno, amparado por mí mismo, que yo me debata en el lodazal que merecí, ¡pero que la felicidad bendiga a mi hija en el Cielo!...

–Y si ella misma viniera, un día, a tu encuentro para defender nuestra causa, ampararnos, rogar tu misericordia de acreedor para nosotros, tus deudores?

Desiderio se esforzaba para hablar, rompiendo la barrera de dolor que le quemaba la medula del alma; sin embargo, compasivo asistente espiritual de la institución vino hasta los dos para notificarles lo inesperado. Pasada la crisis violenta de angustia, cayera Elisa en profunda postración, ante la rotura de delicado vaso cerebral, anunciándosele la desencarnación para las próximas horas.

Se olvidaron ambos, para el socorro necesario.

Por medio de llamadas rápidas, Vera y Serpa, alarmados, se certificaron en cuanto al nuevo rumbo que se imprimiera a la situación y, juntos demandaron el establecimiento, encontrando a Elisa agonizante, en ambiente de tranquilidad y cariño.

El médico amigo, no obstante expresar argumentos de consuelo y esperanza, fue claro en el aviso: “nada más por hacer, solamente esperar.”

Vera Celina, entre sollozos, se arrodilló a los pies de aquella cuya boca no más se abriría para bendecirla con los recursos del cuerpo terrestre.

Caio, evidentemente contrariado, contemplaba la escena, fumando cigarrillos sucesivos.

Enfermeras iban y venían, en el afán de hacerse más útiles, y auxiliares espirituales formaban cadenas magnéticas de apoyo a la viuda Fantini, a fin de que el tránsito de un mundo a otro le fuese rápido y menos intranquilo.

Ernesto demandó la residencia de la Espiritualidad, a fin de recibir las instrucciones de Ribas, ante la emergencia, y Desiderio se plantó a la cabecera, inmerso en revuelta y desesperación.

Durante ocho horas consecutivas, el corazón todavía sustentó el cuerpo caído inerte.

Llegando la madrugada, Elisa abrió los parpados, desmesuradamente, e intentó fijar los ojos en la hija para dirigirle la inexpresable despedida; sin embargo, percibió la presencia de Serpa, que la miraba, al lado del lecho, y, no obstante, incapaz de nutrir cualquier resquicio de odio en el fondo del alma, cerró el corazón en densa nube de pesar, pidiendo mentalmente a Desiderio que la resguardase y defendiese. Bastó esa deliberación irreflexionada y, como si le agarrase, ávido, los pensamientos que le serían los postreros, en el envoltorio carnal, el acompañante se pegó a ella, dando la impresión de que sorbía todas las fuerzas...

Vera presintió que la madre se rendía, al fin, al gran reposo y, ansiosa, trató en balde de reanimarle la vida orgánica, suplicando:

–¡Madre! ¡Madre!... ¡Madre!...

De la boca crispada, no surgió ninguna respuesta.

Elisa Fantini inclinó la cabeza sobre la almohada, mientras el cuerpo se le inmovilizaba para siempre.

En la enfermería del sanatorio, caía el telón de la muerte sobre aquella existencia, fértil de tribulaciones y problemas, en el escenario del mundo; entretanto, por detrás de los bastidores, en la esfera espiritual, el drama no terminara. Unido a la muerta por la fuerza de los últimos deseos que ella misma manifestara, Desiderio, inflamado por llamaradas de odio, le retuviera una de las manos en la ruda diestra, impidiéndole la retirada... Elisa, a pesar de estar casi inconsciente, notó que se hallaba prendida a él y esposaba al cadáver, escuchando al desventurado compañero repitiendo y repitiendo que jamás la dejaría...

— — —

¡Hermanos de la Tierra, en medio de las vicisitudes de la experiencia humana, aprended a tolerar y perdonar!... ¡Por más que se os hiera o calumnie, injurie o mal-

diga, olvidad el mal haciendo el bien!... ¡Vosotros que tuvisteis la confianza traicionada o el espíritu dilacerado en las trampas de la sombra, encended la luz del amor donde estuviereis!... ¡Compañeros que fuisteis vilipendiados o insultados en vuestras intenciones más sublimes, apagad las ofensas recibidas y bendecid los ultrajes que os perfeccionan el corazón para la Vida Mayor!... ¡Hermanas que padecisteis indescribibles agravios en la propia carne, despreciadas por los verdugos risueños que os enloquecieron de angustia, después de saludaros con mentirosas promesas, bendecid a aquellos que os destruyeron los sueños!... ¡Madres solteras que fuisteis expulsadas del hogar y perseguidas hasta la calda en la prostitución, por haber tenido el suficiente valor para no asesinar en el propio vientre los hijos de vuestra desventura, con la insensatez del aborto provocado, madres agobiadas a las que tantas veces se niega hasta el mismo derecho a la defensa, otorgado a nuestros hermanos criminales en las cárceles públicas, perdonad a vuestros verdugos!... ¡Padres que traéis en los hombros heridos por sufrimientos la carga dolorosa de los hijos ingratos, hijos que aguantáis en la carne y en el alma el despotismo y la brutalidad de padres insensibles y cónyuges heridos entre las paredes domésticas por los estiletes de la incomprensión y de la crueldad, absolveros unos a los otros!... ¡Asediados de todos los ambientes, tejed velos de piedad y esperanza sobre los seres infelices, encarnados o desencarnados, que os torturaron las horas! ¡Criaturas perjudicadas o perseguidas de todos los rincones del mundo, perdonad a cuantos se hicieron instrumentos de vuestras aflicciones y de vuestras lágrimas!... ¡Cuando sintáis la tentación de responder, acordaros de aquel que nos incitó a “amar a los enemigos” y a “orar por los que nos persiguen y calumnian”! Recordad al Cristo de Dios, prefiriendo ser condenado, a condenar, porque, en verdad, cuantos practican el mal no saben lo que hacen!... ¡Convenceros de que las leyes de la muerte no exceptúan a nadie y no os olvidéis de que, en el día de vuestro gran adiós a los que quedaren en la estancia de las pruebas, solamente por la bendición de la paz y del amor en la conciencia tranquila es que podréis alcanzar la suspirada liberación!...

EVELINA EN ACCIÓN

Antes que el sol reapareciese, Ernesto, Evelina y algunos amigos del Instituto de Protección Espiritual –de entre los que se destacaba el Hermano Plotino que, a petición del Instructor Ribas, encabezaba la diminuta caravana de socorro– llegaron a São Paulo, con el propósito de cooperar con los asistentes espirituales, empeñados en la liberación de Elisa, encerrada en la prisión de sus propios restos.

Informados de que la hija decidiera el traslado de la muerta a la casa, demandaron Vila Mariana.

Evelina tenía el corazón excitado. Vería al padre por primera vez. Acariciaba en la memoria la imagen de él, recogida en fotos de familia. Ansiaba comprenderlo, ampararlo.

Ernesto la animaba.

Casi en el límite de la residencia, Plotino recomendó un alto al equipo y comunicó que, primeramente, alcanzaría el interior, sin acompañantes, para efectuar ligera inspección, examinando el servicio a prestar.

Bajo las atenciones de la hija que se apoyaba en Serpa y en algunos amigos de la vecindad, así como guardada por la vigilancia de varios bienhechores espirituales, Elisa, semidespierta, yacía en una dificultad, dado que agarrada por Desiderio por una de las manos y alentada por las fuerzas de él, que le invadían el alma, parecía complacerse con la extraña hipnosis.

Las primeras indagaciones de Plotino, el piadoso enfermero desencarnado que se ocuparía del apoyo magnético para liberar a la viuda de los despojos a los que se imantara, confesó el recelo del que se sentía acometido; si obligase a la señora Fantini a abandonar el vehículo físico inutilizado, no lograría alterarle el pensamiento perfectamente lúcido. La forzaría a la retirada, pero no disponía de medios para aislarla mentalmente del acompañante rebelde, a cuya protección ella misma se confiara.

Imprescindible la intervención de alguien con suficiente poder de persuasión para obligar a Desiderio a cambiar de actitud.

El Hermano Plotino se acercó a él con delicadeza fraternal y le suplicó el auxilio para que Elisa fuese liberada y conducida a mansiones de restablecimiento.

Acomodado al lado de la muerta, el interpelado se acercó aún más a ella y solamente rugió con voz salvaje:

–¡Payasos!... ¡No me sacaréis de aquí!... ¿Qué queréis en esta casa? Ella es mi mujer... Nadie me persuadirá con ruegos y argucias. ¡Tengo experiencia! Conozco a los que no se separan en las cavernas tenebrosas que recibimos por morada... ¡Nadie, pero realmente nadie, me sacará de esta sala!...

–Alguien hará eso, hermano Desiderio –anunció Plotino sin alterarse.

–¿Quién?... ¡diga quién!...

El emisario sonrió paciente y murmuró tan solo: –Dios.

El disconforme amigo lanzó terrible blasfemia y Platino volvió sobre los pasos recorridos, llegando al encuentro de los compañeros. Les explicó lo que ocurría e imaginó las providencias apropiadas. Aquel era el momento para la intervención personal de Evelina. Todo el grupo persistiría en oración, a fin de apoyarla, dado que, la compañera debería entrar a solas, en el refugio doméstico, de modo a intentar la renovación del padre, que, ciertamente, no dudaría en obedecerla.

Se vio, en seguida, el prodigio de los pensamientos congregados en un solo objetivo.

Sin cualquier inducción a la teatralidad, pero sí fundidos en la sola intención, profunda y sincera, de proyectar las energías del amor en la obra de auxilio, aquellos corazones en oración lanzaron un gran lienzo de zafirina luz sobre la puerta de la entrada, acreditando a la compañera para la bendita misión que se le delegara. Espiritualmente ligada a los amigos que se habían metamorfoseado en base de equilibrio y sustento, Evelina penetró en el recinto, como si fuera una estrella repentinamente transformada en mujer.

¡Desiderio, aterrado, contempló a la aparición y cayó de rodillas!... ¡Era ella, sí –pensó–, su hija, su amada hija que jamás le saliera de la memoria, incluso cuando se adentrara en aventuras en las tinieblas más densas!...

A medida que Evelina lo miraba, dejando ver radiante y dulce ternura, el infortunado padre se contempló en la suave claridad que la mensajera irradiaba... Se vio en la penuria de un sentenciado que persistiese, durante años y años, en el fondo de una celda, sin el menor cuidado para consigo mismo. Se calificó de monstruo, frente a un ángel, y, al modo de un perro golpeado y humillado, intentó arrastrarse para huir...

La muchacha le adivinó las intenciones y dijo, simplemente:

–¡Padre mío!...

Desiderio sintió que aquella voz le alcanzaba las entrañas... Sí, aquellas dos palabras le llegaban de aquella alma querida que él juzgara que nunca bajase del Cielo para interpelarlo... Volviendo a flexionar las rodillas trémulas, el asombro le reventó en el pecho, en una explosión de lágrimas:

–¿Pues eres tú, hija mía, eres tú a quien Dios envía para pedirme lo imposible?

Evelina se acercó a él, colocó la diestra en la frente sufridora, y el diálogo prosiguió.

–Padre mío, ciertamente que Dios bendice esta hora de reencuentro, pero somos nosotros mismos, usted y yo, los promotores, no de lo imposible, si no de nuestra re aproximación, en el nombre mismo de él, nuestro Creador y Padre de Misericordia...

–¡¿Qué quieres de mí?!...

–Vengo a convidarle a estar conmigo... ¿Admitiría usted que el tiempo desapareciese, sin que yo soñase con este momento? ¡Atravesé la infancia y la juventud, enamorada de sus retratos, me casé, un día, en la Tierra, rogando sus bendiciones en mis oraciones y, cuando los Designios Divinos me retiraron del cuerpo físico, formé el ideal de reencontrarle!...

El infortunado esbozó un gesto de autocompasión, y se lamentó.

–Mira, hija mía, lo que hicieron de mí, los criminales que nos destruyeron...

–¡Oh! padre mío, ¡no acuse!... ¡Usted habrá sufrido, pero el dolor es siempre bendito ante Dios, usted habrá soportado pruebas difíciles; sin embargo, aprendemos, en el presente, que cualquier día es una ocasión para renovar y partir para destinos más altos!...

–Seguramente, en las Moradas Divinas, que tu mereciste, llegaste a saber que no perdí mi cuerpo en ningún accidente...

–Sí, conozco hoy toda la verdad a nuestro respecto...

–¡No puedes, entonces, ignorar que mis verdugos son igualmente los tuyos, nosotros dos fuimos despojados por los mismos bandidos!... Si en el Cielo no existe memoria para el mal, es necesario recordarte que Amancio Terra, el bandido que se transformó en tu padrastro...

Como los sollozos le obligasen a largas reticencias, Evelina aclaró con humildad:

–Usted no se molestará conmigo si digo que él me quiso bien y me respetó siempre como a su propia hija... Si es innegable que cometió con usted falta grave, ante las Leyes Divinas, creo que el arrepentimiento con el que carga, desde hace más de veinte años, habla por la regeneración que hizo de él un hombre de bien...

–Tú no puedes olvidar que él te exilió de casa, todavía en tierna edad...

–Me envió a la escuela, padre. Me dio disciplinas que me libraron de tentaciones, en las cuales yo habría sucumbido en muchos errores, durante la permanencia en el mundo; nunca me regateó asistencia y ni siquiera me contrarió los impulsos al matrimonio; en mi niñez, me alentaba en los estudios, se interesaba por mis notas, premiaba mi buena voluntad con brindis y cariños que solamente usted me podría dar... ¡Es verdad que mi padrastro nunca le substituyó a usted en mi corazón, padre mío, pero su hija no debe ser ingrata con quien le dio tanto!... En casa, fue siempre un protector de nuestra felicidad... Nunca le vi el mínimo gesto de desconsideración para con mi madre...

–¡Ah! ¡no me hables de Brígida, esa infame!...

–¡Oh! padre de mi corazón, ¿porqué condenar a aquella que nos unió? ¿Que podría hacer mi madre aún tan joven, a llevarme en sus brazos, si no fuese por el apoyo de un compañero? Aceptando la colaboración de Amancio, ella no acogía deliberadamente al desdichado cazador que le impusiera la desencarnación, pero sí al amigo que usted mismo, un día, llevó a nuestra casa, según las confidencias de mamá, en sus horas de recuerdos y desolación... Sepa que mi madre siempre me enseñó a reverenciar su memoria y a ennoblecer su nombre...

Ante la comprensión superior que la hija ponía en evidencia, Desiderio lloraba con más fuerza, en sus manifestaciones de autopiedad, dando la sensación de alguien que se proponía buscar, de cualquier modo, nuevas razones para ser infeliz.

–Tú quizás no desconozcas que me hallo aquí, al pie de la familia de otro enemigo al que no puedo disculpar, Ernesto Fantini, el traidor que intentó matarme, dando a tu padrastro el ejemplo por el que me aniquiló... Esta mujer cadaverizada, pero viva en mis manos, fue la esposa de él, por la que consumido de celos, el pretendió asesinar-me, nada haciendo con eso, sino más aproximarme a ella, ya que el comportamiento de Brígida me expulsaba del hogar... ¡Piensa en el doloroso destino de tu padre!... ¡Expulsado de mi casa, después de la muerte del cuerpo, en vista de la influencia de un perseguidor, tuve que asilarme en casa de otro, porque en el pensamiento de la compañera, hoy muerta para el mundo, encontraba mi sustento!...

–¿Quién penetrará los designios de Dios, padre mío? ¿No estaremos todos en una red de testigos de amor, a la vista de faltas y compromisos en las existencias pasadas? Pido a la Providencia Divina que bendiga a nuestra hermana Elisa y la recompense por el bien que nos ha hecho... ¡En cuánto a Ernesto Fantini, a quien usted se refiere, es forzoso le diga que el ha sido para su hija un devoto amigo en la Vida Espiritual!... Mucho antes de saberme vinculada a su corazón, me rodeaba de cuidados, restaurándome las energías. En todos los trances del camino nuevo, viene siendo para mi un apoyo, un hermano...

–Tú, querida hija, habrás adquirido la visión de los ángeles para ver bienhechores en esos canallas, pero yo no consigo reconocer a las criaturas humanas con retinas celestiales. ¡Soy un hombre, sencillamente un hombre infeliz!... A pesar de todo, no creo que tú puedas guardar la misma benevolencia para con aquel que te fue verdugo, entre las paredes domésticas, este criminal huido de la cárcel, que se presenta enmascarado, delante de nosotros... Caio Serpa...

–¿Qué dices, padre mío?

Y Evelina hizo la voz más compasiva:

–Caio fue para mi un guía generoso, ayudándome a entender la vida con más seguridad..., En los días de la juventud, me proporcionó sueños de ventura que me ayudaron a vivir... Con él imaginé el paraíso en la Tierra... ¿Y si en su condición de esposo esperó de mi la felicidad que no le pude dar, será ese motivo para que vayamos a condenarlo? Indiscutiblemente, asumió compromiso con Mancini que, por cierto, rescatará en el momento justo; mientras tanto, ¿por qué despreciar a los que se hacen objeto de nuestro amor, cuando nos certificamos que no son tan felices como nos suponíamos? ¿Admite usted que nuestros hermanos delincuentes no son enfermos, carentes de atención? ¿Por qué no manifestar piedad, ante las víctimas de la locura, como lo hacemos frente a los accidentados en los desastres que les hurtan la existencia? ¿Serán los mutilados de espíritu, diferentes de los mutilados de cuerpo?

Los lamentos del padre disconforme se mostraron más tristes:

–¡Ay de mí, que no sé perdonar!... ¡El carro de la vida me aplasta como harapo inútil!...

–¿Padre mío, no se le ocurre que todos somos hijos de Dios, dependiendo unos de los otros?

–¡No puedo!... ¡No puedo comprender como debo abrazar a los que me golpean!...

–¿No desea caminar hacia delante y ser libre y feliz?

–¡Oh! ¡sí!...

–Entonces, olvide todo mal. ¿Nunca meditó en el poder del tiempo? El tiempo nos auxilia a descubrir las fuentes del amor que nos lava todas las culpas...

–¿El tiempo, hija? para los Espíritus de mi especie, el reloj es una máquina de enloquecer... Antes de ayer, ayer y hoy padezco por abominar a tres lobos, Amancio, Ernesto y Serpa, y sufro para defender a tres ovejas, Elisa, tú y Vera, ¡ya que aparté a Brígida lejos de mí!... ¡Tú no ignoras que Vera se dejó magnetizar por el bellaco que fue tu marido!...

–¡Piedad, padre mío!... ¡Pensemos en Vera y en Caio con los mejores sentimientos de que seamos capaces!... Pensemos en el futuro... ¡Mañana, ellos nos serán preciosos amigos, devotos protectores!...

–Tú solo ves el bien, yo veo el mal que vence al bien...

–No es eso. Usted se considera perfectamente sano de espíritu, cuando, en realidad, como sucede aún conmigo, necesita asistencia y reajuste. ¡Yo también, padre, al principio, me sentí expoliada por la vida!... Aceptaba a mamá y a mi padrastro, en muchas ocasiones, como adversarios que me habían desterrado intencionadamente de casa, para que yo no les estorbare la felicidad, pero en la estancia de recuperación a la que me condujeron, por misericordia de Dios, pasé a abrazarlos como nuestros reales amigos, de los que recibí todo el amparo que me fue posible asimilar... Hasta en los últimos días, cuando reencontré a Caio más fuertemente encadenado a Vera Celina, me debatí en disgustos arrasadores, viendo a aquel que fue mi esposo terrestre como modelo acabado de ingratitud, al mismo tiempo que censuraba a Celina, por intrusa y ladrona de mi tesoro afectivo; mientras tanto el rocío de la Bondad Infinita de Dios visitó la reseca plantación de mis sentimientos pobres, a través de las lecciones de instructores abnegados –Médicos y enfermeros de la Compasión Divina–, y me reequilibré, concluyendo que Caio y Vera son nuestros hermanos del alma... ¡Ellos son como son, mientras que somos como somos y Dios espera que nos amemos, así como nos permite ser!... ¡Es indispensable, padre mío, entendemos, ayudamos recíprocamente y caminar hacia adelante!... Caminar siempre, rescatando los compromisos de ayer para que el mañana sea mejor... El Todo Misericordioso sembró flores y bendiciones en todos los lugares del camino a recorrer... ¡Comprender es buscar el avance, auxiliar a los otros será garantizarnos!... ¡El amor no falla y Dios nos creó para el amor sin lindes!...

Desiderio lloraba, imposibilitado de emitir cualquier observación.

Y Evelina:

–Analice con su propio raciocinio. Naturalmente que nuestro hermano Ernesto, no obstante, los conflictos íntimos que lo apartaban espiritualmente del hogar, consagra a nuestra Elisa el afecto del hombre de bien, y, por eso mismo, con el discernimiento que hoy posee, le habrá entregado a usted, de todo corazón, el título de compañero que ha sido y será de ella, ante Dios. ¿Por qué no deberemos, por nuestra parte, conferir a Caio el derecho de darse a Vera, conquistando la felicidad que no le pude proporcionar, ni siquiera cuando me hallaba en el mundo físico?

–¡Ah! querida hija –se alarmó el padre– ¿semejante renuncia no significará destruirnos en suicidio moral?

–No, padre mío. El amor verdadero se eleva de nivel... Hoy entiendo que los afectos desviados pueden ser corregidos en el santo instituto de la familia, por medio de la

reencarnación... ¡Dios nos permite abrazar, como hijos, a aquellas mismas criaturas que no supimos amar en otras posiciones sentimentales!... Nuestros pensamientos de ternura, unos para los otros, un día serán libres y puros, como las fuentes cristalinas que se hermanan en el suelo empedrado del Planeta o como las irradiaciones de los astros, que se enlazan sin perder grandeza y originalidad, en las inmensas vías del Cielo...

Después de larga pausa, seguida por el silencioso respeto de los amigos desencarnados, allí presentes:

–¡Si nubes de tristeza le nublan aun el corazón, láncelas fuera y sigamos hacia adelante, aspirando por la paz!... ¡Por ahora, deje que nuestra Elisa se distancie de cualquier recuerdo desagradable! Libérela y verá que la mujer elegida le pertenecerá con más fuerza!... ¡Ayúdela en el ascenso a nuevos caminos y ella volverá a su encuentro!... ¡No clausure en la mazmorra de carne putrefacta a aquella que le merece la más sagrada dedicación! Elisa le estará agradecida y, por nuestra parte, le prometemos solemnemente, ante la Infinita Misericordia de Dios, que volverá a verla, en nuestra propia morada, donde se prepararán ambos, con nuestro cariño, para una nueva existencia juntos, nuevamente juntos y más felices... ¡Acepte mis ruegos, padre querido!...

–¡No, no!... –gritó él, en una más violenta crisis de desespero– soy un réprobo, ¡no puedo fingir!...

Se vio, entonces, el punto más alto y más enternecedor del reencuentro.

Con las manos posadas en la cabeza del padre, Evelina lanzó los ojos hacia el Alto y suplicó:

–¡Oh! ¡Dios de Bondad!... ¡mi padre y yo somos dos remanecientes aún unidos de gran familia espiritual, al presente dispersa!... Concede, ¡oh Todo-Misericordioso, si es de tu voluntad, que perseveremos en sintonía, en los mismos deseos de redención!...

La voz, sin embargo, le desfalleció en la garganta, asfixiada de dolor, y, al inclinarse hacia la frente paterna, las lágrimas que le bañaban las mejillas, como gotas de bálsamo divino, se precipitaron sobre el desventurado amigo, transformándole el corazón.

Tocado por energías recónditas, Desiderio profirió doloroso gemido y soltó, de inmediato, la mano de la muerta... Abrazando los pies de la hija, gritó con vehemencia:

–¡Ah! ¡Evelina, Evelina!... ¡Hija mía, hija mía, llévame adonde quieras!... ¡Confío en ti... Apaga la hoguera de mi espíritu que ha sabido tan solo odiar! ¡Socorro, Dios mío!... ¡Socorro, Dios mío!...

La muchacha, aumentada de fuerzas por los compañeros que oraban, lo irguió fácilmente, como si tomase de encuentro al pecho un niño abatido.

Acudieron enfermeros desencarnados, liberando a Elisa del cuerpo inerte, recordando a un equipo de técnicos que operasen, rápidamente, para retirarla de un vestido inservible, y el Hermano Plotino, seguido por los colaboradores, entró en acción, acomodando a Desiderio, semi-inconsciente, en la ambulancia que le llevaría al nuevo domicilio espiritual.

Alguien acompañara discretamente con nosotros, todo el diálogo. Era el Instructor Ribas que viniera, de sorpresa, al hogar de Vila Mariana, a fin de encorajar, en oración, a

la pupila del Instituto de Protección Espiritual, en el testimonio inolvidable... Así que la vio, ayudando a transportar al padre, en sublime metamorfosis, el venerado orientador, quizás recordando acontecimientos de su propia vida, se apartó, en silencio, con los ojos nublados por el llanto que no llegaba a desprenderse de los párpados mojados.

En cuanto a nosotros, de nuevo en plena calle, nos limitamos personalmente a contemplar el firmamento, donde la aurora púrpura, anunciando perpetua renovación nos sugería bendecir la ilimitada Misericordia de Dios... y oramos, sin conseguir articular palabra.

NUEVA DIRECTRIZ

Después de internar a Desiderio y Elisa en organización hospitalaria, bajo asistencia afectuosa, Ernesto y Evelina regresaron, en la tarde del mismo día, a São Paulo, deseosos como se hallaban de consultar la posición íntima de Vera, ante la nueva situación. Esclarecidos en cuanto al futuro, en el que la presencia y colaboración de ella les sería sobremanera importante a la propia tranquilidad, se identificaban en el deber de ampararla con más calor de ternura.

La rendición de Desiderio a los ideales renovadores que alentaban era igualmente un punto fundamental en el programa de trabajo a cumplir y esperaban reajustar las actitudes de Caio para que se les asegurase más amplia área de acción.

Encontraron a Vera Celina bañada de lágrimas, apoyándose en parientes y amigos.

Caío, taciturno, orientaba el timón doméstico, daba órdenes.

Establecido el cortejo fúnebre, los dos visitantes desencarnados, además de otros amigos de la Espiritualidad Mayor, se instalaron en el coche familiar, junto a Vera; sin embargo, a la llegada al campo santo, Ernesto ayudó a la hija, al mismo tiempo que Evelina siguió al ex-esposo, que parecía distraerse en lugar cercano a aquel en que los restos de la viuda Fantini descansarían.

Serpa huía, intencionadamente. No quería ver la inhumación. Prendido de lleno por la influencia de la compañera que él, anteriormente, poco más de dos años, llevara al sepulcro, pensaba en ella y, sin querer, le veía mentalmente el semblante en la pantalla de la memoria.

No lejos de él, Vera lloraba en los brazos de los amigos, mientras él mismo, sombrío, meditaba, meditaba...

Se acordaba de cuando dejara a la mujer muerta en otro cementerio, el de la Cuarta Parada ¹, le recordaba la despedida, revisaba en la imaginación los incidentes habidos...

Era el crepúsculo, como ocurría entonces, en Vila Mariana. Y las mismas indagaciones le venían a la cabeza...

¿La vida terminaría en montones de piedra y de ceniza? ¿Para qué lugar se irían los muertos, en la hipótesis de continuación de la existencia? ¿Dónde estarían los padres que él viera partir, en los días de la juventud? ¿Por qué región andaría Evelina, la esposa que amara, desmesuradamente, en su primera mocedad, y de la cual la enfermedad y la muerte lo habían separado? Recordándola, se sintió ligado a otro penoso recuerdo: Tulio Mancini... El corazón se le comprimía y pasó a indagar de sí mismo por qué motivo se confiara a la locura de asesinar estúpidamente al compañero... El delito le afloró a la memoria con todos los detalles...

¹ Cementerio de São Paulo, capital del estado de São Paulo. —Nota del autor espiritual.

Procuró desembarazarse de las reflexiones que le asomaban en el cerebro; sin embargo, se sentía incomprensiblemente atado al pretérito.

No podía notar que Evelina en espíritu, allí estaba, aliado de él, tratando de despertarlo para la verdad.

–¿Caio, qué haces de la vida? –Preguntó ella dulcemente.

El abogado no sintió la pregunta con los tímpanos corporales, pero la escuchó en la acústica del alma y juzgó monologar: “¿Caio, qué haces de tu vida?!” Repitió, inconscientemente, las palabras de la compañera desencarnada, en la intimidad de su propia conciencia, y pasó a considerar que el tiempo huía sin que se diese cuenta de sí mismo... ¿Por qué valores permutara el patrimonio de las horas? ¿En qué recursos convertía la salud y el dinero? ¿Qué bendiciones tendría ya repartido con el título académico que ostentaba? ¿En la condición de amigo, exterminara a un compañero, en la posición de esposo, no tuviera el valor de ser bueno para la mujer, cuando asediada por la enfermedad!...

La mirada se le paró, sin querer, en el ritual del sepultamiento de Elisa e inquirió, a sí mismo, que habría representado para la muerta... Sinceramente, no se sentía bien consigo mismo, repasando en la imaginación la impaciencia y la dureza con que siempre la tratara, preocupado en arrebatarle la ternura de la hija...

Valorando las pésimas notas que la conciencia le confería en la escuela de la existencia, y a pesar de la distancia, se fijó en Vera, a escudriñarle el íntimo, a través del semblante.

–Caio –murmuró Evelina a los oídos del alma–, piensa en tus compromisos... Ya es tiempo de legalizar la situación de la joven que se entregó a ti sin cualquier restricción...

Convencido de que hablaba consigo mismo, Serpa reprodujo la interpelación, en el campo mental, en silencio, sin notar que la esposa desencarnada le recibía las respuestas. Suponiendo desarrollar tan solo un proceso de autocrítica, monologó sin palabras: “¿legalizar la situación con Vera? ¿casarme? ¿por qué?”.

Sí, aceptaba, le prometiera el matrimonio, pero no se resignaba a aceptar la medida sin mayor observación. Ya fuera hombre atado a obligaciones de marido y no se proponía retomar afecto repleto de obligaciones. Además, pensaba, se tenía por hombre robustecido en la experiencia del mundo. Escuchara en sociedad muchas referencias desfavorables, en relación a la hija de Elisa, que no la recomendaban como esposa. De muchachos diferentes, obtuviera informes que le maculaban la ficha de mujer. ¿Por qué entregar su nombre a una criatura considerada como inconstante?

–¿Caio, quién eres tú para juzgar?

La interrogación de Evelina repercutió en el alma de él en forma de idea fulgurante que le enterneció y asustó...

Y como si pensase en voz alta, hablando espiritualmente consigo mismo, recibía nuevas exhortaciones, semejando impactos de la verdad a alcanzarle en lo íntimo de su propio ser:

–¿Caio, quién eres tú para juzgar? ¿no eres igualmente alguien cargado de deudas escabrosas ante la ley? ¿con qué derecho, condenar sumariamente a una joven, perjudicada por los engaños de su condición de niña moralmente desamparada?...

En base a las advertencias que le eran dirigidas, proseguía indagándose... ¿Sería justo abusar de ella ahora que se veía prácticamente a solas en el mundo? ¿Si la despreciase, adonde iría? ¿Y quién era, Caio Serpa, si no un hombre camino de la ma-

durez, reclamando la dedicación de alguien para que la caravana de la vida no se le descarrilase? El conocía toda la escala de los placeres físicos ¿y qué ganara finalmente con ello, si llevaba toda manifestación afectiva al terreno de la irresponsabilidad y del abuso? ¿Qué recibiera más que cansancio y desilusión de las noches barullentas, llenas de voces y vacías de sentido? hasta entonces, que recordase, nunca ayudara a nadie. Sabía ser afable hasta el punto en que las circunstancias no lo descontentasen. Bastaba, sin embargo, un punto, un leve punto de contrariedad, en cualquier acontecimiento, para que internase en esta o en aquella escapatoria, en el claro intento de no molestarse. ¿No sería llegado el momento de ayudar a otro, actuar en favor de alguien? Al principio, empeñado en la conquista, colmara a Vera de gentilezas, cariños. Le prendiera las atenciones. Después, el aburrimiento de aquellos que ya no saben amar más, cuándo la llama del deseo se les extingue en el candil de la forma. Sin embargo, no le era lícito negar que la muchacha le diera los más altos testimonios de confianza. Vera Celina se le entregara, del todo. Y, por fin, no vacilara en humillar a la propia madre, a fin de colocarle en la mano todos los bienes...

Serpa registraba todos los argumentos de la compañera desencarnada, como una lámpara que se juzgase fuente de la luz de que se beneficia, ignorando que la recibe de la central eléctrica.

Y oponía resistencia:

—¿Casarme? ¿Atarme? ¿Por qué? ¿No tengo toda la satisfacción del hombre casado, sin las ataduras del matrimonio?

Y la voz de Evelina sonándole nuevamente en el espíritu:

—Sí, eres el elemento-comando de la unión; sin embargo, ¿por qué no garantizarte contra las tentaciones del futuro? ¿Por qué no inmunizarte contra tus propias inclinaciones a la aventura, donando a ella —elemento-obediencia— la tranquilidad de que carece para servirte? ¿Acaso te juzgas libre de las tendencias a la liviandad que te señalan el terreno afectivo? ¿No será recomendable le asegures la paz, preservando la paz de ti mismo, por la sumisión a las disciplinas justas de la vida? ¡Piensa! Imagínate frente a tu propia madre, ya que casi todo hombre busca en la esposa, por encima de todo, el apoyo maternal que la madurez hurtó a la infancia... ¿Estimarías que un hombre, en este caso tu propio padre, le golpease los más puros deseos del corazón? ¿Por acaso no se tornaría ella más digna de tu cariño, si tuvieses brutalizada, desamparada, olvidada por aquel mismo a quien se rindió, confiante? ¿Por qué alegar sufrimientos pasados para menos preciar a la criatura que amas, si semejantes pruebas hacen de ella alguien con más acentuada necesidad de tu protección y entendimiento?!...

De las amonestaciones propiamente dichas, la ex-señora Serpa pasó a las reflexiones de optimismo y esperanza:

—¡Caio, medita!... ¡Vera no te confió escasos recursos a administrar! Dispones de patrimonio apreciable para organizar una familia... ¡Pondera en cuanto a las bendiciones del futuro! ¡Escucha! Creas o no en Dios y en la supervivencia del espíritu, más allá de la muerte, llevas contigo un doloroso problema, hasta ahora inseparable de la mente: ¡el remordimiento por el homicidio practicado!, ¡el recuerdo de Tulio Mancini, abatido por tus manos! Escapas, camino de placeres que no te disminuyen el pesar, e intentas, en vano, bloquear reminiscencias amargas que te asedian constantemente... ¿Ser padre, cuidar a hijos queridos, no te será en la Tierra la más elevada compensación? ¡El matrimonio con Vera te investirá legalmente en la posesión de recursos a ser valorados y aumentados, garantizando, a los hijitos venideros, seguridad y bien es-

tar, alegría y educación!... ¡Un hogar, Caio!... ¡Un hogar, donde puedas descansar, renovarte, olvidar!... ¡Hijos en los que te veas y la convivencia de Vera, cuya presencia te recordará el refugio materno!...

Ante aquellas santas evocaciones de paz y ventura que jamás experimentara, por primera vez, después de muchos años, Serpa lloró...

Evelina continuaba:

–¡Sí, Caio, lava el corazón en la corriente de las lágrimas! ¡Llora de esperanza, de júbilo! ¡Confiemos en Dios y en la vida!... ¡El sol que hoy se pone, volverá mañana! ¡Contempla esas losas, mira a los sepulcros enfrente! De todos los lados, explotan verdura y flores, diciendo que la muerte es ilusión, que la vida triunfa, bella y eterna!... ¡En el otro mundo, los que te aman se regocijarán con tus gestos de entendimiento! ¡Tulio te perdonará!, ¡Elisa ha de bendecirte!... ¡Coraje, coraje!...

El abogado, sorprendido, incapaz de sentirse visitado por el espíritu de la compañera de otros tiempos, se sentía súbitamente consolado y eufórico, tocado de suave renovación, en los rincones del ser.

Al modo de un enfermo que encontrara el remedio providencial y a él se agarrase, en la sed de su propia curación, instintivamente se decidió a no perder el precioso momento de exaltación constructiva en el que entrara.

–¡Vamos!... –insistió Evelina–! concede ahora, claramente ahora, a nuestra Vera, la certeza de que la protegerás con una boda digna!...

Sucedió lo inesperado.

Habitualmente agresivo y rebelde, Caio Serpa se apartó, humilde, del lugar en el que se situara, avanzó siempre abrazado por el espíritu de la ex-esposa, en dirección al grupo en que la joven se apoyaba. Allí, con el pensamiento conjugado al de la mensajera espiritual, contempló a la muchacha bajo nuevo prisma. Le pareció que empezaba a amarla de forma distinta. La vio más cautivadora en el dolor que demostraba, sintió su soledad y su sed justa de compañía. De pronto, se reconoció también solo, requiriéndole más intensamente la dedicación y el cariño para vivir.

Ya no sabía, en aquel inolvidable instante, si la quería con la impertinencia de un hombre o con la ternura de un padre...

Abordándola, le tomó el brazo, suavemente, y comunicó, en voz alta, con el propósito de fortalecer su propia declaración con el testimonio de los amigos presentes:

–Vera, no llores más... ¡Tú no estás sola! ¡Mañana mismo, cuidaremos de organizar la documentación necesaria para casarnos tan pronto como sea posible!...

La interpelada le dirigió una mirada significativa y agradecida... Y mientras ambos se apoyaban uno en el otro para el regreso a casa, Evelina y Ernesto, con los amigos desencarnados atentos a los últimos homenajes a la viuda Fantini, entraron en oración, agradeciendo al Señor la bendición de aquella transformación.

Otro paso importante más estaba dado para el futuro mejor...

Caio y Vera levantarían un hogar con el Amparo Divino. ¡Tulio Mancini resurgiría en la Tierra, en el tronco de aquel mismo que le quitara la existencia, satisfaciendo a la Ley del Amor que determina sean el odio y la venganza para siempre proscritos de la Obra de Dios!... ¡Más tarde, Elisa se les reuniría como hija bien amada!... Caio se reconfortaría y ciertamente sería otro hombre, al verse continuado en la posteridad feliz, bajo la mirada cariñosa de Vera, que lo amaba ardientemente...

Evelina pensaba en todo eso, incapaz de sofocar el llanto de júbilo... Continuaba amando al ex-esposo, sin embargo, en otro nivel, y, con toda el alma, agradecía al Señor por la existencia de Vera Celina, a quien pasara a reverenciar y a querer bien, en la condición de protectora, cuyos servicios se mantendrían para ella irrescatables.

En transporte de alegría, corrió al encuentro de los novios y, antes de que Serpa se alojase en el automóvil, junto a la compañera, lo abrazó, reconocida, y, por primera vez, le gritó al corazón con la celestial emotividad del amor purificado en llamaradas de sufrimiento:

-¡Caio, hijo mío! ¡Hijo mío!... Sé feliz y que Dios te bendiga!...

A continuación se inclinó hacia Vera y le besó la mano con ternura indescriptible.

El auto partió, de regreso.

Evelina y Ernesto, por largo tiempo, aún se demoraron en oración, en el tranquilo santuario de la muerte, transformado allí para los dos en posada de reconocimiento y alegría, ante las primeras estrellas que empezaban a lucir en la selva de la noche, como linternas de fuego y plata, alumbrando el camino hacia Dios en pleno cielo azul.

Y LA VIDA CONTINÚA...

El matrimonio de Caio y Vera trajo a Ernesto y a Evelina nueva fuente de incentivo al trabajo.

Tulio, algo mejor ante las promesas de futura asistencia por parte de aquella a quien amaba tanto, convino en matricularse voluntariamente en el Instituto de Servicio para la Reencarnación ¹, internándose, de pronto, en uno de los gabinetes de restringimiento, entregándose a los preparativos necesarios.

Antecediendo, sin embargo, a la medida, cierta noche, en la que Serpa se ausentara del hogar, fue llevado a la presencia de Vera, para familiarizarse, en cierto modo, con aquella que lo recibiría en sus brazos de madre.

Al verla en la costura, en su casa de Vila Mariana, el muchacho, de inmediato, simpatizó con ella. Vio su semblante dulce, los ojos serenos de criatura sufrida, las manos ágiles en la tarea, y respiró, encantado, el ambiente tranquilo.

Le recomendó Evelina que la abrazase, venerando en ella a la protectora que lo bendeciría como hijo, en nombre de Dios... Mancini no solamente se confió al abrazo cariñoso, si no que le besó la frente, enternecidamente.

La hija de Ernesto no sintió aquella manifestación afectuosa, en el sentido directo; sin embargo, por algunos momentos, dejó que el cerebro divagase, feliz.

“¡Cómo deseaba tener un hijito!... –pensó– ¡Cuánto deseaba ser madre!...” ¡Esperaba esa bendición del Todo-Misericordioso que; ciertamente, no la olvidaría!... Por otro lado, no ignoraba que el esposo ansiaba recibir un heredero para el futuro y, por eso, en los sueños que mantenía, despierta, rogaba conscientemente a Dios un niño...

A medida que las dulces prefiguraciones de la maternidad se le esbozaban en el fondo del alma, sintonizaba, mas intensamente, con Tulio, en la misma onda de esperanza y regocijo, experimentando ambos santo preludio de inenarrables alegrías...

Al separarse de ella, en la despedida, formuló él la pregunta esperada: ¿quién sería el progenitor? ¿A quién llamaría padre?

Evelina, sin embargo, se dio prisa en explicarle que el dueño de la casa se hallaba distante y que él, Mancini lo conocería en el momento oportuno.

En base a la verdad prometida, Tulio renacería de Caio Serpa, completamente magnetizado por la devoción materna, a fin de reaproximarse al antiguo adversario y metamorfosear resentimiento en amor, por la terapia del olvido.

Ante las realizaciones en curso, el tiempo para Fantini y la compañera yacía repleto de obligaciones agradables y bellas. Auxilio constante a Mancini, Caio y Vera, en la

¹ Organización del Plano Espiritual. –Nota del autor espiritual.

formación del nuevo porvenir, y amparo infatigable a Elisa y Desiderio, convenientemente hospitalizados.

Ernesto, renovado por el sufrimiento se rejuveneciera, mientras que Evelina, modificada por las nuevas experiencias, parecía haber madurado, como si los dos hubiesen acordado operar un reajuste de la forma, con vistas a la armonización en nivel de edad semejante de uno al otro. Comulgaban las mismas ideas, compartían los mismos servicios.

Impresionado con aquella conciliación gradual, surgiendo mecánicamente de la asociación siempre más amplia y más íntima de los dos, en la obra de la propia edificación espiritual, Ernesto buscó al Instructor Ribas, inquiriendo, si le sería posible conocer el pasado, sin más demora, recuperando la memoria de otras existencias, a lo que el mentor respondió, sensato:

–No, Fantini. Es desaconsejable la providencia, tanto como sea posible. Tú y Evelina estáis abrazando larga empresa de servicio en nuestro plano. Tendréis muchos problemas que resolver, mucho trabajo por realizar... Desiderio, Elisa, Amancio, Brígida, Caio, Vera, Tulio, Evelina y tú formáis un equipo de corazones comprometidos unos con los otros, ante las Leyes de Dios, hace muchos siglos... ¡Todos recíprocamente enlazados en el clima de pruebas, recordando elementos químicos en crisol hirviendo para el acrisolamiento indispensable!... ¡Otros componentes del grupo llegarán con el tiempo para la victoria general sobre las bases del amor que aún viene muy a lo lejos!... Integramos, yo también con vosotros, una gran familia... y con una sonrisa amistosa:

–Aquí somos millares de criaturas en las mismas condiciones, trabajando y batallando por nuestra redención, empezando por el perfeccionamiento de nosotros mismos, en los rincones del mundo individual.

–En la Tierra, no nos hacemos idea del volumen de obligaciones que nos espera después de la muerte...

–Sin lugar a duda. Toda construcción noble ha de ser dirigida. Primero, el proyecto; a continuación, la ejecución... En el plano físico, se idealiza la continuación de la vida, en el mundo espiritual... En el mundo espiritual, se idealiza la corrección, el reajuste, la mejoría y el pulimento de esa misma vida, en el plano físico. Somos viajeros de la cuna a la tumba y de la tumba hacia la cuna, renaciendo en la Tierra y en la Espiritualidad, tantas veces cuanto se hiciesen necesarias, aprendiendo, renovando, rectificando y progresando siempre, conforme a las Leyes del Universo, hasta alcanzar la Perfección, nuestro destino común...

–Eso quiere decir que, en el futuro, quizás Evelina y yo vayamos a renacer, entre los hombres, de aquellos mismos espíritus, en cuya aproximación estamos colaborando...

–¿Quién sabe? Eso es más que posible, por obviamente natural...

El orientador aún no había completado la aclaración, del todo, cuando Ernesto aventuró, tímido, como joven que estuviese abriendo el corazón, ante la autoridad paterna:

–Instructor Ribas, Evelina y yo hemos meditado, meditado...

Fantini, receloso, no consiguió terminar su proposición. Fue el propio Ribas que le completó la exposición, cargando las palabras de buen humor:

–Ya sabemos, Fantini, vosotros dos pensáis en un matrimonio comprensible y digno, conscientes ahora de la inmensa obra de transformación y perfeccionamiento que estaréis dirigiendo, durante mucho tiempo, en el grupo espiritual al que estáis vinculados.

–¿Usted ve algún impedimento?

–Absolutamente ninguno, toda vez que, tanto Elisa como Caio ya os dispensaron de cualquier compromiso afectivo...

Fantini, embarazado, se disponía a proseguir, pero un auxiliar del Instituto vino a llamarlo, con urgencia, para custodiar a Evelina, de viaje a la esfera física, en acción de asistencia a Vera, ya en avanzado proceso de gestación.

Despidiéndose, el mentor le afirmó, satisfecho:

–Estate tranquilo, Ernesto. Pensaremos en el asunto.

Los días de Fantini y de la compañera pasaban en plenitud de servicio. Poco a poco, percibían cuantos deberes necesitaban aceptar para asegurar un renacimiento relativamente tranquilo a un Espíritu enfermo, como Mancini, que requería cuidado incesante, para que el aborto no despuntase en perjuicio general. Observaban que en miles de otros casos no cabían tantas preocupaciones. Entidades acomodadas al mundo carnal se ajustaban al proceso reencarnatorio, con la sencillez de la mano, cuando se adapta a un guante. En otras ocasiones, las criaturas de regreso a la esfera física, disponían de tanta elevación que su sola presencia, no solamente establecía distancia a los Espíritus infelices, si no que también bastaba para proporcionar sosiego a la mente materna... Tulio, sin embargo, no estaba entre aquellas criaturas que tan solo tocan, ligeramente, las fuerzas del espíritu para complacerse, de modo casi que absoluto, en los placeres y mecanismos del mundo físico, ni alcanzara, todavía, la condición de aquellas otras que solamente tocan a la materia grosera tan solo buscando energía para sostenerse, por encima de todo, en las tareas y operaciones del Mundo Espiritual. Ni pisara el principio del monte de elevación, ni alcanzara sus peldaños más altos. Era un hombre de cultura y virtud medianas, con aguzada sensibilidad a la vista, en función de su propia necesidad de perfeccionamiento, en vista de deudas contraídas en otras existencias.

Cualquier choque en el ambiente materno lo inducía a la irritabilidad y cualquier dificultad pequeña lo impelía a indisposiciones lamentables.

Ciertamente que se encontraba en sueño terapéutico en el laborioso tratamiento para el regreso sensatamente vigilado al campo terrestre, a lo que en la arena de los hombres se da someramente el nombre de gestación, como si gestación, en definición tan rápida y simplista, fuese acontecimiento insignificante e igual para todos los reencarnados, con repercusiones análogas para las madres que los hospedan; importa reconocer, sin embargo, que el sueño terapéutico del Espíritu, conjugado al desarrollo fetal, se caracteriza por grados diversos y, por eso, no siempre se limita a la inconsciencia total.

Faenas y obligaciones se agigantaron, en beneficio de Mancini, hasta el día en que le escucharon el primer llanto en la cuna, entre el éxtasis de Vera y la emoción de Caio, maravillados con el hijito...

Tulio traspasara la gran barrera entre los dos mundos y, en adelante, reclamaría cuidados de otro tipo.

Reconfortados y felices con la ejecución gradual del programa establecido, Fantini y la compañera se hallaron con el espíritu volcado en la cuestión que se les imponía, de inmediato: el retorno de Desiderio a la experiencia carnal.

Era necesario instalarlo en el sur paulista, en la casa de Amancio, según el esquema del Instituto.

Los dos amigos pasaron a las entrevistas preparatorias. Propositiones y debates. Desiderio dos Santos pedía, exigía, se quejaba... Y, en el fondo, no se le podía dar, de pronto, la extensión total de la verdad, en cuanto al porvenir cercano, para que no la desacatase con dudas injustificables o desconsideraciones prematuras. Le cabía saber que era forzoso retomar el cuerpo terrestre y se le prometía la ida de Elisa, algún tiempo después de él, a fin de que se reencontrasen en el domicilio de los hombres, pero, en la ruta trazada, se le prohibía la anticipación de informes, sobre el refugio doméstico en el que se le otorgaría la nueva oportunidad. Merecía la bendición de la reencarnación; sin embargo, no le era lícito complicar o perjudicar las situaciones, en que las autoridades del Plano Superior, siempre sabias y generosas, le asegurarían la concesión. Le competía, sobre todo, afrontarse con Amancio y Brígida, tanto como los dos, ya maduros en las luchas humanas, deberían aguantarle en casa, para adquirir la luz del amor recíproco, en régimen de olvido del pasado, de forma a consolidar los méritos que ya poseían ante la Ley.

Desiderio, sin embargo, no era fácil de contentar. Interponía recursos y alegaba derechos, en las cuestiones intrascendentes en curso, que la hija, asesorada por Ernesto, se esmeraba en aprobar, tanto como fuese posible, proporcionándole aprecio, aceptación, cobertura y cariño.

Cuando el tiempo marcó precisamente un año de la desencarnación de la viuda Fantini y cuando Tulio Mancini, en el nuevo renacimiento, tenía aproximadamente dos meses de edad, Desiderio dio por terminadas las exigencias para el regreso pacífico al mundo carnal, a excepción de tan sólo una: quería volver a ver a Elisa y conversar con ella, completamente a solas, para entretener proyectos para el futuro.

Encaminada la solicitud al examen de Ribas, el Instructor aprobó la solicitud y, conducido el peticionario a las dependencias en donde Elisa, ahora lúcida, se encontraba convaleciente y tranquila, se pusieron los dos en palestra íntima, plenamente aislados, en un *tête-à-tête* que se demoró por diez horas consecutivas.

Nada se supo de lo que ambos hablaron confidencialmente, entre sí, en aquél primer y último encuentro, en el Mundo Espiritual, antes de la reencarnación; sin embargo, algo sucedió de inolvidable. Desiderio volvió a las instalaciones que le eran propias, tocado de un nuevo brillo en la mirada. Desaparecieron en él los resentimientos y las interrogaciones. Se mostró, desde entonces, paciente y respetuoso.

Simultáneamente, la ex-señora Fantini rogó el amparo de Evelina a fin de ingresar en algún centro educacional, para estudiar los problemas del alma y reeducarse, tanto cuanto le fuera posible, antes de retomar la envoltura terrestre. Informada de que partiría hacia la existencia venidera, dentro de dos o tres años, para reencontrar a Desiderio en el mundo, bajo la protección de los bienhechores que allí les acogían, ansiaba aprender, prepararse y mejorarse, consciente como se hallaba de que todos los valores conquistados en la Espiritualidad Mayor se transforman en más dilatados recursos de apoyo y colaboración, para aquellos que los evidencien, sea donde sea.

Evelina asintió, satisfecha.

En los tres años que antecederían su retorno al propio hogar terrestre, en la condición de hija del matrimonio Serpa, Elisa estaría internada en colegio adecuado a sus necesidades, bajo la custodia y responsabilidad de la hija de Desiderio, cuyos créditos y méritos aumentaban siempre en el Instituto al que supiera dedicarse y servir.

¿Quién podrá medir la fuerza colocada por Dios en los prodigios del amor?

Recogido Desiderio a los gabinetes de reducción para la reencarnación, concluyeron las autoridades que no le sería provechoso el conocimiento previo del hogar en que le cabía renacer, dado que su condición de adoptado habría de impulsarle a una inmersión más profunda en el pasado para la revisión de otras existencias, en que hiciera justa la prueba en perspectiva, y no sería útil introducirle en avanzados procesos de memorización.

Felizmente, después de la entrevista con Elisa, se mostraba sereno, confiante, aceptando todas las promesas que se le formulaban.

Por otra parte, Ribas y los compañeros le catalogaban su regreso a la convivencia con Amancio y Brígida, sin que los antiguos asociados de lucha necesitasen esperar por él en futura reencarnación, como valiosa ganancia de tiempo, con el amparo de la Providencia Divina.

Se encontraba, de este modo, en los servicios de introducción al renacimiento en el plano carnal, cuando el Instructor Ribas invitó a Fantini y a la compañera para que tomaran contacto con la señora humilde y sencilla que sería para Desiderio la benemérita progenitora. Les competía asistirle y auxiliarla tanto cuanto fuera posible, en el embarazo cercano, y orientar el encaminamiento del amigo renacido al hogar de los Terra, ya que entre las colaboradoras y obreras del Instituto, reencarnadas en la vecindad de Brígida, fuera ella la que aceptara recibirlo en los brazos maternos, no obstante, la penuria que le marcaba la existencia.

Evelina y Fantini tomaron informes rápidos en torno a aquella a quien pasarían a deber tanto.

Se trataba de una mujer joven, esposa de un labrador al que la tuberculosis consumía, y madre de cuatro hijitos bajo obligadas necesidades. Ella misma, Doña Mariana, como era conocida, ya se hallaba en condiciones orgánicas deficitarias, sentenciada a contraer la molestia, a pesar de que la tuberculosis no tenga, en la actualidad, entre los hombres, la peligrosidad que se le atribuía en otros tiempos. Ocurría, sin embargo, que tanto el esposo como ella misma estaban completando valioso ciclo de pruebas regeneradoras en el mundo y no conseguirían sostenerse, en la frágil armadura de carne, por mucho tiempo. Desiderio les sería el fruto postrero, antes de la desencarnación, ya los dos amigos espirituales, erigidos en el cargo de guardianes, cabría el santo deber de crear las circunstancias por las cuales el recién nacido entrase en el hogar de la vieja pareja Terra, en situación de hijo adoptivo.

Noche alta en el plano físico...

Mariana, en desdoblamiento espiritual a través del sueño común, penetró en la sala en la que Ribas y los amigos la esperaban.

Escoltada cariñosamente por un mensajero, la recién llegada no podría presentarse de manera más sencilla.

Al depararse con los bienhechores, se detuvo ante Ribas, con la lucidez que le era posible, y, magnetizada quizás por aquella mirada dulce y sabia, se arrodilló y le pidió la bendición.

El mentor, recalcando la emoción de que fuera tocado, le acarició la frente, rogó a Jesús que la protegiese y recomendó:

–Levántate, Mariana, tenemos algo de que hablar...

Al verla convenientemente sentada, el orientador le presentó a Ernesto y Evelina, demorándose, entretanto, a resaltar a Evelina, a fin de que ella le guardase más vivamente la figura en la pantalla de la memoria, cuando regresase al cuerpo denso:

–Esta es la hermana que velará por ti, en el próximo embarazo. ¡Por favor, Mariana, esfuérzate para retenerla en el recuerdo!...

La interpelada la contempló con simpatía e imploró:

–¡Ángel de Dios, compadeceros de mí!...

La hija de Brígida, emocionada, rectificó, con los ojos húmedos:

–Mariana, no soy un ángel, soy solamente tu hermana.

La joven madre, cuyo cuerpo descansaba en el mundo de materia grosera, como qué espiritualmente muy distante del hermoso paisaje doméstico, al que se acogía, para detenerse tan solo en la alegría de ser útil, se volvió hacia Ribas, con el que ya tuviera entendimientos anteriores, y notificó, tomada de aprecio filial:

–Padre mío, cumpliré la voluntad de Dios, recibiendo a un hijo más, y aguardo vuestra protección. Joaquín, mi esposo, está más débil, más enfermo... Lavo y plancho, trabajo cuanto puedo, pero gano poco... ¡Cuatro hijos pequeños! Ignoro si ya lo sabéis, pero nuestra chabola ya no resiste a las lluvias ¡Cuándo el viento atraviesa las paredes rajadas, Joaquín empeora, tose mucho!... ¡No estoy quejándome, padre mío, pero pido vuestro auxilio!...

–¡Oh! Mariana –respondió el mentor, sensibilizado–, ¡no temas! ¡Dios no nos abandona! Tus hijos serán mantenidos y, muy pronto, tú y Joaquín estaréis en una casa grande...

–¡Confío en Dios y en vos!...

No sabía la devota criatura que el Instructor se refería a la cercana desencarnación de la pareja, cuando, por merecimiento genuino, tendrían los dos cónyuges un nuevo domicilio en la Vida Mayor.

Mariana volvió, ahora custodiada también por Evelina y Fantini, a la rústica habitación que el viento castigaba y, retomando el cuerpo, el corazón le latió descompasado, ante el júbilo que se le embargaba en el pecho, y despertó al marido:

–¡Joaquín!... ¡Joaquín!...

Y, mientras él, soñoliento, pronunciaba monosílabos:

–En sueños acabo de encontrar al anciano que ya vi otras veces... ¡Me dijo que vamos a tener otro hijo!...

–¿Qué más?

–Dijo que nosotros dos vamos a tener una casa grande.

El se rió y añadió, ignorando que abordaba la realidad:

–¡Ah! ¡Mujer!... ¿Casa grande? ¡Sólo si fuera en el *otro mundo!*...

Los visitantes desencarnados sonrieron...

Evelina, emocionada, comprendió que Joaquín no se detendría mucho tiempo en la Tierra y, en oración al Señor, rogándole fuerzas multiplicadas, se prometió a sí misma no descansar, mientras no uniese Mariana a Brígida, su querida madre, para que los últimos días de aquel ancladero de sufrimientos fuesen lenificados por el sol de la beneficencia.

Transcurridos dos días desde el singular contacto, la hija adoptiva de Amancio, amparada por Fantini y con el permiso de las autoridades superiores, se domicilió en la mansión del padrastro y se puso a influenciar el corazón materno, con vistas a la realización esperada. Le proporcionó sueños con el pequeño que le llegaría a los brazos, le pobló las reflexiones con ideas de caridad y esperanza, le sugirió lecturas renovadoras, le inspiró conversaciones con el marido, en cuanto al futuro que Dios iluminaría con la presencia de un hijo adoptivo y, por la primera vez, en la casa señorial, surgió la costumbre regular de la oración, dado que Brígida, ante la dulce actuación de la hija, consiguió que el esposo compartiese sus oraciones, todas las noches, en preparación del sueño, a lo que Amancio accedió con bondad y extrañeza. Espantado, notaba el fervor de la mujer, inflamándose de amor al prójimo y, como fuese, el mismo, devoto a la práctica de la solidaridad humana, le estimulaba los rasgos de altruismo.

Planificaban, planificaban...

Si Dios les enviase un hijito adoptivo, lo tratarían con todas las reservas de amor que conservaban en el corazón, procurarían analizar sus inclinaciones para propiciarle trabajo digno y, cuando creciese, realizarían un sueño de hacia mucho tiempo: trasladarían su domicilio a São Paulo, dado que así lograrían educarle con esmero... Solicitarían, para eso, la cooperación de Caio, el yerno de otros tiempos que se casara en segundas nupcias y que seguía amigo, a pesar de que les escribiese en ocasiones especiales... Si obtuviesen un hijito... y los proyectos despuntaban, siempre más vivos y más bellos, en aquellos dos corazones madurados en la experiencia.

Cuatro meses habían transcurrido desde la nueva situación, cuando, en una soleada mañana, en la que los viejos cónyuges habían conversado con énfasis sobre la asistencia a las madres desvalidas, he que Mariana, cuyo domicilio se erguía a cuatro kilómetros, traída espiritualmente por Evelina, llamó a la puerta...

A solicitud de la excelente servidora, Brígida vino a atender.

Enlazada, de inmediato, por la hija, la hacendada escuchó a la recién llegada con simpatía.

Mariana imploraba trabajo. Y relató con voz triste algunos pedazos de su propia historia. Quedara embarazada nuevamente, a pesar de que ya tuviese cuatro hijitos hallábase, sin embargo, sin recursos, con el marido muy enfermo...

Sin explicarse, en cuanto a los motivos de tanta y tan súbita compasión, la señora Terra le dio algún dinero y prometió visitarla personalmente, en aquel mismo día, después que el esposo volviese del trabajo al descanso casero.

Evelina exultaba de alegría y confianza.

Amancio no regateó atenciones a la petición de la compañera y, al crepúsculo, helos juntos en la paupérrima habitación. Condolidos ambos, providenciaron el traslado de la familia en penuria a un pequeño pero confortable domicilio, en el huerto que cultivaban.

Como si hubiese encontrado, por fin, todo el socorro a que más aspiraba, antes que el quinto hijo viniese a la luz, Joaquín demandó la Espiritualidad, alabando a los bienhechores...

Mariana, hacía mucho debilitada, enfermó gravemente. Viuda, ahora, apeló a la cooperación de familiares humildes y les entregó los cuatro huérfanos en previsión de la muerte cercana...

Brígida, atónita, ante la crisis que se agravaba, identificándose cada vez más ligada a la propia hermana en penuria, la trasladó a su propia casa, donde Desiderio, reencarnado, abrió, por fin los ojos, de nuevo, para la existencia terrestre.

En la íntima convicción de que se hubiera desencargado de su último y sagrado deber, Mariana colocó en los brazos de los protectores la criaturita ansiosamente esperada y desencarnó cinco días después...

Bienhechores desencarnados acogieron a la piadosa madre, al mismo tiempo que besaban al pequeño... ¡Se mezclaban allí, en la mansión rodeada de flores, el adiós y la llegada, la tristeza de la muerte y la alegría de la vida!... La hacendada lloraba y reía, Amancio meditaba, tocado de emociones y de ideas renovadoras... ¡Ernesto y Evelina, en oraciones de jubilosa gratitud, ante la misericordia de la Providencia, notaban, sorprendidos, que tanto para Mariana, en el ataúd, como para Desiderio, en la cuna, enviaba Dios la bendición de nuevo día!...

A la noche, pequeño carruaje volador, en forma de estrella irisada, dejaba a Fantini y a la compañera en la ciudad que les servía de residencia.

Llegados allí, buscaron el Instituto de Protección Espiritual, en cuyas dependencias almas cariñosas y amigas les lanzaban flores. Candelabros inflamados de luz policromada rodeaban todos los edificios, resaltándoles las filigranas de arquitectura en chorros de belleza.

¡La casa festejaba a los dos obreros que habían sabido vencer, con devoción y humildad, los tropiezos iniciales del levantamiento de bien aventurado futuro!...

Rodeado de asesores, Ribas los saludó en el umbral y, tomándolos en los brazos, como a hijos queridos, elevó los ojos hacia lo alto y rogó, conmovidamente:

—¡Señor Jesús, bendice a tus siervos que se consagran hoy uno al otro en sublime unión!..., ilumínales, cada vez más, los anhelos transfigurados para tu reino, a través de la abnegación con que supieron olvidar dificultades y agravios para detenerse tan sólo en el auxilio a los compañeros de marcha, aun cuando esos compañeros les apuñalasen los corazones!... Enséñales, ¡oh! Maestro, que la felicidad es una obra de construcción progresiva en el tiempo y que el matrimonio debe ser realizado, de nuevo, todos los días, en la intimidad del hogar, de forma que nuestros defectos se extingan, en las fuentes de la tolerancia recíproca, a fin de que nuestras almas encuentren la perfecta fusión, delante de ti, a la luz del amor eterno!...

Silenció el Instructor, mientras Ernesto contemplaba el rostro de la compañera bañado de lágrimas...

Del alto, llovían diminutas guirnaldas azules, recordando zafiros que se eterizasen, radiantes, propiciando a la pareja venturosa la certeza de que los Planos Superiores les endosaban los compromisos y de ángulos ocultos del paisaje venían melodías de ternura, pronunciando palabras de confianza en que la Sabiduría del Universo confirmaba la perpetuidad de la Misericordia de Dios en la vida que, en todas partes, continúa siempre más bella, plena de grandeza, a santificarse por el trabajo y a inundarse de luz.